



# Los enfrentamientos de Argos con Esparta por la hegemonía del Peloponeso a lo largo de la época clásica

Estudiante: Jesús Gracia Artal

Director: César Sierra Martín

Curso: 2020-21

Semestre: 1º

**MÁSTER DE MEDITERRÁNEO ANTIGUO (UOC)**

## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.	2
1.1. Objetivos y justificación.	2
1.2. Metodología.	4
1.3. Marco histórico.	5
2. ANTECEDENTES	8
2.1. Míticos: las invasiones dorias y el retorno de los Heráclidas.	8
2.2. Históricos: la batalla de Hisias (669 a.C.).	9
3. LA LLAMADA BATALLA DE CAMPEONES (ca.546 a.C)	11
3.1. Testimonios e interpretación.	11
3.2. Consecuencias.	13
4. LA BATALLA DE SEPEA (ca. 494 a.C.).	15
4.1. Testimonios e interpretación.	15
4.2. Consecuencias.	21
5. DE PLATEA A TANAGRA (479-457 a.C.).	25
6. LA GUERRA DEL PELOPONESO (431-404 a.C.).	30
6.1. La Paz de Nicias (421 a.C.).	31
6.2. Argos, ¿hegemón de una nueva Liga del Peloponeso?	32
6.3. Mantinea (418 a.C.):	36
el fracaso de un sueño y sus consecuencias internas y externas.	
7. LA GUERRA DE CORINTO (395-386 a.C.).	40
7.1. Causas y desarrollo (grandes batallas y “guerra de trincheras”)	40
7.2. ἡ πόλις ἢ τῶν ἀργείων καὶ τῶν Κορινθίων (392-386 a.C.).	43
7.3. Consecuencias: La “Paz del Rey” (386-371 a.C.)	45
8. EPÍLOGO. LA NÉMESIS TRAS LEUCTRA (371 a.C.)	47
9. CONCLUSIONES	49
BIBLIOGRAFÍA	58

# LOS ENFRENTAMIENTOS DE ARGOS CON ESPARTA POR LA HEGEMONÍA DEL PELOPONESO A LO LARGO DE LA ÉPOCA CLÁSICA

**Resumen:** Hay un conflicto soterrado a lo largo de toda la época clásica entre dos estados fronterizos del Peloponeso, Esparta y Argos, por la hegemonía de dicha península, que aflora en determinados momentos históricos en una guerra abierta entre ambos estados. Si bien Esparta consiguió mantener durante este periodo tal primacía, esto no fue óbice para que Argos aprovechara los momentos de especial debilidad de aquella para tratar de arrebatarle sus aliados y con su ayuda disputarle su posición dominante, pues se creía con la legitimidad suficiente para ostentarla, sustentada tanto en el pasado mítico como histórico. Esta disputa, por su parte, tuvo las más de las veces hondas repercusiones a nivel interno para el estado argivo, que vio afectado su entramado sociopolítico consecuencia de su fracaso al retar al estado lacedemonio haciendo su aparición la *stasis*. Además, un conflicto tan dilatado en el tiempo también dio lugar a la creación de diversas tradiciones locales tanto en Argos como en Esparta, que en ocasiones camuflaron la realidad de los hechos y que fueron recogidas y transmitidas por nuestras fuentes. Así pues, nuestro objetivo es estudiar tanto las causas como las consecuencias de tal enfrentamiento, así como la relevancia real de Argos en este periodo.

**Palabras clave:** Argos, Esparta, época clásica, hegemonía, Peloponeso.

## 1. INTRODUCCIÓN.

Con el presente trabajo hemos llevado a cabo un estudio diacrónico del enfrentamiento que dos estados vecinos del Peloponeso, como eran Argos y Esparta, mantuvieron a lo largo de prácticamente dos siglos de historia en torno a una disputa territorial, fronteriza, de las que tan frecuentemente se daban en el contexto de las *poleis* griegas de épocas arcaica y clásica. Este enfrentamiento, sin embargo, enmascara realmente una lucha por la hegemonía de todo el Peloponeso, alineado en principio en torno a Esparta, que mantuvo su control a lo largo de todo el periodo histórico analizado. Ello no implicó que en tan dilatado espacio de tiempo y ante determinados avatares históricos no estuviera en peligro la preservación de dicha hegemonía; sobre todo a manos de la otra potencia peloponesia que se sentía con la legitimidad tanto histórica como religiosa para reclamar y aspirar también a la hegemonía. Por tanto, lo que el lector se va a encontrar en este trabajo será con los momentos clave de fricción entre ambos estados, así como con las consecuencias que estos hechos tuvieron tanto a nivel interno, en el ámbito de las relaciones político-sociales de cada polis; como a nivel externo, en el ámbito de las relaciones interestatales del Peloponeso en particular, pero también en el amplio marco de la Hélade en su conjunto.

### 1.1. Objetivos y justificación

Concretando y tratando de definir y precisar aún más los objetivos que nos hemos propuesto con la elaboración del presente estudio; podemos afirmar que el principal de ellos es comprobar cómo, al margen de la tradicional dicotomía entre Atenas y Esparta que suele primar y focalizar los estudios de la Grecia Clásica, existieron otra serie de conflictos que afectaron a otros estados que consideramos actores históricos secundarios; los cuales puede que no alcanzaran la preeminencia suficiente como para atraer la atención de los historiadores de su tiempo o, si lo hicieron, sus obras han desaparecido, con lo que nos encontramos con zonas de sombra en el conocimiento de esa época. De hecho, es probable que, de haber

sobrevivido tales obras, estas nos ofrecieran una panorámica más rica y multiforme del abigarrado mosaico que componían las *poleis* griegas de época clásica; pues, ciertamente, nuestra visión está muy influenciada por el llamémosle “atenocentrismo” de las que constituyen nuestras principales fuentes, esto es, Heródoto, Tucídides y Jenofonte. Sin embargo, tales actores secundarios, y el caso de Argos en su enfrentamiento con Esparta puede ser paradigmático, se consideraron en ocasiones con el suficiente poder y avalados por la suficiente legitimidad como para aspirar por derecho propio a ejercer la soberanía sobre una parte al menos del mundo griego, tal como el Peloponeso. Otro ejemplo bien podría ser el caso de Beocia, habitualmente denostada en las fuentes proatenienses, pero que tuvo un efímero momento de gloria durante un decenio del s. IV a.C. tras la batalla de Leuctra. Argos, en ese sentido, fue más desafortunada.

Así pues, dentro del marco de este objetivo más general, esto es, de comprobar la relevancia real que Argos pudo tener en este periodo de la historia griega; a continuación intentaremos testimoniar esa relevancia precisamente en su enfrentamiento, permanente y continuado, con su poderosa vecina Esparta, sobre el que pondremos el foco; de suerte que podamos verificar que dicha lucha de poder regional no fue algo puntual, sino que se mantuvo como una constante a lo largo de toda la época clásica, especialmente desde mediados del s. VI a.C. hasta prácticamente la mitad del s. IV a.C.

A su vez, dentro de esta lucha de poderes regionales trataremos también de verificar en qué medida otros estados peloponesios se vieron involucrados; o dicho de otra forma, qué tipo de relaciones y alianzas con otras *poleis* vecinas trató de establecer Argos en este periodo a fin de arrebatarse a Esparta la hegemonía buscando privarla de sus aliados en la región; y si la hegemonía de esta última realmente llegó a estar amenazada por el estado argivo.

Por otro lado, otro elemento que nos proponemos analizar es si este enfrentamiento también pudo servir de catalizador de cambios estructurales a nivel socio-político en el seno del cuerpo cívico de ambos estados. Por tanto, el discurso no deberá limitarse a una mera relación de batallas, sino ir un poco más allá y tratar de buscar las consecuencias y la huellas que dichas batallas pudieron dejar en sendos contendientes.

Y, por último, pero no por ello menos importante y, en cierto modo, también relacionado con las consecuencias, pero en este caso no en el ámbito socio-político, sino en el espectro más amplio del mundo cultural; trataremos de rastrear si, al hilo de este enfrentamiento, se fueron creando toda una serie de tradiciones, que sirvieran de algún modo de propaganda y justificación de las aspiraciones a la hegemonía. Tradiciones que obviamente habrán pasado de una forma u otra a las fuentes antiguas que nos informan de tales hechos y que será preciso analizar con detenimiento a fin de ir expurgando dichas tradiciones de elementos accesorios o claramente manipulados en orden a justificar la primacía de cada uno de los estados enfrentados frente a su oponente.

Así pues, la línea a seguir será esta: en primer lugar, determinar relevancia de la polis argiva en su búsqueda de una posición predominante en el Peloponeso, lo que le llevará a disputársela a Esparta; en segundo lugar, habrá que fijarnos en los medios empleados para lograr tal hegemonía: enfrentamiento directo, búsqueda de alianzas, etc.; en tercer lugar, deberemos establecer las consecuencias que esta disputa pudo tener en el devenir interno de las ciudades implicadas; por último, todo ello habrá de ser completado con la búsqueda, dentro de los ámbitos cultural y cultural, de los fundamentos que justificasen la preponderancia de una sobre otra. Debemos, pues, afrontar un proceso que nos llevará a un recorrido diacrónico de

esa disputa, deteniéndonos en aquellos momentos en que aflora abiertamente y se resuelve en el campo de batalla.

## **1.2. Metodología**

A la hora de abordar el enfrentamiento entre Argos y Esparta por la hegemonía de Peloponeso, hemos llevado a cabo una primera tarea de búsqueda y selección de información, la cual ha estado dirigida a indagar en dos fuentes principales sobre las que documentarnos acerca del tema que nos hemos propuesto analizar: las fuentes primarias, por un lado, y las fuentes secundarias, por otro.

Hemos considerado fuentes primarias aquellas procedentes de los autores clásicos que han informado o tratado en sus obras cuestiones que guardan relación con nuestro objeto de estudio. Así, entre estos, cabe destacar especialmente por su proximidad temporal a los hechos que centran nuestro estudio los historiadores Heródoto, Tucídides y Jenofonte, que son nuestra fuente más directa para acercarnos a estos eventos; de ahí que hayamos buscado y seleccionado aquellos pasajes de sus obras que de una u otra forma guardan relación con el tema propuesto. Estos historiadores de época clásica se han visto complementados con otros de épocas posteriores, más recientes en el tiempo, que también se han ocupado de ese periodo histórico, entre los que destacamos a Diodoro Sículo en el s. I a.C., cuya obra parece seguir la del historiador del s. IV a.C. Éforo, hoy en día desaparecida; y a autores más tardíos como Plutarco y especialmente Pausanias, que en su obra descriptiva acerca de Grecia recoge abundantes datos, noticias, anécdotas, procedentes de otras fuentes también perdidas para nosotros. Este en ocasiones constituye el único testimonio para sucesos tratados en nuestro estudio; sobre todo son de especial interés los libros que consagra a la Argólida, Laconia y Mesenia. Estos autores, por lo demás, se han visto complementados con otros, filósofos, como Aristóteles, o dramaturgos, como Esquilo o Aristófanes, o líricos, como Tirteo; quienes en ocasiones aportan información de interés para comprender algunas de las situaciones analizadas, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de nuestro ensayo.

Así pues, una vez seleccionados los pasajes de estas fuentes primarias que se han ocupado de la disputa entre estas dos ciudades, el siguiente paso ha sido la búsqueda, selección y estudio atento de fuentes que hemos denominado secundarias, en la medida en que no son próximas en el tiempo de los hechos objeto de estudio, sino que se corresponden con la abundante bibliografía de críticos e historiadores modernos que han consagrado sus obras al conocimiento del periodo histórico que nos ocupa. De esta manera, nos hemos centrado en primer lugar en obras que trataran de forma general, en conjunto, la Grecia de época clásica; de ahí que, aun siendo conscientes de que hemos dejado de lado otras muchas, nos hayan sido de gran ayuda los trabajos de Hornblower (1985), Domínguez (1993), Domínguez y Pascual (1999), Pascual (1997) o Kagan (2003); que nos han dado, como he dicho, una visión de conjunto de la época. A continuación, el siguiente grupo de obras que ha atraído nuestra atención ha sido el conformado por una serie de historiadores que han dedicado sus investigaciones a ampliar y profundizar en el conocimiento de Esparta. En especial, cabe señalar tres autores como Forrest (1968), Cartledge (2002) y entre los investigadores españoles Fornis (2016); cuyos trabajos recorren un espacio temporal que va desde los años 60 del s. XX hasta el segundo decenio del s. XXI, con lo que se puede hacer un seguimiento a través de sus obras de los avances de la crítica moderna en el conocimiento de la capital lacedemonia, y, por extensión, en el conocimiento de las ciudades vecinas con las que esta se relacionó, entre ellas evidentemente Argos. De hecho, la utilidad de estas obras ha sido doble, pues, a la propia información facilitada, se suma el que

cada una de estas obras recogía una actualización bibliográfica, sobre todo referida a monografías consagradas a aspectos más puntuales o específicos para este periodo histórico; de tal suerte que la recopilación, selección y estudio de estas obras de carácter monográfico nos han resultado de extraordinaria utilidad en nuestra tarea.

Una vez recabada, pues, la información, esta nos ha permitido delimitar y determinar los momentos o hitos históricos en que se ha manifestado la confrontación entre ambos estados; con lo que, combinando las fuentes primarias junto con la interpretación y estudio que la crítica moderna ha hecho sobre las mismas, hemos llevado a cabo un análisis, lo más exhaustivo posible dentro de nuestras capacidades, de tales acontecimientos; aventurando en ocasiones alguna hipótesis propia (siempre con las debidas cautelas) sobre ciertos puntos que han sido objeto de discusión o sobre los que pudiera existir cierta oscuridad.

Llevado a cabo este recorrido diacrónico con el núcleo temático del enfrentamiento entre Argos y Esparta por la hegemonía del Peloponeso como hilo conductor; el análisis detallado de los diferentes eventos nos ha permitido extraer una serie de patrones, de rasgos comunes, de conclusiones generales, en definitiva, observables a lo largo del periodo histórico; verificando (o no) los interrogantes iniciales que nos habíamos formulado al inicio de este estudio como objetivos del mismo. Puede decirse, pues, que metodológicamente hemos hecho un camino de ida y vuelta, de lo general a lo particular, esto es, del relato global de la historia griega donde se recoge esa confrontación a cada uno de los momentos puntuales en que dicho conflicto se manifiesta; para, a partir del análisis de estos últimos, extraer una serie de conclusiones generales en torno a ese conflicto que tuvo tan larga duración en el tiempo, dado que abarcó unos dos siglos, si no más.

### 1.3. Marco histórico

Cuando Tucídides (1.10.1-3) escribió al comienzo de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, hablando sobre la Micenas de la época de Agamenón, que no se puede enjuiciar el poder de las ciudades antiguas por su tamaño presente, bien podía estar pensando en la Argos de su tiempo, la cual en ese momento intentaba recobrar un papel preponderante dentro del Peloponeso, tal como ya lo había tenido en el pasado. Heródoto (1.1.2), por su parte, también al comienzo de sus *Historias* realiza una alabanza a la grandeza que en ese pasado remoto había tenido Argos, de quien no duda en afirmar que, “por aquel entonces, aventajaba ampliamente a las demás regiones del país, que hoy en día se llama Grecia” (trad. C. Schrader). Sin duda, tanto Tucídides como sobre todo Heródoto pueden estar haciéndose eco de una tradición que remontaría a la propia épica homérica, donde resultaba evidente el papel preponderante de los argivos, hasta el punto de que en Homero Argos puede referirse tanto a la propia ciudad como a la Argólida en general o incluso a Grecia en su conjunto<sup>1</sup>. Así las cosas, no es de extrañar que Clístenes, el tirano de Sición, con ocasión de los enfrentamientos que mantuvo con Argos, ordenara desterrar de su patria los certámenes homéricos, dado que en ellos se ensalzaba a sus enemigos (Hdt. 5.67.1; Vannicelli 2004: 289).

Por otra parte, Esparta en el momento en que Heródoto y Tucídides componían sus obras era la potencia hegemónica del Peloponeso; sin que ello fuera obstáculo para que la propia Argos buscara también un sitio destacado en la política interestatal del mundo griego en general y del peloponesio en particular, teniendo como objetivo prioritario el tratar de recuperar los territorios perdidos el siglo anterior. Esto llevó a

---

<sup>1</sup> Cf. Torres Esbarranch (trad.), 1990: 138, n. 67; sobre Hom. *Il.* 2.108.

una situación de tensión continúa entre ambos estados peloponesios a lo largo de todo el siglo V a.C. y principios del IV a.C., los cuales medirán sus fuerzas en el campo de batalla en diversas ocasiones durante este periodo de tiempo, resultando las más de las veces vencedoras las armas lacedemonias sobre las argivas. Estos enfrentamientos serán narrados por los autores del siglo V a.C., como los citados Heródoto y Tucídides, a los que habría que sumar Jenofonte; de tal suerte que se irá forjando la idea, sobre todo a partir de finales del siglo IV a.C. con Éforo, de que existió entre ambas *póleis* una inveterada y atávica enemistad desde tiempo inmemorial, hasta del punto de convertirse en un *topos* historiográfico que se irá transmitiendo a lo largo del tiempo hasta autores tardíos tales como Plutarco o Pausanias, los cuales, aun siendo también una de las principales fuentes para el estudio de tales hechos, deberíamos utilizarlos con cierta cautela, dado que sus informaciones pueden estar influenciadas por esta idea<sup>2</sup>. La crítica moderna, por su parte, también en cierta forma se ha hecho eco de esta tradición, hasta el punto de proyectar esta enemistad entre ambas ciudades a comienzos de la época arcaica, de suerte que le sirve para explicar determinados acontecimientos acaecidos en esos tempranos periodos de la Historia de Grecia<sup>3</sup>.

Sin querer, pues, detenernos por ahora en esta cuestión, sobre la que nos veremos obligados a tornar en más de una ocasión a lo largo de nuestro estudio; baste por el momento señalar que en el origen histórico de tal rivalidad se encuentra una disputa territorial por un área fronteriza al sur de la Argólide, la conocida como Tireátide o Cinuria, tal como señalara el propio Tucídides (5.41.2). Sin embargo, será Heródoto (1.82) quien nos indique el momento en que se inició el conflicto en un pasaje de su obra dedicado a lo que se conoce como “Batalla de Campeones” ca. 546 a.C., que será objeto de análisis pormenorizado por nuestra parte más adelante<sup>4</sup>. La derrota de Argos implicará que este territorio quede bajo control espartano y que se convierta en un punto de fricción en el futuro entre los dos estados, motivo de continuas reclamaciones sobre el mismo por parte de Argos, cuya recuperación intentará por todos los medios posibles, tanto militares como diplomáticos, tal como tendremos ocasión de comprobar a lo largo del presente estudio. Ciertamente el valor de este territorio no era tanto económico, por su particular feracidad, cuanto estratégico, ya que permitía sellar la frontera nororiental de Laconia para prevenir ataques desde el estado argivo, a la par precisamente que dejaba el camino expedito para futuras incursiones lacedemonias sobre la llanura argiva (Kelly, 1970b: 980; Fornis, 2016: 76). De hecho, unos cincuenta años después, ca.494 a.C., el rey Cleómenes I de Esparta condujo las tropas lacedemonias en una incursión contra la Argólide, donde derrotó en las proximidades de Sepea al ejército argivo y posteriormente aniquiló hasta mil seis de los hoplitas que habían sobrevivido a la batalla (Hdt. 6.75.2-83); en lo que, sin duda, fue un duro golpe para la polis argiva, del que tardará una generación en recuperarse y será el motivo alegado para mantenerse neutral durante las Guerras Médicas. A pesar de ello, durante el segundo cuarto del s. V a.C. asistiremos paulatinamente a un fortalecimiento de Argos, que incorporará a su polis territorios de los que se había visto privada (Tomlinson, 1972: 101 y ss.; Moggi, 1974; Vannicelli, 2004: 279), a la par que aprovechará la debilidad de Esparta tras el terremoto del 465 a.C. y la ulterior revuelta de sus hilotas mesenios para tratar de disputarle la hegemonía en el Peloponeso, para lo cual buscará reforzarse mediante la alianza con Atenas

---

<sup>2</sup> Sobre la forma en que tal tradición se pudo ir forjando, cf. Kelly, 1970b: 984-1000.

<sup>3</sup> Por ejemplo, Forrest (1968: 35-39) o Fornis (2016: 76-82) dedican un breve epígrafe de su extensa obra consagrada a Esparta a recoger los hitos históricos que jalonan tal enemistad; sin embargo, otros autores, un poco en la línea de T. Kelly (*supra cit.*), también han cuestionado la antigüedad de esta disputa; entre ellos se puede citar Cartledge (2002: 85 y 107-109).

<sup>4</sup> Cf. *Infra* pp. 11-15.

(Th.1.101-103), a cuyo lado combatirá contra Esparta durante lo que se conoce como la Primera Guerra del Peloponeso (Forrest, 1968: 106-109; Domínguez y Pascual, 1999: 151-160; Cartledge, 2002: 185-197; Fornis, 2016: 142-146.). No obstante, el estado lacedemonio aguantará el embate, y acabará por firmar con Argos y Atenas sendas treguas por treinta años en el 451 y 446 a.C. respectivamente. Mientras que Atenas y Esparta romperán de nuevo las hostilidades en el 431 a.C., dando inicio a la Guerra del Peloponeso propiamente dicha; Argos se mantendrá fiel a lo jurado y esperará también a la finalización del periodo estipulado para plantear de nuevo sus reclamaciones sobre la Tireátide a los espartanos. Ciertamente, estos se encontraban en un momento de especial debilidad tras los reveses sufridos a manos de los atenienses durante los diez primeros años de guerra, con quienes firmaron una nueva paz, conocida como Paz de Nicias, y tras el malestar que tal paz, así como la posterior alianza entre Esparta y Atenas, generó entre los aliados de los lacedemonios, especialmente corintios y beocios, partidarios de continuar las hostilidades contra Atenas. Así, en el 421 a.C. se abre un periodo en el que entrarán en juego toda una serie de alianzas y contraalianzas que tendrán a Argos en su centro, en su intento por recuperar un papel hegemónico en el Peloponeso. El sueño se tornará en pesadilla para los argivos, tras la contundente victoria lacedemonia en los campos de Mantinea en el 418 a.C. sobre esta alianza, pues recobrará su papel de líder indiscutible del Peloponeso, a la par que pondrá en serias dificultades al estado argivo, que tendrá que afrontar graves conflictos político-sociales. Así, tendrá que esperar a que se presente una nueva oportunidad para hacer frente a los espartanos. Y esta llegará en el 395 a.C., cuando, tras la victoria absoluta de Esparta sobre Atenas en la guerra del Peloponeso en el 404 a.C. y aprovechando también el malestar generado entre los antiguos aliados de los lacedemonios por su gestión de la victoria al negarse a compartir siquiera los beneficios del botín y desarrollar una férrea política imperialista sobre el resto de Grecia, incluidos tales aliados; Argos se aliará con corintios, beocios y atenienses a fin de plantar cara a la hegemonía espartana, desencadenando la que se conocerá como Guerra de Corinto, por ser este el lugar en que se desarrollaron buena parte de las operaciones militares; guerra que durará hasta el 386 a.C., con la aceptación de la *koiné eiréne* o Paz del Rey, de la que saldrá reforzada de nuevo Esparta. Esta conservará su hegemonía hasta que Tebas en el 371 a.C. derrotó en campo abierto a las falanges lacedemonias, provocando una pérdida irreversible de vidas espartiatas, esto es, ciudadanos de pleno derecho, agravando el problema de la *oliganthropía* espartana. Será en esta situación de debilidad del estado lacedemonio, cuando argivos, eleos y arcadios, en alianza con los tebanos invadan por primera vez en su historia el solar laconio, cuya consecuencia más lacerante para Esparta, sin embargo, no será su devastación, sino la independencia de Mesenia, que se constituirá como una polis independiente bajo los auspicios del tebano Epaminondas en el 369 a.C. A partir de este momento, no habrá ningún estado que ostente claramente la hegemonía en el Peloponeso, donde Esparta, con ayuda de algunos aliados fieles, aún será capaz de hacer frente a sus enemigos, entre ellos evidentemente Argos. Así, en el 362 a.C. se llegará a la última gran batalla librada en suelo peloponesio, la batalla de Mantinea, la cual dejará todavía la situación abierta. Esta solo se resolverá, tras la victoria de Filipo II de Macedonia en Queronea en el 338 a.C., cuando reorganice la distribución territorial del Peloponeso y le otorgue a Argos de nuevo el territorio de la Tireátide, por el que tanto había contendido con Esparta desde las postrimerías de la época arcaica y condicionando en buena medida toda la política exterior y de alianzas del estado argivo a lo largo de la época clásica, hasta el punto de generar entre los autores de finales del siglo IV a.C. la sensación que la rivalidad que mantuvo con Esparta debería remontarse a los albores de la primera historia de Grecia, tal como ya hemos apuntado.

Serán, por tanto, todos estos hitos históricos que hemos señalado los que nos servirán de puntos de referencia para ir haciendo un análisis pormenorizado del conflicto entre dichas *póleis*, sus causas y motivaciones, así como las consecuencias que los mismos tendrán tanto a nivel interno como externo en el devenir histórico de estos estados, en especial poniendo el foco y la perspectiva en la ciudad de Argos. El estudio de cada uno de estos momentos históricos nos ofrecerá a la par una visión de conjunto de la evolución diacrónica de este conflicto permanente, y a la vez intermitente, que mantuvieron Argos y Esparta a lo largo de la época clásica. Ciertamente, la cuestión no es original, dado que en las numerosas y diversas obras que la historiografía moderna ha consagrado al estudio de la época clásica en la Grecia Antigua son continuas las referencias a estos enfrentamientos que mantuvieron argivos y espartanos; pero generalmente se trata de breves referencias, pues tienen la atención puesta bien en Atenas bien en Esparta o bien en ambas;<sup>5</sup> mientras que el estudio del papel de los aliados de uno y otro estado es marginal y vinculado a estas grandes potencias. En efecto, no olvidamos que tanto Atenas como Esparta fueron los estados dominantes en este periodo, cuyo enfrentamiento acabó polarizando al resto de los estados griegos en torno a estas ciudades. Sin embargo, no debemos olvidar tampoco que buena parte de su grandeza se debe precisamente a estos mismos aliados, que no siempre gozaron de la debida consideración por parte de sus respectivos *hegemónes*. Además, existieron otros estados, como Argos, pero también Corinto, Beocia o incluso Élide o Mantinea, que, a pesar de que los consideremos menores respecto a estas dos potencias, se creyeron con la legitimidad y el poder suficientes como para, en determinados momentos históricos, buscar sus propias alianzas y hacer frente a la arrogancia de ambas ciudades, tal como tendremos ocasión de comprobar en lo que a la polis argiva se refiere.

## **2. ANTECEDENTES.**

Antes de entrar de lleno en los pormenores del conflicto en época clásica, conviene detenerse, siquiera brevemente, en señalar los antecedentes del mismo. Así, estos se pueden dividir en dos clases, míticos, por un lado, y los propiamente históricos, por otro. Así, entre los primeros hay que señalar las tradiciones acerca de las invasiones dorias y el retorno de los Heráclidas al Peloponeso para reclamar la tierra cuya soberanía les correspondía; mientras que entre los segundos cabe citar la batalla de Hisias en el 669 a.C., que analizaremos con detenimiento.

### **2.1. Antecedentes míticos: las invasiones dorias y el retorno de los Heráclidas.**

Conviene prestar atención a los relatos míticos que los griegos de época clásica tenían acerca del Peloponeso, ya que estos mismos relatos se utilizarán tanto para explicar y dar legitimidad a situaciones políticas como para justificar posteriores reclamaciones territoriales. Por ello, de alguna manera, el conflicto entre Argos y Esparta también tendrá una traslación al plano mitológico apoyándose en tales relatos. Así, en época clásica, el Peloponeso en su mayor parte estaba ocupado por

---

<sup>5</sup> Entre otros, por ejemplo, se pueden señalar Forrest (1968), Hornblower (1985), Pascual (1997), Domínguez y Pascual (1999), Cartledge (2002), Kagan (2003), Fornis (2016); sin embargo, también hay que recordar que el conflicto entre Argos y Esparta ha sido tratado en breves ensayos monográficos entre los que podemos destacar Kelly (1970a; 1970b; y 1974); a la par que abunda bibliografía similar dedicada a cuestiones puntuales de dicho conflicto, las cuales nos serán de gran ayuda en nuestro estudio, así podemos citar algunas como Willets (1959), Forrest (1960), Zambelli (1971; 1974), Moggi (1974), y de un modo muy especial (Fornis 1992-1993; 1994; 1995; 1997; 2000), quien tiene toda una serie de artículos monográficos dedicados al conflicto de Argos y Esparta en el marco de la Guerra del Peloponeso y de la Guerra de Corinto; a los que podemos sumar Vannicelli (2004; 2005), Valdés (2005), y Franchi (2008; 2009; 2012).

poblaciones lingüística y culturalmente dorios (lacedemonios, argivos, corintios, eleos). Estos dorios tenían conciencia de haber emigrado desde una región fuera del Istmo, la Dóride, situada en Grecia Central, entre Fócide y Lócride y que ellos consideraban su solar original (Hdt. 1.56.3; 8.31; Th. 1.107.2; Hornblower, 1985: 61; Fornis, 2016: 30, 144); y haber desplazado a los aqueos, los primitivos habitantes del Peloponeso que quedaron arrinconados en zonas más agrestes como la Arcadia o en el norte Acaya (Hdt. 2.171.3). Estos relatos acerca de estas migraciones dorios se pusieron en relación con otra leyenda, la del retorno de los Heráclidas, expulsados del Peloponeso por la línea sucesoria de Euristeo. Sin embargo, tres generaciones después, sus descendientes, los hermanos Témeno, Aristodemo y Cresfonte, invadirán el Peloponeso acompañados por los dorios y se lo repartirán entre sí. A Témeno le correspondió Argos y la parte nororiental; a los hijos gemelos de Aristodemo (pues este había muerto antes de entrar en el Peloponeso), Eurístenes y Procles, Laconia y la parte central, que reinaron conjuntamente (explicación etiológica de la diarquía espartana); mientras que a Cresfonte le tocó Mesenia y el Peloponeso sudoccidental. Esta parece ser la versión más tradicional y extendida, tal como fue recogida entre otros por Pausanias (3.1.5-6) o Apolodoro (2.8.2-3), quienes ubican la muerte de Aristodemo en Delfos o en Naupacto respectivamente.

Sin embargo, frente a esta, Heródoto (6.52.1-2) se hace eco de otra, que tiene su origen entre los lacedemonios, según la cual Aristodemo aún vivía cuando se hizo el reparto del Peloponeso, legando el reino de Lacedemonia a sus hijos. La divergencia entre ambas versiones no es una cuestión menor, ya que, de ser Aristodemo quien se hizo con el reino de Lacedemonia, en tal caso estaría en pie de igualdad respecto a sus otros dos hermanos que ocuparon sus partes correspondientes. Estos, por tanto, no podrían alegar derecho alguno sucesorio o de tutelaje sobre el reino de Lacedemonia, de haber sido ocupado por los hijos de aquel, apenas unos niños; sino que dicho reino fue adquirido por su padre, un poderoso guerrero, que se lo transmitió en herencia; de esta forma la sucesión quedaba a salvo de cualquier intromisión por parte de sus tíos, en especial Témeno, rey de Argos. Así, esta versión lacedemonia no hace sino anticiparse y ponerse en guardia ante cualquier pretensión por parte de los dorios de Argos de hegemonía sobre los otros dorios de Lacedemonia o incluso sobre todo el Peloponeso, con lo que, de algún modo, nos encontramos ante una transposición en el plano mítico de las conflictivas relaciones políticas entre Argos y Esparta durante el siglo V a.C. (Vannicelli, 2004: 289-290). Vemos, pues, la importancia del mito a la hora de justificar o legitimar reclamaciones de índole territorial y política.

## **2.2. Antecedentes históricos: la batalla de Hisias (669 a.C.)**

Entre los antecedentes históricos cabe señalar un breve pasaje de Pausanias (3.7.5), según la cual tuvo lugar la primera lucha por la Tireátide entre espartanos y argivos cuando todavía reinaba en Esparta Teopompo (ca.725-675 a.C.), aunque debido a su avanzada edad no participó en la acción, por lo que tendría lugar en el primer cuarto del s. VII a.C. Si bien la historicidad de esta información ha sido cuestionada por algún crítico (como, por ejemplo, Kelly, 1970b: 995.), se suele admitir por parte de la mayoría de los historiadores como la primera confrontación entre espartanos y argivos por la Tireátide con visos de verosimilitud (Cartledge, 2002: 109; Fornis, 2016: 76). Estaríamos, por tanto, ante el primer antecedente histórico que daría cuenta del enfrentamiento o de la enemistad entre esos dos estados, que alcanzará su punto culminante en época clásica. Sin embargo, poco más se puede decir de la misma aparte de esa datación genérica en las postrimerías del reinado de Teopompo.

Algo más de interés resulta otro pasaje también de Pausanias, (2.24.7) que podemos considerar el segundo antecedente histórico en época arcaica de la disputa permanente mantenida a lo largo de la época clásica entre ambos estados, pues nos proporciona una datación de tal evento:

“Volviendo al camino que conduce a Tegea...está Céncreas... Allí hay tumbas comunes de los argivos que vencieron a los lacedemonios en una batalla en Hisias. He averiguado que este combate tuvo lugar cuando Pisístrato gobernaba en Atenas, en el cuarto año de la 27ª olimpiada [669-668], en la que obtuvo la victoria en el estadio el ateniense Euríboto. Bajando a la parte más baja están las ruinas de Hisias, que en otro tiempo fue una ciudad de la Argólide, y dicen que allí tuvo lugar la derrota de los lacedemonios.”<sup>6</sup>

Ciertamente la noticia no es recogida en ninguna otra fuente, y además procede de un autor tardío, que vivió ochocientos años después del hecho narrado; a ello se suma también que la información aportada es escasa y deja sin respuesta algunas preguntas que se pudieran suscitar; lo que ha llevado a algún crítico a cuestionar la autenticidad de la noticia (p.ej. Kelly, 1970a:31-42). Frente a esta voz escéptica, lo cierto es que la inmensa mayoría de la historiografía moderna admite la veracidad del hecho (Forrest, 1968: 67; Cartledge, 2002: 109; Fornis, 2016: 76-77).

Ciertamente no es mucha la información que aporta, pero es sustancial en la medida en que combinada con otros datos nos permite elaborar un cuadro coherente de los acontecimientos. Así, el que la batalla tuviera lugar en Hisias, una localidad de la Argólide, situada al norte de la Tireátide, nos permite deducir que el estado agresor en este caso fue Esparta (Cartledge, 2002: 109), quien trataría de hacerse con el control de dicho territorio, si bien fue derrotada por los argivos. Tal derrota sería lo suficientemente contundente como para que hasta mediados del s. VI a.C. no volviéramos a tener noticias de otra invasión de la Argólide (Cartledge, 2002: 109). Y es probable que la misma agravara las tensiones sociales y políticas internas<sup>7</sup>, y provocara la revuelta de los hilotas mesenios (Casillas y Fornis, 1992: 213), dando lugar a lo que se conoce como segunda guerra mesenia<sup>8</sup>, por lo que el pasaje nos ofrece una fecha a partir de la cual datarla. Sería una guerra larga y dura que se prolongaría a lo largo de la segunda mitad del s.VII a.C., y en la que se implicarían otros estados del Peloponeso en apoyo de uno u otro contendiente, entre ellos los argivos, que, a buen seguro ofrecerían su soporte a los rebeldes mesenios<sup>9</sup>.

Por lo que Argos se refiere, las consecuencias serían altamente positivas. De hecho, se ha relacionado la batalla de Hisias con la dirección de Fidón (Cartledge, 2002: 109; Fornis, 2016: 76-77), al que se suele atribuir la introducción de las tácticas hoplíticas (Domínguez, 1993: 174-175; Valdés, 2005. 106 n. 18). Con él Argos alcanzaría una posición hegemónica dentro del Peloponeso, ya que su influencia se extendería por todo el norte del Peloponeso hasta Olimpia en la Élide, donde se haría con el control de los juegos en el 668 a.C. (Forrest, 1968: 69; Fornis, 2012: 77). Sin embargo, es probable que, tras la desaparición de Fidón (ca. 655 a.C.) en Argos, el poder de esta ciudad decayera, más pendiente de su vecina Corinto

<sup>6</sup> En adelante para la traducción de los pasajes de Pausanias seguiremos del versión de M.C. Herrero en la Biblioteca Clásica Gredos.

<sup>7</sup> Algunos autores sitúan las reformas políticas atribuidas a Licurgo en esta época y como una forma de aliviar dichas tensiones (cf. Cartledge, 2002: 113-117), frente a otros, que las habrían situado con anterioridad a la misma, y la derrota habría contribuido a fortalecerlas al cohesionar el cuerpo cívico (Forrest, 19968: 58, 65-66)

<sup>8</sup> Sobre esta llamada segunda guerra mesenia podemos encontrar una excelente actualización en Fornis, 2016: 82-87; y 2017: 166-17.

<sup>9</sup> Así parece probar un fragmento de Tirteo, donde se menciona juntos arcadios y argivos contra los espartiatas (P.Oxy. 3316 = fr. 23a West, 10a Gentili-Prato): ““Y muchos con las lanzas, con las puntas aguzadas, disparan: hombres sabios que, a cuerpo descubierto, avanzan delante... arcadios de los argivos... junto al muro... el agua...de Atenea ... los muros ... darán muerte a todos de entre los espartiatas a cuantos huyendo hacia atrás...” (Trad. F.R. Adrados)

(Forrest, 1968: 71), y se retirase de la contienda; y lo mismo harían los arcadios, que también acabarían por abandonar a su suerte a los mesenios, de forma que hacia 600 a.C. Esparta se habría impuesto sobre los mesenios, reduciéndolos de nuevo a la condición de hilotas (Fornis, 2016: 87; 2017: 170). Emergería una Esparta económicamente más rica, socialmente más cohesionada, políticamente más estable y militarmente incontestable, al dedicarse sus ciudadanos, mantenidos por el trabajo de sus hilotas, al oficio de las armas (Fornis, 2017: 170-171), presta a hacerse con la hegemonía sobre el resto del Peloponeso.

Hay, pues, razones suficientes para considerar la historicidad de la batalla de Hisias, así como de la importancia de la misma, en cuanto antecedente histórico para el enfrentamiento que Argos y Esparta tendrán en la época clásica. De hecho, el recuerdo de esa época arcaica en que Argos fue la potencia hegemónica en el Peloponeso seguramente contribuyó a animar y justificar la reclamación de dicha hegemonía. En este sentido tal vez cabe interpretar el ensañamiento con que los espartanos trataron a la población de Hisias en el 417 a.C., debido al infausto recuerdo que tal nombre les traía (Fornis, 2016: 77).

### **3. BATALLA DE CAMPEONES (ca.546 a.C.)**

Una vez vistos los antecedentes tanto míticos como históricos del enfrentamiento entre Argos y Esparta, podemos pasar a analizar el que es seguro el momento clave de dicha rivalidad y que en buena medida marca la evolución de las conflictivas relaciones entre ambos estados; tal es así que, incluso quienes negaban la historicidad de los antecedentes, no dudan en considerar este momento el punto de partida para tal rivalidad (Kelly, 1970b: 1000). Nos referimos a la que se conoce como “Batalla de Campeones”.

#### **3.1. Testimonios e interpretación.**

El principal testimonio para la misma es Heródoto (1.82), quien aprovecha la narración del asedio a que se ve sometido el rey Creso de Lidia por parte del persa Ciro para insertar un *excursus* sobre tal enfrentamiento. De acuerdo con el relato de Heródoto, el rey Creso, viéndose sitiado en Sardes, envía heraldos a sus aliados para que concurrieran con sus tropas en su auxilio; entre ellos a los lacedemonios, con quienes había establecido años atrás una alianza por considerarlos el estado más poderoso de Grecia. Sin embargo, tal requerimiento no va a poder ser atendido (Hdt. 1.82.1):

“Pero daba la casualidad que, precisamente por aquel entonces, se había suscitado entre ellos (los espartiatas) y los argivos un altercado a propósito de un lugar denominado Tirea, pues los lacedemonios habían segregado del territorio de la Argólida, del que formaba parte, la tal Tirea. Por cierto, que también pertenecía a los argivos la zona situada al oeste de Tirea hasta el cabo Malea, tanto la tierra firme como la isla de Citera y el resto de las islas.”<sup>10</sup>

Así pues, el que coincida con el asedio y toma de Sardes por los persas nos permite ubicar cronológicamente la batalla en el 546 a.C. (Fornis y Domínguez, 2014: 81). Y de nuevo nos encontramos con que el territorio objeto de la disputa es Tirea, tal como había sucedido hacía un siglo. Ciertamente, ubicada en la Argólida, con quien tiene más fácil comunicación, su control significaba para Esparta tener a su alcance la llanura argiva, mientras que, a la inversa, para Argos significaba prevenir

---

<sup>10</sup> En adelante para la traducción de los pasajes de Heródoto seguiremos del versión de C. Schrader en la Biblioteca Clásica Gredos.

incursiones por parte de aquella. Por tanto, resulta evidente el alto valor estratégico que tenía para ambos estados, independientemente de la productividad de sus tierras (Kelly, 1970b: 980; Fornis y Domínguez, 2014: 80; 2016: 76). Y de nuevo, como en el siglo anterior, son los espartanos el estado agresor. De hecho, a partir de este texto se puede deducir que la fuente o la tradición de la que Heródoto toma la información es argiva, dado que da por hecho la pertenencia natural de la Tireátide a la Argólide, de la que los lacedemonios la “habían segregado”. Por otra parte, el que mencione a continuación la pertenencia a los argivos del resto de la Cinuria y el litoral costero al este del Parnón hasta el cabo Malea junto con Citera y sus islas da a entender que en el pasado Argos fue un poderoso estado que dominó el Peloponeso oriental, del cual se vio privado a manos espartanas. Heródoto, pues, se estaría haciendo eco de una tradición o propaganda argivas de su época, ya que en la segunda mitad del s. V a.C. Argos estaba intentando reconstruir una hegemonía territorial en el noreste del Peloponeso y, cuyas reivindicaciones se extenderían a las áreas señaladas (Franchi, 2008: 237; Fornis y Domínguez Monedero, 2014: 84).

Por lo que a Esparta se refiere, al anexionarse la Tireátide, asegura su frontera nororiental, a la par que liquida viejas cuentas pendientes con su rival, en un momento en que la superioridad de Esparta en el Peloponeso era reconocida por otros estados. De hecho, dicha anexión viene a culminar un proceso que había iniciado a principios del siglo VI a.C., cuando, tras someter por completo Mesenia, intenta expandirse hacia el norte a costa de su vecina, la ciudad de Tegea. La confrontación con esta ciudad no resultó sencilla, hasta el punto de que debió cosechar ante ella sonoras derrotas, tal como puede deducirse del propio texto de Heródoto (1.66), donde nos cuenta que los espartanos, confiados en un oráculo que les garantizaba que medirían los campos de Tegea, se lanzaron sobre esta con las cadenas en las manos para esclavizar a sus habitantes, y acabaron trabajando como prisioneros las fincas de los tegeatas. Sin embargo, hacia mediados del s. VI a.C. ya se había impuesto a la misma y prueba simbólica de dicha superioridad es la apropiación de los huesos de Orestes sepultados en Tegea y su traslado a Esparta, como una forma de Esparta de reclamar su derecho a la hegemonía del antiguo reino de los aqueos en el Peloponeso. Por otra parte, también se observa un cambio de política en Esparta respecto a sus enemigos vencidos, ya que no procede a anexionar un territorio con una población hostil presta a rebelarse, sino que establece un tratado de alianza bilateral, una *symmachía*, en la que le obliga a aportar contingentes al ejército lacedemonio en caso de guerra. De esta forma, convierte un antiguo enemigo en aliado, a la vez que consigue un acceso seguro a la ruta de salida del Peloponeso; lo cual se verá reforzado aún más, cuando establezca una alianza con Corinto. De igual manera, también debió asegurar su frontera occidental con otro tratado del mismo tipo con Élide. Este tipo de alianzas bilaterales de esos estados peloponesios acabaron derivando hacia finales del s. VI a.C. en lo que se ha denominado la Liga del Peloponeso (Cartledge, 2002: 118-120; Fornis, 2016: 87-93). Así pues, Esparta con la anexión de la Tireátide se prevenía ante un posible ataque de su rival y esta, por otra parte, quedaba a su merced.

La reacción no se hizo esperar: Los argivos acuden en defensa del territorio que les era segregado. Sin embargo, en este punto el relato de Heródoto adquiere un tono de cierto colorido folklórico, que se puede relacionar con tradiciones orales. En efecto, en lugar de entablar una batalla campal entre los dos ejércitos, se acuerda seleccionar a trescientos por cada bando para que se enfrenten, de suerte que el vencedor se queda con el territorio en disputa; mientras que ambos ejércitos se retiran a sus ciudades para evitar interferir (Hdt. 1.82.3). De ahí que dicho enfrentamiento, un auténtico duelo, reciba el nombre de la “Batalla de Campeones”; un despiadado combate entre guerreros de similar destreza, de los cuales, al caer la noche, solo tres son los que han quedado con vida, dos por parte argiva, Alcenor y

Cromio, y uno por parte espartana, Otríades (Hdt. 1.82.4). Los primeros, creyéndose vencedores corrieron a dar la noticia a Argos, mientras que el espartano, aprovechando que había quedado solo, despojó a los caídos de sus armas y se mantuvo en su puesto. Cuando al día siguiente acuden los ejércitos, ambos se atribuyen la victoria con lo que acaban entablado combate, en el que los lacedemonios resultaron claros vencedores (Hdt. 1.82.5-7). El que el combate entre estos trescientos escogidos solo fuera detenido por llegar la noche permite suponer que no se habrían enfrentado en formación hoplítica, pues la duración hubiera sido menor y el número de supervivientes mayor. Por tanto, seguramente se trató de una serie de duelos a muerte, cuyos vencedores volvían a combatir hasta que solo quedase uno. Una lucha con un profundo carácter agonístico (Fornis y Domínguez, 2014: 86-87). Estamos, pues, ante un tipo de combate agonístico, heroico, con un fuerte componente ritual, que se suele relacionar con disputas fronterizas, liminales; muy propenso, por otra parte, a dar lugar a relatos legendarios, pseudo-históricos y reelaboraciones poéticas, por lo que en época de Heródoto esta batalla estaría ya muy mitificada (Fornis y Domínguez, 2014: 82, 85). El propio Tucídides (1.41.2) puede dar la pista sobre el núcleo histórico que pudo dar origen a esta tradición, cuando alude a una batalla por esta región en que ambos bandos se atribuyeron la victoria. Lo cual también se puede rastrear en el relato de Heródoto (1.82.7) al señalar que “volvieron a caer muchos por uno y otro bando”, que puede dar idea de lo reñido del combate. Si bien deja clara la victoria espartana. Y para que no haya dudas acerca de tal victoria, pone como colofón a la narración de la batalla un relato de carácter etiológico, tal vez forjado en círculos espartanos, con el que él o bien los contadores de historias habrían contaminado una tradición argiva (Franchi, 2009: 70-72).

Así, a consecuencia de la batalla, los argivos se cortaron el cabello y decretaron, bajo pena de maldición, no dejárselo crecer ni que sus mujeres portaran joyas hasta recuperar la Tireátide; mientras que los espartanos, por el contrario, decretaron dejarse crecer el cabello y no cortárselo (Hdt. 1.82.7-8). El valor simbólico del corte de los cabellos puede tener varias lecturas. En primer lugar, el corte del cabello guarda relación con el luto por los familiares caídos en la batalla, pero también puede tener una lectura del reconocimiento de inferioridad, de derrota, dado que en Esparta y en el mundo de la Grecia arcaica en general el cabello largo solía asociarse con los héroes, el valor, la hombría; mientras que el cabello corto, por el contrario, pertenecía al ámbito de la infancia, de las mujeres o de los esclavos. Sin duda, con el paso del tiempo y fruto de la transmisión oral, el recuerdo de dicha batalla se habría ido enriqueciendo con detalles que le habrían dado colorido; cosa que seguramente se habría producido en ambos contendientes. Así, mientras al final de la época arcaica, sobre todo a partir de las Guerras Médicas, se generalizaba entre los griegos la moda de cortarse el cabello y uso de la vestimenta ostentosa (la moda jonia), la cual se identificaba con el enemigo; los espartanos conservaron esta costumbre arcaica. Así, probablemente en algún momento del proceso de elaboración de la tradición respecto a esta batalla en ambientes espartanos, se hubiera vinculado con ella lo que simplemente era la pervivencia de una antigua moda; sobre todo, en contraposición de los argivos, que, al llevar el pelo corto, era atribuido al duelo por los caídos o bien a un reconocimiento explícito de su inferioridad, al ser asimilados a niños, féminas o esclavos.

### **3.2. Consecuencias.**

Dejando a un lado el carácter más o menos folklórico del relato herodoteo, lo realmente importante del mismo es la historicidad de esta batalla, la cual debió tener una repercusión lo suficientemente grande como para que llegaran a formarse tradiciones orales al calor de la misma. Dicha repercusión, sin duda, está en la línea

ya señalada, pues para Argos supuso quedar mutilada de una parte destacada de su territorio, la Tireátide, el resto de la Cinuria y todo el litoral oriental de la península de Malea, así como la isla de Citera. Sin embargo, se ha cuestionado que realmente esas áreas llegaran alguna vez a formar parte del estado argivo en época arcaica; pues, aparte de este testimonio de Heródoto, no hay ningún otro que lo ratifique y las pruebas arqueológicas manifiestan una influencia laconia. De hecho, la ciudad de Prasias, ubicada en esta región, a mediados del s. VI a.C. formaba parte de la anficiónía de Calauria, por lo que sería un estado independiente (Kelly, 1970b; 977-980; Cartledge, 2002: 107, 121-122). Por tanto, tras la batalla de Campeones, Argos no sería tanto privada de un territorio que le perteneciera, cuanto privada de un territorio sobre el cual pudiera expansionarse en un futuro. Así pues, Heródoto estaría, más bien, haciéndose eco de la propaganda argiva de su época, cuando Argos había logrado consolidar su hegemonía en el nordeste del Peloponeso, evocadora del glorioso pasado (Fornis y Domínguez Monedero, 2014, 84). Por el contrario, Esparta sí consolidó su anexión de la Tireátide y, a la par, seguramente inició, si es que no lo había hecho ya antes de atacar la Tireátide, el proceso de “laconización” de las regiones al este del Parnón (Cartledge, 2002: 122), así como la isla de Citera, la cual poseía para ella un alto valor estratégico, pues estaba en la ruta de abastecimiento del grano procedente de Egipto, y era un punto vital desde el cual se podía atacar el territorio laconio, tal como sucedió en la Guerra del Peloponeso (Kelly, 1970b: 977-978).

Por otra parte, la batalla también trajo consecuencias en el plano religioso, dado que a raíz del mismo los espartanos instituyeron la celebración en el lugar de la batalla (monte Parparo) una festividad, las Parparonia (Fornis y Domínguez, 2014: 87-88; Fornis, 2016: 80-81), que servían para sancionar y proclamar la propiedad del territorio en disputa. A ello, se añade la traslación del culto de Apolo Piteo (extendido por toda la Argólida y que contaba con un santuario en Tirea dependiente del principal centro en Argos) a Esparta y su integración junto a las otras advocaciones que ya tenía Apolo en la ciudad. Su estatua, seguramente traída desde Tirea tras la correspondiente sanción oracular, presidía la Gimnopedias (Fornis y Domínguez, 2014: 95)<sup>11</sup>. A la par, Esparta asumía las obligaciones que el santuario de Tirea tuviera para con el santuario argivo, como consecuencia de la traslación del culto; con lo que para Argos la pérdida de la Tireátide desde el punto de vista cultural no tuvo repercusiones, pues mantuvo la preeminencia en el culto de Apolo Piteo (Zambelli, 1974: 445; Fornis y Domínguez, 2014: 88-98).

Así pues, desde el punto de vista geoestratégico, para Esparta supuso alcanzar su máxima extensión territorial en el Peloponeso, de suerte que la πόλις τῶν Λακεδαιμονίων abarcaba desde el mar Egeo hasta el mar Jonio de este a oeste; y por el norte hasta el río Alfeo, frontera con Arcadia y Élide; y por el noreste la Tireátide bajo dominio lacedemonio, se introducía como una cuña sobre la Argólida. Emergía como la potencia hegemónica en el Peloponeso, donde había establecido una serie de alianzas con el resto de estados peloponesios, germen de la Liga del Peloponeso; alianzas con las que en un principio solo buscaba aislar a Argos, si bien, con el tiempo, serían la base del poder lacedemonio en Grecia (Kelly, 1970b: 983-984; Fornis, 2016: 87-93). Por el contrario, Argos quedaba relegada a una posición secundaria en el Peloponeso, a la vez que veía amenazado su propio granero, la llanura argiva (Fornis, 2016: 82). A partir de ese momento, el conflicto entre ambos estados está servido, pues Argos jamás renunciará a reclamar sus

---

<sup>11</sup> Por otra parte, las mismas Gimnopedias parecen remontar su institución al 668 a.C. tras la de derrota de Hisias, con lo que en cierta forma ya guardarían relación con la Tireátide; además, los *prostatai* de cada grupo de edad de danzantes portaban unas coronas llamadas Tireátidas (Forrest, 1968: 72; Cartledge, 2002: 109; Fornis y Domínguez, 2014: 88; Fornis, 2016: 418-419).

derechos sobre ese territorio, y en adelante tratará de aprovechar cualquier momento de flaqueza del poder lacedemonio en el Peloponeso para lograr su objetivo. Pero por el momento, como muy bien ha visto E. Franchi, Heródoto, al insertar el *excursus* de la batalla de Campeones, está poniendo de manifiesto el contraste entre el declinar del reino lidio y el ascenso de Esparta; y, a escala peloponesia, el declinar argivo (Franchi, 2009: 78-79). No obstante, lo peor aún estaba por llegar, pues Argos tocará fondo unos cincuenta años después a consecuencia de su derrota a manos del rey Cleómenes de Esparta en Sepea, en la proximidades de la propia Argos.

#### **4. LA BATALLA DE SEPEA (ca.494 a.C.).**

La pérdida territorial argiva en beneficio de Esparta tras la derrota en la Batalla de Campeones abrió un estado de confrontación entre ambos estados. Si bien Argos quedó considerablemente debilitado, sobre todo porque quedó privada de una posible área de expansión territorial a lo largo de la costa oriental de la península de Malea, o al menos de una zona que estaba en su área de influencia; a nivel interno parece que no tuvo graves consecuencias, o, si las hubo, no han sido reflejadas. Más bien, es probable que ayudara a consolidar y cohesionar el cuerpo cívico en torno a la idea de la recuperación de dichos territorios, como probaría la anécdota del corte del cabello. Mayores consecuencias tuvo a nivel territorial y socio-político en este caso internos para el estado argivo la incursión llevada a cabo por el rey espartano Cleómenes contra la propia Argos en torno al 494 a.C.

##### **4.1. Testimonios e interpretación.**

No se sabe con certeza el momento exacto en que dicha expedición fue llevada a cabo, dado que nuestra principal fuente, Heródoto, no la data. Así, se han propuesto diversas fechas, que o bien tienden a situarla a comienzos del reinado de Cleómenes en torno a 520 a.C. o bien en una fecha más baja de su reinado, más próxima a las guerras médicas, ca.494 a.C. La primera fecha se suele fundar principalmente en el testimonio de Pausanias (3.4.1): “Cleómenes, por su parte, tan pronto como fue rey, reunió un ejército de lacedemonios y de aliados e invadió la Argólida”. Sin embargo, la crítica en su mayor parte aboga por la segunda fecha (Willems, 1959: 495; Hendriks, 1980: 340-341; Fornis, 2016: 105). Para ello se basa en la combinación de dos pasajes de Heródoto (6.19.1-3, 77.2) donde recoge una doble respuesta oracular emitida por Delfos a los argivos con ocasión de una consulta acerca de la salvación de su ciudad. En ella se profetizaban sendos desastres tanto para Mileto como para Argos. Así pues, dado que se consideraba que la profecía que atañía a Mileto había alcanzado su cumplimiento en el 494 a.C. con su destrucción a manos de los persas tras la fracasada revuelta jonia; el desastre profetizado a Argos tendría que estar próximo en el tiempo en relación con la caída de Mileto (Zambelli, 1974: 442-447; Hendriks, 1980: 341; Vannicelli, 2004: 285; Fornis, 2016: 105). Sin embargo, el hecho de que ambos desastres fueran predichos a la vez no tiene por qué implicar que su cumplimiento coincidiera en el tiempo (Hendriks, 1980: 341). Estuvieran sincronizados o no sendos acontecimientos, lo cierto es que la fecha más comúnmente aceptada por la historiografía moderna, tal como hemos apuntado, es la del 494 a.C., preferible a la datación más alta. De hecho, en el 481 a.C., cuando los embajadores de la Liga Helénica acuden a Argos en busca de su alianza (Hdt. 7.148.2,149.1,152.3), las heridas aún debían estar frescas (Vannicelli, 2004: 285-286).

Por lo que al testimonio concreto de Heródoto (6.76-83) acerca de las vicisitudes de la batalla se refiere, el relato es situado tras narrar el atroz suicidio del rey

Cleómenes a modo de explicación del origen divino de la locura que le sobrevino (Hdt. 6.75)<sup>12</sup>. Heródoto no aduce ninguna causa o motivo de la expedición de Cleómenes, más allá de la existencia de un oráculo que le aseguraba que tomaría Argos. Con esta garantía se dirige hacia Argos, pero, al llegar a la frontera en el río Erasino y ofrecer los preceptivos sacrificios de paso de frontera (Schrader, 1988: 314 n. 367; 315 n. 369.), resulta que estos son desfavorables. Ante ello, decide respetar al dios y no vadearlo (Hdt. 6.76.1-2.); actitud que resulta extraña, ya que si algo caracteriza a Cleómenes es su falta de escrúpulos religiosos cuando le conviene. De ahí que algún crítico haya interpretado el pasaje en el sentido de que el ejército argivo le saldría al encuentro bloqueando el estrecho paso entre las montañas y el mar (Cartledge, 2002: 128). El caso es que opta por retirarse a Tirea para embarcar su ejército para atacar por mar, para lo que requerirá la ayuda de sicionios y eginetas (Hdt. 6.92.1), de tal suerte que lo que hasta ahora era un asunto meramente espartano, implica a otros aliados peloponesios (Cartledge, 2002: 128-129). Desembarca en la región de Tirinto y Nauplia, en un lugar llamado Sepea, donde es probable que contara con apoyos locales, dado que poco después Heródoto nos habla de unos “desertores” (Hdt. 6.79.1, 80). Pero el ejército argivo vuelve a salirle al paso y se sitúa próximo a los lacedemonios, sin duda en una posición ventajosa, dado que Heródoto (6.77.1) dice que “en esa posición los argivos no sentían temor a librar una batalla campal, sino a ser víctimas de un engaño” (Trad. C. Schrader). Es en este punto donde el historiador de Halicarnaso recoge la parte del doble oráculo dada a los argivos y que les atañía especialmente y que, debido a su oscuridad, era lo que incrementaba su temor ante cualquier trampa (Hdt. 6.77.2):

“Mas, cuando la hembra, conseguida la victoria,  
logre expulsar al macho y alcance gloria entre los argivos,  
dará lugar a que, en ese momento, muchas argivas se desgarran las mejillas.  
Así, hasta entre las generaciones venideras, se dirá un día:  
la terrible sierpe de triple anillo pereció domeñada por la lanza”

Ante esta situación, los argivos toman la estrategia de imitar las órdenes dadas por el heraldo de los lacedemonios. Cleómenes, que se percató de ello, dio a la orden a sus tropas de atacar cuando oyeran la señal de almorzar; de esta suerte cogió desprevenidos a los argivos cuando estaban almorzando, causando cuantiosas bajas entre ellos. Los supervivientes huyeron y se refugiaron en la espesura del bosque sagrado que custodiaba la tumba del héroe Argos, donde fueron cercados y vigilados. Cleómenes para conseguir que estos salieran del mismo recurre de nuevo al engaño. Informado por los desertores de los nombres de los argivos, les invita a abandonar su refugio asegurándoles que tenía en su poder sus rescates abonados. Así, conforme iban siendo nombrados, salían, para ser asesinados al instante. Cuando los del interior del bosque se percataron de lo que sucedía, se negaron a salir. Cleómenes, por su parte, ordenó a los hilotas que prendieran fuego al bosque en derredor (Hdt. 6.77.3-80.1). De esta forma la culpabilidad de tan impío acto recaía sobre estos mismos (Schrader, 1988: 320 n. 385.; Cartledge, 2002: 129). Allí, nos cuenta más adelante, perecieron seis mil hoplitas argivos (Hdt. 7.148.2), esto es, ciudadanos de pleno derecho con las rentas suficientes como para costearse el equipo hoplítico (Willems, 1959: 495; Zambelli, 1974: 451). Al conocer el nombre del héroe a quien estaba consagrado el santuario, Cleómenes dio por cumplido el oráculo y no intentó dirigirse contra la propia Argos, que había quedado privada de la casi totalidad de su ejército. En lugar de ello, envía el grueso del ejército de regreso a Esparta, y se dirige hacia el Hereon a realizar sacrificios a la diosa Hera (Hdt.

---

<sup>12</sup> Cleómenes fue cortándose con un cuchillo trozos de carne de su cuerpo, sufriendo un castigo por diferentes actos de impiedad cometidos contra los dioses a lo largo de su reinado (Hdt. 6.75).

6.80.2-81.1). Y tal vez con la intención de atraerse a Micenas y separarla de la polis argiva, tal como ya debía haber sucedido tras la batalla con Tirinto y Nauplia (Cartledge, 2002: 129)<sup>13</sup>. Allí, ante la negativa del sacerdote a que realizara los sacrificios él personalmente, ordena a los hilotas que lo azoten y, una vez hechos los sacrificios, regresa a Esparta, donde será procesado por sus enemigos políticos por no haber tomado Argos cuando tuvo la oportunidad por aceptar soborno de los argivos. Cleómenes alegrará el cumplimiento del oráculo de tomar Argos al tomar el bosque homónimo y los presagios desfavorables recibidos en el Hereo, dado que las llamas habían alcanzado la altura del pecho de la diosa y no de la cabeza; indicando, por tanto, que no lograría tomar la totalidad de la ciudad. Ante estas alegaciones, que fueron consideradas dignas de crédito, fue absuelto (Hdt. 6.81.2-3). Por lo demás, Heródoto cierra este *excursus* con las consecuencias que para la ciudad de Argos tendrá la batalla, aludiendo a que los esclavos (δοῦλοι) tomarán el poder hasta que los hijos de los caídos lleguen a la edad adulta y los expulsen de la ciudad (Hdt. 6.83); un pasaje sobre el que volveremos y que analizaremos al tratar de las consecuencias.

En este relato de Heródoto, da la impresión de haber confluido dos corrientes o dos tradiciones elaboradas en ambientes espartanos una y en ambientes argivos otra, seguramente en torno a la figura del rey Cleómenes. Así, según Jacoby (citado en Franchi, 2012: 20), serían de procedencia argiva los elementos correspondientes a las estratagemas y a las acciones impías llevadas a cabo por el rey; mientras que los datos relativos al oráculo y el proceso contra Cleómenes en Esparta tendrían un origen espartano, aunque no por ello deja seguramente de incorporar en estos asuntos también elementos de naturaleza argiva. Por tanto, Heródoto no ha hecho sino recoger y reelaborar una versión espartana sobre la expedición, a la que ha incorporado también elementos de una versión de origen argivo (Franchi, 2012: 209). El resultado es una primera versión de los acontecimientos de la batalla de Sepea del que se harán eco otros autores posteriores. Así, por ejemplo, en Pausanias (2.4.1) encontramos una síntesis de los hechos que coincide en líneas generales con el relato herodoteo, predominantemente espartano (Franchi, 2012: 209):

“Cleómenes, por su parte, tan pronto como fue rey, reunió un ejército de lacedemonios y de sus aliados e invadió la Argólida. Cuando los argivos le salieron al encuentro armados, Cleómenes los venció en batalla, y como había cerca un bosque consagrado a Argo, hijo de Níobe, aproximadamente cinco mil argivos puestos en fuga se refugiaron en el bosque sagrado. Cleómenes, que a menudo se ponía fuera de sí, ordenó entonces a los hilotas prender fuego al bosque, y las llamas se extendieron por todo él, y al mismo tiempo que se quemó el bosque se quemaron los suplicantes.”

A diferencia de Heródoto, sí ubica la fecha de la acción de forma genérica, al principio del reinado de Cleómenes; sobre la que ya hemos comentado anteriormente, descartándola en favor de una más baja. Omite los pormenores de la batalla y reduce la cifra de ciudadanos caídos.

Sin embargo, en otro pasaje de su obra, al hablar de una estatua de la poetisa Telesila de Argos, hace de nuevo referencia a la batalla y, tras recoger la versión herodotea, añade un pasaje que difiere profundamente de esta, en especial sobre los acontecimientos acaecidos tras la batalla y en los que estaba involucrada la propia Telesila (Paus. 3.20.8-10):

“Sucedió que los argivos sufrieron un infortunio indescriptible frente a Cleómenes, el hijo

---

<sup>13</sup> De hecho, entre las tropas que combatieron a los persas había contingentes de Micenas (Hdt. 7.202; D.S. 11.65.2) y Tirinto (Hdt. 9.28; Paus. 5.23.2), con lo que eran ciudades completamente independientes en ese momento, ya que Argos permaneció neutral durante el conflicto.

de Anaxádridas, y los lacedemonios, y algunos cayeron en la misma batalla, y otros, los que se refugiaron en el bosque sagrado de Argo, también perecieron, porque salieron al principio bajo un acuerdo, y cuando los restantes que no habían salido se dieron cuenta de que habían sido engañados, fueron quemados en el bosque. De este modo Cleómenes condujo a los lacedemonios contra Argos privado de hombres.

Pero a los esclavos y a los que por su juventud o vejez no podían llevar armas los hizo a todos Telesila subir a las murallas, y ella misma, reuniendo todas las armas que habían sido dejadas en las casas y las de los santuarios, armó a las mujeres que estaban en la flor de la edad, y después de armarlas las apostó en el lugar por donde sabía que los enemigos atacarían. Cuando los lacedemonios estuvieron cerca, las mujeres no se asustaron de los gritos de guerra, sino que, recibéndolos a pie firme, lucharon valientemente. Entonces, los lacedemonios, pensando que, si mataban a las mujeres, tendrían un éxito odioso, y que si fracasaban, tendrían una derrota vergonzosa, se retiraron ante las mujeres. Ya antes la Pitia había anunciado este combate, y Heródoto cita el oráculo, lo entendiera o no: *Mas cuando la hembra venza al varón, lo expulse y alcance la gloria entre los argivos, hará que muchas argivas desgarran sus dos mejillas.*"

Así pues, al añadir este relato, Pausanias ha contaminado la versión herodotea con otra que a buen seguro remonta a los *Argoliká* (historias locales argivas), de los que apenas se nos han conservado nada, tan solo algunos fragmentos de Sócrates de Argos, que, junto con otros autores de este tipo de obras, pudo haber sido utilizado por Plutarco (Franchi, 2012: 209 n. 11)<sup>14</sup> No obstante, también Aristóteles (*Pol.* 5.1303a) parece hacerse eco de estas historias locales de tradición argiva. Este tipo de obras recogerían una tradición argiva unitaria y beberían del patriotismo local argivo, no remontando más allá del s. IV a.C. (Franchi, 2012: 210-211). Se habrían elaborado como una respuesta a la propia versión herodotea. Así, en ellas, tal como queda recogido en el pasaje de Pausanias, Cleómenes, tras quedar Argos vacía de hombres, ataca la ciudad; sin embargo, en esta la poetisa Telesila ha organizado la defensa de las murallas con las mujeres, junto con esclavos y ancianos. Seguramente en la versión más antigua de esta historia, Cleómenes o su colega el rey Demarato, atacaban la ciudad y eran derrotados (Franchi, 2012: 210). Pero en la versión de Pausanias, el relato es corregido una vez más en sentido proespartano, dado que no permite exprimir hasta el fondo el valor heroico de las mujeres, ya que Cleómenes opta por retirarse ante lo nada honorable que sería dar muerte a las mujeres y lo vergonzoso que sería ser derrotado a manos de ellas (Franchi, 2012: 212-213). Así pues, nos encontramos con una tradición que ha sufrido múltiples reelaboraciones o con múltiples tradiciones y que responde en muchos de sus elementos a tradiciones orales; siendo estas muy fluidas y permeables (Franchi, 2012: 214-214). En realidad, no deja de ser un *topos* literario, el de la mujer guerrera, que aparece con bastante frecuencia en episodios de la historia griega arcaica. Y conforme a tal *topos* parece que se ha conformado el relato de la defensa de la ciudad a manos de las mujeres, al cual luego se añadiría la figura de Telesila, y finalmente todo ello acabaría poniéndose en relación con la batalla de Sepea, haciendo una interpretación de un oscuro oráculo recogido por Heródoto (Franchi, 2012: 217). Evidentemente, todo este largo proceso de reelaboración se habría producido con posterioridad al historiador de Halicarnaso; seguramente a partir del s. IV a.C. en ambientes argivos, y especialmente en época helenística; hasta finalmente ser recogido por autores tardíos como Plutarco o Pausanias. Así pues, debemos quedarnos por el momento con el relato de los hechos presentado por Heródoto, dado que es el más próximo en el tiempo a los acontecimientos narrados; y descartar cualquier implicación de las mujeres o la poetisa Telesila en los hechos, ya que, de haber sucedido o de haber estado circulando ya una versión tal de los sucesos, difícilmente se podría haber sustraído el de Halicarnaso a comentarla, pues contiene el tipo de detalles con los que le gusta salpicar su relato; de la misma forma

<sup>14</sup> Sobre Sócrates de Argos y otros autores de época helenística, cf. Franchi, 2012: 11 n. 16

que tampoco hubiera dejado él mismo de vincular tales acciones y el oráculo profetizado por la Pitia (Zambelli, 1974: 449).

Dejando, pues, a un lado la historicidad de la intervención de Telesila y las mujeres tras la batalla de Sepea, debemos volver al testimonio de Heródoto. Y, si hay algo que llama la atención, es precisamente que el rey Cleómenes no culminara la empresa con la toma de la ciudad de Argos, tras la aniquilación de su ejército en el bosque sagrado. Uno de los motivos aducidos, al menos por sus contemporáneos, fue el de haber sido sobornado por los argivos. Acusación a la que tuvo que hacer frente en el proceso incoado contra él en Esparta ante los éforos y del que fue absuelto (Hdt. 6.82); y que tampoco parece que sea una acusación extraña en el contexto político del mundo griego (Willems, 1959: 504; Forrest, 1968: 90). Las alegaciones en su defensa estuvieron fundadas en la religión, cosa tampoco extraña en el caso de Cleómenes (Forrest, 1968: 90). En concreto, consideró que el oráculo que profetizaba que tomaría Argos se había cumplido al tomar el bosque sagrado del dios Argos cuando lo incendió; de tal manera que se sintió engañado por Apolo en la misma línea de que el rey Cresos cuando malinterpretó el oráculo que le profetizaba que “si atacaba a los persas, pondría fin a un gran imperio”. La responsabilidad recaía no sobre el dios, sino sobre el hombre que no había comprendido la respuesta o pedido explicaciones adicionales (Hdt. 1.90-91.4). Así pues, Cleómenes alegó haberse dirigido con esto en mente al Hereo a realizar sacrificios propiciatorios para verificar si el dios le permitía o le prohibía tomar la ciudad. La respuesta divina se manifestó en la forma de una llamarada que salía del pecho de la estatua de la diosa, y no de la cabeza, con lo que Cleómenes interpretó que había realizado todo lo que la divinidad le permitía, pues, de haber sido el segundo caso, habría tomado la ciudad en su totalidad, esto es, κατ’ ἄκρης (“desde arriba”), desde la acrópolis (Schrader, 1988: 323 n.325). Y así lo entendieron también los jueces, pues lo absolvieron.

Así pues, de acuerdo con esto, parece que el motivo tanto por el que atacó Argos como por el que luego no culminó la conquista de dicha ciudad es religioso. Ciertamente no debemos infravalorar el peso que la religión podía tener en esta época a la hora de mover la acción política. En este sentido, durante la etapa de la colonización griega era preceptiva la consulta al oráculo de Delfos antes de emprender una expedición, dado que su beneplácito era fundamental para el éxito de la empresa<sup>15</sup>. Pero un ejemplo más próximo a la acción de Cleómenes está el caso del derrocamiento de los Pisistrátidas en Atenas, que también nos presenta Heródoto. Según este, la familia de los Alcmeónidas había sobornado a los sacerdotes de Delfos para que en cada ocasión que los espartanos acudieran a realizar consultas al dios, este les incitase a expulsar a los tiranos de Atenas. Así, finalmente, Cleómenes en 510 a.C. intervendrá en Atenas obedeciendo al oráculo y depondrá a los Pisistrátidas, que marcharán al exilio (Hdt. 5.62-65.). No obstante, tiempo después, como parece que los acontecimientos en Atenas no se desarrollaron al gusto de Cleómenes, al evolucionar hacia un régimen político novedoso en el que el poder recaía en el demos, intentó intervenir para imponer en el poder a Iságoras, un aristócrata, si bien fracasó al ser abandonado por los aliados y el otro rey (Hdt. 5.74-75), acabando por apuntalar el régimen democrático; o incluso de nuevo buscó restaurar en el poder a Hippias el anterior tirano (Hdt. 5.90-93), al descubrirse el soborno del oráculo. Por todo ello, las motivaciones religiosas no deberían ser excluidas por completo a la hora de explicar las acciones llevadas a

---

<sup>15</sup> Entre los ejemplos aportados por Heródoto, está el ejemplo de Tera con Cirene (Hdt. 4.154-157), o la del propio hermanastro de Cleómenes, Dorieo (Hdt. 42.2-43). El oráculo de Delfos fue ganando a lo largo de la época arcaica una importancia considerable, de tal manera que su consulta se volvió preceptiva, a riesgo de que fracasa la expedición proyectada caso de no contar con su beneplácito (Domínguez, 1993: 112-114).

cabo por Cleómenes contra Argos.

Sin embargo, si algo caracteriza a Cleómenes es la falta de escrúpulos en materia religiosa si ello le convenía. Prueba de ello es que él mismo no dudó en sobornar al propio oráculo de Delfos cuando quiso deshacerse de Demarato, el rey Euripóntida, que estaba obstaculizando su política y se le mostraba hostil (seguramente fue él quien promovió su proceso), alegando que no era realmente hijo de Aristón, pues su madre estaba ya embarazada cuando este la tomó por esposa (Hdt. 6.65-66.; Fornis, 2016: 107). Y de los ejemplos arriba expuestos, puede deducirse que las respuestas son usadas para justificar acciones políticas. Por consiguiente, es en esta ámbito donde debemos buscar el motivo por el que Cleómenes no atacó Argos.

Así pues, al margen de las dificultades que de por sí supondría desde el punto de vista militar intentar atacar una ciudad protegida por murallas, dado el escaso desarrollo de la poliorcética en el mundo griego en esa época (Zambelli, 1959: 450; Fornis, 2016: 106); debemos tener presente que, sean o no exageradas las cifras, perecieron en bosque un total de seis mil hoplitas, es decir, ciudadanos de Argos, hombres en edad militar y que constituirían una parte considerable del corpus cívico de Argos; propietarios agrícolas capaces de costearse el armamento hoplítico (Willets, 1959: 495; Zambelli, 1974: 451). De esta forma, dada la estrecha vinculación que existía entre la falange y los derechos políticos, al ser aniquilados buena parte de los efectivos militares de Argos, se podría decir que la propia Argos habría sido aniquilada al verse privada de sus ciudadanos<sup>16</sup>. Y tal vez, así lo interpretara también Cleómenes. En este sentido, el doble oráculo emitido por Delfos ponía al mismo nivel el desastre de Mileto y el de Argos; por tanto, a ojos de sus contemporáneos (y del propio Heródoto), serían desgracias equiparables (Zambelli, 1974: 444). Por otra parte, no solo los ciudadanos de Argos habían sido aniquilados, sino que seguramente esta también fue privada de otras localidades de la Argólida que habían estado sometidas a ella y que recobrarían su independencia, tales como Tirinto, Nauplia o Micenas. De hecho, Micenas y Tirinto aportarían contingentes a los aliados griegos en su lucha contra el persa; con toda probabilidad como aliadas de los lacedemonios. Por tanto, Argos queda a merced de los lacedemonios y sus aliados; una Argos debilitada, pero no tanto como para que su vecina Corinto pudiera crecer a sus expensas y suponer en un futuro un problema para Esparta. Por otra parte, Esparta no tenía la capacidad para colonizar un territorio tan extenso como la Argólida, de ahí que su política estuviera encaminada a mantenerla dividida en pequeñas *poleis*, a la par que establecía alianzas con las mismas. De hecho, es probable que este fuera el objetivo político último de Cleómenes, atraer a Argos a su alianza (Forrest, 1960: 222; 1968: 90). Tal como venía haciendo Esparta desde mediados del s. VI a.C., cuando Esparta cambió su modo de relacionarse con los otros estado peloponesios (Willets, 1959: 504; Cartledge, 2002: 120; Fornis, 2016: 87-89.). En este sentido, cabe recordar que al principio la matanza en el bosque fue selectiva, dado que iban aniquilando a aquellos cuyos nombres les proporcionaban unos “desertores”. Si estos fueran propiamente argivos, nos da pistas de la existencia de tensiones internas dentro de la propia Argos, y que estos desertores habrían buscado el apoyo de Cleómenes para deshacerse de sus enemigos políticos (Forrest, 1960: 222). De esta forma, Cleómenes esperaba poder ejercer su influencia en Argos a través de aquellos. Por tanto, repetiría los patrones políticos de su anterior intervención en Atenas, y que, sin embargo, resultaron muy distintos de lo que él hubiera esperado, tal como hemos apuntado *supra*. Por otra parte, si estos

---

<sup>16</sup> Por ejemplo, en el contexto previo a la batalla de Salamina, el general corintio Adimanto quiere insultar a Temístocles calificándolo “apátrida” (al estar tomada Atenas por Jerjes), a lo que este replica que su polis son sus ciudadanos, que están en las naves, con las que podrían trasladarse a otra región del Mediterráneo en la que fundar una ciudad (Hdt. 8.61-62).

“desertores” procedieran de los estados vecinos, tales como Tirinto y Nauplia, nos estaría dando pistas de tensiones centrífugas dentro del estado argivo, que serían alentadas aún más por la intervención de Cleómenes, quien mantendría neutralizada por completo a Argos aislada y rodeada por estados tapón en el noreste del Peloponeso. A esto se añadirían las tensiones internas a nivel político y social que supuso para Argos la aniquilación de buena parte del censo de sus ciudadanos. El desastre fue, pues, de tal magnitud para Argos que tardaría una generación en recuperarse de las consecuencias de la batalla de Sepea (Willets, 1959: 495).

## 4.2. Consecuencias.

Ciertamente el propio Heródoto (6.83.1) cierra su narración de la batalla de Sepea con un breve pasaje en el que resume las consecuencias que tuvo para la ciudad de Argos la derrota en la misma y la posterior matanza:

“Entretanto Argos quedó tan mermada de ciudadanos que sus esclavos (δοῦλοι) se adueñaron por completo del gobierno, ejerciendo las magistraturas y ocupándose de la dirección de la ciudad, hasta que los hijos de los caídos se hicieron unos hombres. Estos, entonces, volvieron a recobrar el control de Argos y echaron de la ciudad a los esclavos, quienes, al verse expulsados, se apoderaron de Tirinto en el curso de una batalla.”

Así, la primera consecuencia, que ya hemos comentado anteriormente, es verse “mermada de ciudadanos (ἀνδρῶν)”, es decir, la pérdida de buena parte de su cuerpo cívico. Heródoto (7.148.2) la cifra en seis mil hoplitas, mientras que Pausanias (3.4.1) la reduce a cinco mil. No obstante, ambas cifras pueden ser reconciliables, si se entiende que Heródoto daría el total de los caídos, tanto en la batalla (unos mil) y los muertos en el bosque (cinco mil); siendo únicamente estos últimos los contados por Pausanias (Willets, 1959: 495 n. 4). Resulta difícil, si no imposible, calcular la población de Argos en ese momento; pero si nos atenemos a los datos de Esparta, por ejemplo, Demarato le habla a Jerjes de ocho mil ciudadanos (Hdt. 7.234.2), lo cual viene a coincidir con Aristóteles (*Pol.* 1270a), quien menciona para esa época una población de unos diez mil ciudadanos. A ello podemos añadir que esta aportó a la batalla de Platea un contingente de cinco mil hoplitas espartiatas, que supondrían dos tercios de sus ciudadanos en edad militar. Esto nos puede dar una idea del impacto que pudo tener en el estado argivo la pérdida de tales ciudadanos (Willets, 1959: 495); sobre todo, teniendo presente que para hacer frente a la amenaza que suponía la invasión espartana de su territorio habrían movilizado todas sus fuerzas disponibles; de tal suerte que en la ciudad solo quedaría para su defensa la milicia territorial constituida por jóvenes de entre dieciocho y veinte años y por los ancianos de entre cincuenta y sesenta años, un total de unos dos mil hombres (Zambelli, 1974: 449). Así pues, es evidente que la primera consecuencia afectó al plano militar, ya que su ejército fue aniquilado y Argos quedó fuera de acción durante una generación (Willets, 1959: 495).

Por otra parte, desde un punto de vista político también se debió ver sacudida de algún modo, hasta el punto de llevar a Heródoto a afirmar que “los esclavos (δοῦλοι) se adueñaron por completo del gobierno, ejerciendo las magistraturas y ocupándose de la dirección de la ciudad”. Ante esta afirmación, que puede resultar algo extraña, se ha tratado de buscarle una explicación. Así, en Aristóteles (*Pol.* 1303a.6-8) encontramos una matización, ya que afirma que “en Argos... se vieron obligados admitir a algunos de los periecos” (trad. M. García Valdés); por tanto, esos δοῦλοι de Heródoto se han convertido en τῶν περιόικων τινας. En el mismo sentido se expresa Plutarco (*Mor.* 245F), quien, contradiciendo al de Halicarnaso, dice expresamente:

“Para reparar la falta de hombres, no unieron a las mujeres con esclavos, como Heródoto cuenta, sino que dieron el derecho de ciudadanía a sus mejores vecinos (περιόικων τοὺς ἄριστους)” (Trad. M. López Salvá)

Ciertamente, se conoce de la existencia en Argos de una clase dependiente de campesinos adscritos a la tierra, a modo de “siervos de la gleba”, con un estatus similar al de sus coetáneos los hilotas lacedemonios, conocidos como γυμμήτες (Polux, 3.83), a los que puede estar aludiendo el término δοῦλοι, así como otros similares tales como οἰκέται o ἄγροικοι (Valdés, 2005: 103). Ha habido, pues, quien ha explicado la situación creada en Argos tras la desaparición de los hombres en el sentido de que las viudas se habrían unido con estos siervos, que se habrían hecho cargo de la administración de las fincas; hasta que los hijos de los caídos hubieran llegado a la mayoría de edad, cuando estos habrían recuperado todos sus derechos sobre la propiedad de las tierras, expulsando a dichos siervos (Willems, 1959: 498-501). También se ha apuntado la posibilidad de que lo que tuvo lugar fue una liberación de individuos de estas clases sociales dependientes con el objeto de armarlos y así llenar los enormes huecos creados en la falange; mientras que el poder político seguiría en manos de los ancianos aristócratas, que, por su edad, no habrían participado en la batalla y contarían con la capacidad suficiente para gestionar los asuntos de la polis; cosa que no resulta creíble que fueran capaces de hacer unos siervos campesinos (Zambelli, 1974: 450-452). En apoyo de esta hipótesis hay un fragmento de Diodoro Sículo (10.26) que, aunque no menciona propiamente a Argos, puede ubicarse en el contexto que estamos analizando, donde afirma:

“Ciertamente el odio de los ciudadanos hacia la plebe, que en el pasado había permanecido oculto, al encontrar el momento oportuno, estalló con toda la rabia acumulada. Por esta rivalidad liberaron a los esclavos, prefiriendo conceder la libertad a sus siervos (τοῖς οἰκέταις) que la ciudadanía a hombres libres.”<sup>17</sup>

De acuerdo con esto, no habría habido ningún tipo de extensión de derechos políticos, ni a los propios esclavos o a individuos libres de comunidades sometidas a Argos, periecos, tal como parece sugerir Aristóteles o Plutarco.

Sin embargo, esta última posibilidad tampoco debe *a priori* descartarse por completo; sobre todo, si entendemos el término δοῦλοι no tanto en un sentido de clasificación social como en otro de naturaleza política, de carácter despectivo para referirse a enemigos políticos; y utilizado en determinados círculos de índole aristocrática (Forrest, 1960: 222-223). Así pues, tras el desastre de Sepea y ante la necesidad de reforzar la falange hoplítica de la ciudad hasta que la nueva generación estuviera en condiciones de tomar las armas, no sería extraño que se hubiese recurrido a dar cabida dentro del cuerpo cívico argivo a individuos de comunidades de la llanura Argólida dependientes de la polis de Argos, en especial a aquellos miembros de estas comunidades lo suficientemente ricos como para costearse el armamento que les permitiera combatir como hoplitas, de los que tan faltos estaban en ese momento. Esto explicaría, por otra parte, la existencia de una cuarta tribu, Hinartios, donde se integraban no-dorios, entre ellos los propios Teménidas, los descendientes de la familia real argiva, que, al remontar su origen a los Heráclidas, serían aqueos (Valdés, 2005: 106). Bien pudo, pues, haberse creado esta tribu en este momento al objeto de encuadrar a estos nuevos ciudadanos periecos. Por su parte, dicha incorporación también pudo desequilibrar la relación de fuerzas políticas existentes en Argos, de tal manera que el gobierno resultante, al estar apoyado en estos nuevos ciudadanos, pudo ser visto como un gobierno de “esclavos”, sobre todo a ojos de unos aristócratas argivos de mediados del s. V a.C., descendientes de aquellos hijos de los caídos y tal vez informantes de Heródoto (Forrest, 1960: 222-225). A su vez, esta ampliación de ciudadanía o el abrir la

---

<sup>17</sup> En adelante para la traducción de los pasajes de Diodoro Sículo seguiremos del versión de J.J. Torres Esbarranch en la Biblioteca Clásica Gredos.

participación política a un mayor número de sujetos también pudo dar la impresión de que fuera un régimen de tipo democrático. Sin necesidad de ir tan lejos, este régimen sería derrocado en el momento en que los hijos de los caídos, los Epígonos, alcanzaran la mayoría de edad, reequilibrando las fuerzas de nuevo y terminando por expulsar a aquellos argivos de origen “no puro”; que se harían por la fuerza con Tirinto, una de las ciudades que se había independizado de Argos a consecuencia de la intervención de Cleómenes (Forrest, 1960: 224-226). De esta manera, a la par que se resolvía una situación de conflicto interno, volvía a caer en la esfera de Argos una antigua ciudad dependiente.

Sea como fuere, lo cierto es que todos estos testimonios antiguos que hemos recogido, empezando por el de Heródoto, lo que denotan es que, tras la catástrofe de Sepea, Argos se vio sometida a un periodo de crisis e inestabilidad política que le llevarían a adoptar medidas excepcionales, sea liberar esclavos sea incorporar a hombres libres de comunidades relativamente dependientes; que incluso pudo agravar tensiones ya existentes antes de la incursión espartana (Zambelli, 1974: 453; Valdés, 2002: 107). En este sentido, cabe interpretar el oráculo recogido por Heródoto, dado que la expresión “cuando la hembra alcance la victoria sobre el macho” puede ser una expresión de naturaleza proverbial para señalar una situación imposible, una situación en que todo esté “patas arriba”, en que haya una inversión de roles. Por tanto, el oráculo podría ser una admonición de naturaleza conservadora ante los peligros que podían acarrear disensiones internas dentro del cuerpo ciudadano (Zambelli, 1974: 452-453). Así, otra consecuencia que trajo esta situación de debilidad militar y de inestabilidad política se vio reflejada en el ámbito de la política internacional; ya que ante la mayor crisis que el mundo griego en su conjunto habría experimentar en el decenio siguiente, esto es, la invasión persa del 480 a.C. bajo el Gran Rey Jerjes, Argos mantuvo una posición de neutralidad.

Por lo que a esta neutralidad se refiere, surgieron ciertas dudas sobre la misma, sobre todo tras la derrota de los persas, en la que pudo generarse una propaganda antiargiva por parte de sus enemigos espartanos (Vannicelli, 2004: 281). Para justificar esta posición de neutralidad ante el resto de estados griegos miembros de la llamada liga Helénica, Argos se apoyará de nuevo en un oráculo, que le conminaba a la misma, recogido por Heródoto (7.148.3):

“Pueblo odiado por sus vecinos, pero caro a los dioses inmortales,  
permanece en guardia en tu interior, aferrado al venablo,  
y mantén protegida la cabeza; que al cuerpo lo salvará la cabeza.”

Sin embargo, llama la atención que en el mismo no se mencione explícitamente al enemigo persa; con lo que cabe la interpretación de que el oráculo está advirtiendo a Argos no contra Persia, sino contra el tradicional enemigo y vecino espartano. Dejando a un lado la calculada ambigüedad del oráculo, lo cierto es que los argivos, cuando llegó la embajada tras el primer congreso de Corinto de los patriotas griegos en busca de su apoyo, estaban dispuestos a aceptar unirse a la alianza siempre y cuando recibieran el mando supremo de las fuerzas griegas, o al menos compartir del mando con los espartanos, aduciendo su glorioso pasado (Hdt. 7.148.4-149.3; Vannicelli, 2004: 288). No dejaba de ser una reivindicación de su hegemonía o al menos un reconocimiento en plano de igualdad por parte de Esparta. Obviamente la petición fue rechazada, dado que el mando supremo fue otorgado a Esparta, e incluso Atenas se plegó y aceptó también el mando supremo lacedemonio en el mar por el bien de la unidad griega (Hdt. 7.161.3; Cartledge, 2002: 174). Sin embargo, Esparta no confiaba plenamente en dicha neutralidad y temía que Argos pudiera medizar, tal como hicieron otros estados griegos, sobre todo los del norte (tesalios y beocios), conforme avanzaba la invasión de Jerjes; de ahí que se mostrara reacia a combatir fuera del Istmo del Peloponeso. Y ciertamente, no faltaban motivos para tal

desconfianza. De hecho, parece que empiezan a surgir tradiciones que enfatizan la vinculación entre el héroe argivo Perseo y los propios persas, haciendo hincapié en que los persas descenderían de Persa o Perses, el hijo de este con Andrómeda (Hdt. 7.150.2). Se ha considerado que esta vinculación en el plano mitológico de los argivos con los persas habría surgido tras la derrota definitiva de los persas en el 479 a.C. como fruto de la propaganda espartana a fin de desacreditar a Argos como aliado de los persas (Vannicelli, 2004: 281-294; Fornis, 2016: 117). Cosa que efectivamente puede haber sucedido así, pero esto tampoco excluye que los espartanos ya se valieran de una tradición nacida en Argos, propersa, a fin de atraerse su apoyo enfatizando este parentesco; y que los propios espartanos luego usaran en su contra. De hecho, Heródoto se hace eco de una versión que circulaba por Grecia, según la cual Argos habría recibido una embajada de Jerjes recordando ese parentesco y conminándole a permanecer neutral (Hdt. 7.150). Ciertamente el juego y la presión diplomática durante los dos años que duró la invasión debieron ser muy importantes. Así, Heródoto recoge muestras de colaboración de Argos con los persas, si bien denota un comportamiento ambiguo. En efecto, cuando el ejército lacedemonio se pone en camino hacia el Istmo para reunirse con el tropas aliadas y marchar hacia Platea, los argivos avisan a Mardonio de tal movimiento, pero se excusan de no haber podido retenerlo (Hdt. 9.12.1-2), con lo que se deduce la existencia de un acuerdo previo al respecto, que o no pudieron o no quisieron respetar. Ante tales hechos, no es extraño que tras el 479 a.C. Argos fuera considerado a ojos de los griegos como uno de los estados medizantes. A esto se añade la participación como aliados de los lacedemonios de estados que antes habían estado bajo control argivo y ahora eran independientes, como Micenas y Tirinto (Cartledge, 2002: 129; Fornis, 2016: 115); lo cual pondría más en evidencia esa ambigua posición de neutralidad de Argos.

Por lo que a Esparta se refiere, las consecuencias propiamente de la batalla no fueron especialmente determinantes, más allá de neutralizar un posible enemigo que pudiera causarle problemas dentro de la alianza con el resto de estados peloponesios. Además, consiguió segregarse a algunas pequeñas ciudades de la Argólida que antes estaban bajo control argivo, seguramente a modo de estados periecos; los cuales ahora se integrarían en la Liga del Peloponeso y combatirían al persa bajo la dirección espartana. Por otra parte, redujo el poder de Argos, pero no la aniquiló, de tal manera que siempre quedaría como un elemento de presión frente a Corinto, especialmente cuando se había mostrado como un aliado díscolo en un par de ocasiones. Así, cuando Cleómenes intentó invadir el Ática para imponer en el poder a Iságoras, los corintios fueron los primeros que abandonaron al saber las verdaderas intenciones (Hdt. 5.74-75). Además, lograron que, en el futuro, cualquier expedición de la liga bajo dirección espartana debería contar con el beneplácito del conjunto de los aliados, en los que cada uno tendría un voto, independientemente de su tamaño. Quedó constituida así formalmente la que llamamos Liga del Peloponeso (Cartledge, 2002: 118-120; Fornis, 2016: 87-93). De igual manera, fueron los corintios quienes se opusieron también al proyecto de Esparta de reponer en Atenas de nuevo al tirano Hipias en el primer congreso de dicha liga (Hdt. 5.90-93; Fornis, 2016: 103-105). Por tanto, Esparta estaba teniendo problemas también en el seno de su propia alianza, por lo que era necesario neutralizar Argos. Además, otros aliados, como los arcadios, también estaban configurando una liga Arcadia de naturaleza antiespartana, a cuya formación, parece ser, el propio Cleómenes animó durante su exilio en Tegea (Forrest, 1968: 91; Cartledge, 2002: 130-131). Incluso durante las Guerras Médicas, aliados peloponesios como los eleos y mantineos comparecieron tarde a la batalla de Platea, lo que puede ser señal de cierta desafección (Andrewes, 1952: 2), al menos por parte de los mandos de los contingentes, ya que fueron desterrados (Hdt. 9.77.1-3).

Por lo demás, si Cleómenes pretendió situar en Argos un gobierno que pudiera ser atraído a su alianza, fracasó (Forrest, 1968: 90); dado que, como hemos señalado, permaneció neutral durante las Guerras Médicas, o incluso hostil; además no dejó de aprovechar la petición helénica de unirse a ellos en la lucha contra el persa para reivindicar su derecho a la hegemonía sobre los peloponesios, como también hemos apuntado. Por tanto, el enfrentamiento entre ambos estados permaneció abierto y en los casi treinta años que siguieron a la batalla de Platea se manifestó sin tapujos, ya que llegaron a medir sus fuerzas en el campo de batalla en varias ocasiones.

## 5. DE PLATEA A TANAGRA (479-457 a.C.)

A la hora de estudiar el periodo de tiempo de unos cincuenta años que media entre las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso, lo que se conoce como Pentecontecia; nos vemos limitados por la escasez de las fuentes, dado que Heródoto finaliza su relato histórico en el 479 a.C. tras la toma de Sesto y en él tan solo encontramos alguna breve mención a hechos posteriores, mientras que Tucídides, nuestra principal fuente para este periodo, que retoma la narración de los hechos donde lo dejó Heródoto, tan solo dedica un *excursus* del libro I a dicho periodo (Th. 1.89-118), el cual, con ser de gran interés, presenta algunas lagunas, sobre todo en lo que a la cronología se refiere dada su naturaleza sumaria (Cartledge, 2002: 181). Es precisamente este uno de los mayores problemas con que nos vamos a encontrar, el de establecer una cronología de los hechos, en especial en el tema que nos ocupa, en las relaciones entre Argos y Esparta en sus disputas por el Peloponeso.

Precisamente, el punto de partida para el estudio de dichas relaciones, sobre todo en los veinte años posteriores a las Guerras Médicas, lo constituye un *excursus* de Heródoto (9.33-35) acerca del adivino que ofició los sacrificios para los espartanos durante la batalla de Platea. Dicho individuo, de nombre Tisámeno, era de origen eleo y llegó a alcanzar la ciudadanía espartiatá, cosa excepcional, de ahí que Heródoto (9.33.1) lo recalque y explique cómo llegó a alcanzar dicha ciudadanía. Pues bien, la causa en última instancia será el dios de Delfos, ya que, en una ocasión en que Tisameno llevaba a cabo una consulta, este le profetizó que resultaría vencedor en los cinco certámenes (ἀγῶνες) más importantes. Este, malinterpretando el oráculo, consideró que se refería a los Juegos Olímpicos, de ahí que se prepara para participar en el *pentatlo*; si bien obtuvo cuatro de las cinco victorias (Hdt. 9.33.2). Los espartanos, por su parte, que captaron el verdadero sentido de la profecía, la cual no se refería tanto a certámenes atléticos cuanto a bélicos; le ofrecieron compartir junto con sus reyes la dirección de las operaciones militares (Hdt. 9.33.3)<sup>18</sup>. Ante tal interés, solicitó que en lugar de dinero se le recompensara con la plena ciudadanía; cosa a la que obviamente se negaron (Hdt. 9.33.4-5). Sin embargo, ante el temor al persa, dado que los hechos debieron acaecer tras la derrota de las Termópilas (Vannicelli, 2005: 261), acceden; a lo que él de nuevo elevó la apuesta, solicitando los mismos honores para su hermano (Hdt. 9.33.5). Finalmente, al estar en apurada situación los espartiatas aceptan (Hdt. 9.35.1) y a partir de ese momento Tisámeno de Élide, ya un espartiatá, les ayudó a triunfar en cinco importantes batallas, las cuales detalla el propio Heródoto (9.35.2):

“Las cinco batallas fueron las siguientes: una -fue, además, la primera-, esta que se libró en Platea; después, la que tuvo lugar en Tegea contra los tegeatas y los argivos;

---

<sup>18</sup> Entiéndase que compartiendo las funciones de toma de auspicios que tenían por derecho los propios reyes espartanos (Schrader, 1989: 314 n. 227).

posteriormente, la de Dipea, librada contra todos los arcadios salvo los de Mantinea; después la del Istmo, en Mesenia; y, finalmente, la que tuvo lugar en Tanagra contra los atenienses y los argivos. La batalla de Tanagra, insisto, fue la última de las cinco.”

Ciertamente no es mucha la información que aporta, pero sí tiene interés en cuanto al tema que nos ocupa, dado que menciona dos ocasiones en que espartanos y argivos combatieron. A la hora de enmarcar cronológicamente estas cinco batallas, no hay duda de que hay que situar entre el 479 a.C., fecha de la batalla de Platea, y ca.457 a.C., en que tuvo lugar la batalla de Tanagra (Vannicelli, 2005: 258). Eso significa que las otras tres deben ubicarse en ese marco, entendiendo que estas fueron consecutivas. Podemos precisar aún más, si consideramos que la batalla del Istmo contra los mesenios, hace referencia a la sublevación de los hilotas mesenios tras el catastrófico terremoto que asoló Esparta en el 465 a.C. y puso en jaque al estado lacedemonio. En este sentido, parece acertada la corrección de Istmo por Ítome, el monte en que los hilotas se hicieron fuertes tras la revuelta (Cartledge, 2002: 184; Vannicelli, 2005: 262). Por tanto, tenemos la batalla de Tegea y la de Dipea, que debieron tener lugar en algún momento entre el 479 a.C. y el 464 a.C.; durante el cual Esparta debió tener problemas con sus aliados arcadios, que llegaron a coaligarse con sus enemigos tradicionales argivos. Ya hemos señalado que durante las Guerras Médicas debieron existir tensiones en el interior de la Liga del Peloponeso, donde es probable que no todos los aliados mostraran un apoyo unánime hacia el *hegemón*<sup>19</sup>, a lo que se sumaría la ambigua actitud de los argivos; lo que explicaría que se mostrara renuente a aventurarse a entablar batalla con los persas más allá del Istmo (Forrest, 1968: 98; Cartledge, 2002: 176, 178; Fornis, 2016: 123, 137). Estas amenazas crecientes a su poder en el Peloponeso provocarían que en Esparta se afianzaran en el poder los sectores más conservadores proclives a centrar todos sus esfuerzos en asegurar su posición en el Peloponeso manteniendo bajo un férreo control a sus hilotas en el interior, base de su sistema económico, y a sus aliados del Peloponeso en el exterior, base de su posición hegemónica en Grecia, abandonando otros escenarios<sup>20</sup> (Forrest, 1968: 99; Fornis, 2016: 129). Pues dichas amenazas, como demuestra el propio texto de Heródoto que estamos analizando, se materializarán en los siguientes años.

La principal de estas amenazas no podía ser otra que la propia Argos, la cual comenzaba a recuperarse tras el desastre de Sepea; de hecho, en el 488 a.C. fue capaz de enviar un contingente de mil hoplitas voluntarios a Egina a combatir contra los atenienses, si bien no oficialmente (Hdt. 6.92.2; Zambelli, 1974: 446, 451; Forrest, 1960: 225). En dicha recuperación seguramente jugó un papel importante la extensión de ciudadanía a sectores en principio marginales de la población, tales como esclavos o más bien, como ya hemos señalado *supra*, periecos. Es probable que tales periecos fueran los sectores más acomodados de dichas comunidades, capaces de costearse el equipo hoplítico. A su vez, esta ampliación del cuerpo cívico tendría su contrapartida a nivel político, de tal suerte que con el tiempo la constitución argiva derivó en una de carácter democrático, o en el que la participación de amplios sectores de la población la asemejaría más a un régimen democrático que a otro estrictamente oligárquico. Y precisamente en clave de confrontación demócratas contra aristócratas es cómo se ha interpretado el pasaje de Heródoto (6.83) que analizamos en el capítulo anterior de nuestro estudio (Forrest, 1960: 224-225). Esta transformación o evolución de la constitución argiva

---

<sup>19</sup> eleos y mantineos acudieron tarde a la batalla de Platea, lo que acarreó a sus generales el destierro (Hdt. 9.77), pues pudieron demorar el avance por razones geopolíticas, esperando ver el resultado del enfrentamiento (Andrewes, 1952: 2).

<sup>20</sup> Renunciando a la dirección de la Liga Helénica a favor de los atenienses, y a intervenir de forma más activa en Grecia Central (sobre todo ello, cf. Forrest, 1968: 99; Cartledge, 2002: 182-183; Fornis, 2016: 128-136).

no se sabe a ciencia cierta cuándo tuvo lugar. Es probable que fuera una evolución paulatina más que un hecho revolucionario y se daría a principios de la década del 470 a.C. (Valdés 2005: 105); de suerte que, a finales de dicha década, cuando Temístocles tuviera que exiliarse de Atenas, buscó refugio precisamente en Argos. Ya antes, en el 479 a.C., había visitado Argos, y es probable que viera en ella las semillas de una posible democracia con la que Atenas pudiera colaborar y ejerciera un contrapeso de Esparta en el Peloponeso (Forrest, 1960: 226). Y es probable que ahora, desde su exilio en Argos, el propio Temístocles esté detrás de los movimientos democráticos a la par que antiespartanos que van a surgir por el Peloponeso (Forrest, 1968: 100 Cartledge, 2002: 185; Valdés, 2005: 106; Fornis, 2016: 137); los cuales se dejan entrever en la relación de victorias espartanas en que participó Tisámeno. Por otra parte, durante esta década Argos también va a fortalecer su posición en la Argólide reincorporando territorios que se habían emancipado de ella tras Sepea (Fornis, 2016: 139). Uno de ellos es Tirinto, que, es recuperado militarmente por los “esclavos” expulsados de Argos, tras la llegada al poder de los Epígonos, los hijos de los caídos en Sepea (Hdt. 6.83); cosa que sucedería a partir del 478 a.C., pues en 479 a.C. Tirinto es una polis independiente (Moggi, 1974: 1253). No es descartable que estos “esclavos” que atacan Tirinto fueran antiguos periecos incorporados en la ciudadanía argiva, conforme a nuestra hipótesis, de procedencia tirintia y que se hicieran con el control de la misma, reintegrándola al estado argivo en torno al 478 a.C. De hecho, durante un tiempo mantuvieron una actitud amistosa hacia la ciudad, durante casi un decenio; si bien luego se sublevaron a instigación de un adivino arcadio (Hdt. 6.83.2), hasta que finalmente fue destruida y su población expulsada en el 468 a.C. (Willems, 1959: 500).

Por otra parte, otras regiones del Peloponeso también se van a ver sacudidas por alteraciones políticas en esta época, así habría que situar los sinecismos de Élide y la arcadia Mantinea, donde se implantarían regímenes democráticos (posiblemente también en Tegea) con ayuda argiva y se iría configurando una suerte de alianza antiespartana conformada por estados democráticos, Élide, Arcadia y Argos hacia el 470 a.C.; o bien, si tal alianza no fue plena, sí es evidente una estrecha colaboración entre Tegea y Argos, en la cual la mano de Temístocles no es descartable (Forrest, 1960: 229-232; Cartledge, 2002: 185). De hecho, Temístocles, que en Atenas había propugnado siempre una línea de acción política antiespartana, frente a la más conservadora de Cimón de colaboración con Esparta y enfrentamiento con Persia; había sido ostracizado en el momento en que Cimón dominaba claramente la escena política ateniense (Forrest, 1960: 236-237). Y el lugar de elección de dicho exilio fue la democrática Argos, desde donde pudo desarrollar su política antiespartana causando problemas al estado lacedemonio precisamente al privarle de aliados. Política también favorecida por Argos que veía la posibilidad de conformar una liga alternativa. Todos estos movimientos tendrían lugar hacia el 471/470 a.C., que es la fecha más probable para el exilio de Temístocles (Cartledge, 2002: 185; Fornis, 2016: 137). Si esta liga no llegó a materializarse plenamente en este momento, es cierto que hubo una colaboración puntual con Tegea, pues esta le ayudaría en su disputa contra Micenas (Forrest, 1960: 230-231; Kelly, 1974: 82-83). Hay que recordar que desde Sepea era independiente, por lo que, conquistada anteriormente Tirinto, trataría de reintegrar su territorio a la fuerza; sin embargo, al ser aliada lacedemonia, es probable que esta fuera la causa que llevara al enfrentamiento entre los tegeatas y argivos, por un lado, y los lacedemonios, por otro, en Tegea, en la batalla citada por Heródoto, de suerte que tal encuentro habría ocurrido en torno al 470 o 469 a.C. (Cartledge, 2002: 186). Los lacedemonios difícilmente hubieran podido permanecer impasibles ante la consolidación de un sinecismo de una Arcadia democrática en torno a Tegea; pues siempre prefirieron la

existencia de aldeas dispersas controladas por élites aristocráticas; a la par que fomentaron las rivalidades de Tegea y Mantinea, aplicando una política del *divide et vincas* (Cartledge, 2002: 184-185; Fornis, 2016: 137).

El resultado de la batalla ya sabemos que fue favorable a las armas lacedemonias, y podemos especular con la posibilidad de que la derrota también tuviera consecuencias internas a nivel político dentro de Argos, que habrían llevado a una reacción aristocrática, de suerte que los demócratas se vieran expulsados del gobierno, a la par que Temístocles, que ya no estaría en una ciudad tan favorable a sus tesis, se vio obligado a huir y, ante la presión de Esparta y la Atenas filoespartana de Cimón se refugió en territorio del Gran Rey Artajerjes; lo cual se data en el 465 a.C. (Cartledge, 2002: 186; Fornis, 2016: 137-138). Por otra parte, este gobierno reaccionario argivo es probable que encontrara la oposición de los “esclavos” herodoteos, esto es, argivos de nuevo cuño, de Tirinto, más favorables a un gobierno democrático, y se rebelaran, instigados por un adivino de Fligalia, una localidad de la Arcadia occidental, posible agente espartano; dando lugar a una confrontación abierta, que acabara con la destrucción de Tirinto, que se suele situar en el 468 a.C. (Willets, 1959: 500). Así, en el siguiente encuentro en que arcadios y espartanos cruzaran las armas, los primeros habrían sido abandonados por los argivos, bien por ser el nuevo gobierno aristocrático no tan abiertamente hostil a Esparta (cosa improbable si fueran los descendientes de los caídos en Sepea, ya que Esparta fue la culpable de sus infortunios) o por estar ocupados en la guerra contra Tirinto y Micenas; a la par que también habrían sido abandonados por los mantineos, que se habrían separado de la liga arcadia, por su rivalidad con Tegea. La batalla tuvo lugar en Dipea y de nuevo los espartanos resultaron vencedores. La fecha de la misma, sin poder ser afirmada con certeza, debió suceder entre el 469 y el 465 a.C. Hay quien, siguiendo el testimonio de Diodoro Sículo (11.63.5-7), la sincroniza con el terremoto que asoló Esparta en el 465 a.C. y que causó un levantamiento tanto de los hilotas laconios como los mesenios (Andrewes, 1952: 3; Forrest 1960: 232). Los primeros fueron rápidamente reducidos ante la reacción del rey espartano Arquídamo; mientras que llevó varios años el sometimiento definitivo de los segundos tras hacerse fuertes en el monte Ítome (Cartledge, 2002: 187). Esta es la cuarta batalla a la que hace referencia el relato herodoteo de Tisámemo, la del Istmo (o Ítome) contra los mesenios. En esta ocasión Esparta recibió la ayuda de sus aliados peloponesios, entre ellos los eginetas y los mantineos (Xen. *Hell.* 5.2.7) y, aunque se no mencionen otros, eso no significa que no comparecieran otros; además se suma una expedición de cuatro mil hoplitas atenienses comandados por Cimón (Th.1.102.1). De momento quiero llamar la atención en el hecho de que los aliados arcadios colaboraran con los espartanos, dado que, a nuestro juicio, es indicativo que la batalla de Dipea tendría que haberse librado algunos años antes, pues sin su ayuda, o al menos sin una actitud hostil, no hubiera podido hacer frente a la amenaza hilota, pues habría tenido que combatir en dos frentes con unas fuerzas mermadas por el terremoto. Por otra parte, de no haber estado ya firmemente reducidos a su obediencia, es probable que los argivos no hubieran dejado pasar la oportunidad de organizar una alianza en su contra aprovechando el momento de debilidad (Kelly, 1974: 83); así que, si esto no lo hicieron, debería ser por no encontrar aliados dispuestos a enfrentarse a ella. Por todo ello, juzgamos que una fecha probable para la batalla de Dipea en que los arcadios (abandonados por argivos y mantineos) se habrían enfrentado en solitario con los espartanos sería el 468 a.C. o 466 a.C. Años en los que en la propia Argos es posible que tuviera lugar una reacción prodemocrática que reinstaurara el régimen democrático pleno o, si no fue abolido por completo tras el probable golpe oligárquico posterior a la batalla de Tegea, recuperase el poder una facción más proclive a profundizar en tal régimen. Entre los años 466-458 a.C. se debieron estrenar *Las Suplicantes* de Esquilo, donde

hay una alabanza a la Asamblea argiva (A. *Supp.* 698-703), de ahí se deduce que el régimen democrático ya estaría en vigor en Argos (Zambelli, 1971: 155-156). Además, durante estos años aprovechó para consolidar su posición en la Argólide, sometiendo a sus comunidades vecinas: Micenas, Cleonas, Midea, Tirinto y otras menores, que pasan a ser κώμαι dependientes de Argos (Fornis, 2016: 139); por lo que sus problemas internos le habrían llevado a mantenerse al margen de la confrontación entre arcadios y espartanos.

La última de las cinco batallas citadas por Heródoto en la que ofició como adivino Tisameno tuvo lugar en el contexto de lo que se conoce como la primera guerra del Peloponeso<sup>21</sup> y se libró en Tanagra en el 457 a.C. y en ella tomaron parte los argivos, haciendo honor a la alianza establecida con los atenienses en el 461 a.C. En efecto, Argos se benefició del cambio en la orientación de la política ateniense respecto a Esparta, que, tras la expulsión poco diplomática de los hoplitas atenienses que habían acudido en su socorro durante la revuelta hilita, favoreció el ascenso de los herederos políticos de Temístocles, encabezados por un joven Pericles, quienes propugnaban una política de confrontación con Esparta, para la cual consideraron importante la alianza con Argos, adversaria tradicional en el Peloponeso (Kelly, 1974: 84). Esta no dejó pasar la ocasión y formalizó tal alianza. Y en virtud de la misma envió un contingente de mil hoplitas a Atenas, ante el temor de que un ejército peloponesio que regresaba de una expedición en auxilio de los dorios de Grecia pudiera invadir el Ática; el ejército conjunto le salió al encuentro en las proximidades de esta localidad beocia, siendo derrotado (Th. 1.107-108). Este fue, por tanto, el quinto certamen en que ofició victorioso Tisámeno.

Así pues, en este relato Heródoto no hace sino recoger la tradición espartana o su versión de los hechos acaecidos en los veinte años siguientes desde la batalla de Platea, donde Esparta ha vencido al persa, la mayor amenaza para la libertad de Grecia y se ha impuesto, a pesar de las dificultades, sobre sus enemigos tradicionales en el Peloponeso, argivos, arcadios y mesenios. Ciertamente como tales son recogidos con ocasión de la visita de Aristágoras de Mileto al rey Cleómenes en Esparta intentando convencerle para que apoye la rebelión jonia y le enseña un mapa. Da la impresión de que este pasaje remite a aquel. Finalmente, al concluir en la batalla de Tanagra, haría su aparición la que, desde el punto de vista espartano, sería en ese momento la mayor amenaza para la libertad de los griegos, es decir, la ἀρχή ateniense, en el ámbito de la Hélade, y sus aliados argivos en el del Peloponeso (Vannicelli, 2005: 263-266).

Por lo demás, el propio Tucídides (1.118.2) parece hacerse eco de este pasaje herodoteo, no sin cierto sarcasmo, al comparar la hiperactividad ateniense en este periodo, frente a la indolencia espartana, más preocupada por los asuntos internos peloponesios (Vannicelli, 2005: 266). Sin embargo, desde el punto de vista espartano supuso el refuerzo de su poder y su papel de *hegemón* dentro de la liga del Peloponeso. Además, consolidó esta posición al pactar con Argos una tregua en el 451 a.C. por treinta años. Asegurado ese frente, ahora tenía libre acceso al Ática, contra la que dirigió una invasión el rey Pleistonacte, quien al llegar a Eleusis se retiró tras pactar una paz también por treinta años con Atenas en el 447/6 a.C., por lo que fue acusado de soborno en Esparta y exiliado; sin embargo, dicha paz fue ratificada (Fornis, 2016: 145-146). Esta suponía el reconocimiento formal de ambas ligas, así como la recuperación de territorios en el Peloponeso que habían escapado de su control para pasar a manos atenienses (Fornis, 2016: 145-146). Mientras que la paz con Argos fue respetada hasta el cumplimiento del plazo acordado, la paz con

---

<sup>21</sup> Sobre este conflicto en cuestión, cf. Forrest, 1968: 106-109; Cartledge, 2002: 192-198; Fornis, 2016: 142-146)

Atenas no soportó las tensiones a que se vio sometida y esta se rompió formalmente con la invasión del Ática por parte de un ejército peloponesio en el 431 a.C. Comenzaba lo que se conoce como la Guerra del Peloponeso.

Para concluir este capítulo, podemos decir que Argos consolidó su posición tanto a nivel interno como externo. Así, a nivel interno da la impresión de que se superaron las disensiones o divisiones internas, las cuales habrían aflorado tras los reveses militares, como tras la derrota en Tegea en torno al 470 o 469 a.C.; si bien, pronto se asentó un régimen de corte democrático, del que no tenemos noticias de que sufriera alteraciones hasta bien entrada la Guerra del Peloponeso, de lo que se puede deducir su estabilidad; a la par también consolidó su posición central en la Argólida bien absorbiendo otras poblaciones de la región o bien expulsando a sus habitantes y anexionando su territorio (Moggi, 1974: 1251-1263). Por otra parte, a nivel externo, aparece como una potencia a tener en cuenta en el Peloponeso, capaz de atraerse la alianza de otros estados de la región para hacer frente conjuntamente a los espartanos, que, a su vez, veían peligrar su liderazgo como *hegemón* de la Liga del Peloponeso. Ciertamente, Argos fracasó en este reto y Esparta logró hacerse con el control de la situación, tras la crisis de la década del 460 a.C., saliendo incluso reforzada; pero Argos había ganado el reconocimiento y la alianza con Atenas, el estado democrático por antonomasia y, además, el otro polo de poder en Grecia frente a los lacedemonios. A su vez, la paz con Esparta debió permitir desde el punto de vista económico lograr cierta prosperidad, la cual se vería aumentada gracias a su posición de neutralidad durante la primera parte de la Guerra del Peloponeso. No obstante, su respeto a la paz no significó que renunciase a su reclamación de los territorios que perdiera a manos de aquella; de hecho, esta será su reivindicación con vistas a renovar el tratado una vez hubiera expirado en el 421 a.C. (Th. 5.41). Por otra parte, es probable que fuera durante este periodo de consolidación de Argos cuando se conformaran algunas de las tradiciones respecto a los enfrentamientos pasados con Esparta y que fueron recogidas por Heródoto en su obra, tal como hemos ido viendo a lo largo de los pasados capítulos. En consecuencia, Argos no había cicatrizado aún la herida de la Cinuria y seguía teniendo aspiraciones hegemónicas respecto al Peloponeso, de ahí que no sea extraño que cristalicen en nuevos enfrentamientos con Esparta.

## 6. LA GUERRA DEL PELOPONESO

No es este el momento para detallar los pormenores de este conflicto, dado que excedería con creces los objetivos del presente estudio<sup>22</sup>; pero, si hay una ocasión en que Argos va a tener al alcance la posibilidad de desbancar a Esparta de la hegemonía del Peloponeso, esta será durante el periodo inmediatamente subsecuente a la Paz de Nicias en el 421 a.C. Los argivos, coincidiendo con la expiración del tratado que suscribieron con los lacedemonios en el 451 a.C., que se negaban a renovar, desplegaron una intensa actividad diplomática y militar para conformar una alianza en torno a sí, que desembocará en la batalla de Mantinea en el 418 a.C. Reto del que Esparta saldrá airosa, mientras para Argos la derrota tendrá hondas repercusiones, de tal suerte que el sueño anterior de lograr la hegemonía se tornará en la pesadilla de la *στάσις*, del conflicto civil, como tendremos ocasión de comprobar.

---

<sup>22</sup> Para un acercamiento general a la Guerra del Peloponeso puede acudir a obras de carácter general, como Domínguez y Pascual (1999: 251-308); desde la perspectiva lacedemonia, Cartledge (2002: 197-225) Fornis (2016: 147-190); o la obra monográfica de Kagan (2003).

## 6.1. La Paz de Nicias (421 a.C.)

Tras diez años de guerra con suertes alternas entre atenienses y lacedemonios, ambos contendientes se encontraban exhaustos al ver que no se había logrado imponer de forma clara ante su adversario, en especial tras últimos reveses sufridos por unos y otros<sup>23</sup>; de ahí que, en el invierno del 422/1 a.C. iniciaron negociaciones de paz, que concluyeron con la firma de un tratado en la primavera del 421 a.C. (Th. 5.17.2; 20.1), conocido como la Paz de Nicias, por el político ateniense que la impulsó y negoció. En cuanto a los términos de la misma, en esta se fijaba una duración de cincuenta años, con el libre acceso a los santuarios, sometimiento a arbitraje en caso de diferencia, intercambio de prisioneros de guerra y devolución de plazas tomadas en acción de guerra (Th. 5.18.1-11). Atenas la ratificó en nombre de sus aliados, mientras que Esparta fue incapaz de hacer cumplir lo estipulado a algunos de sus aliados<sup>24</sup>, que se negaron por diferentes motivos a suscribirlo; con lo que beocios, corintios, eleos y megareos, disconformes con la finalización de las hostilidades, continuaron nominalmente en guerra con Atenas (Th. 5.17.2)<sup>25</sup>. De todos estos, los corintios se sentían especialmente perjudicados por la reciente paz, pues habían perdido el control estratégico del Golfo de Corinto a manos de los atenienses; y para ellos solo una reanudación de la guerra podía ofrecerles una oportunidad para resarcirse de sus pérdidas (Seager, 1976: 250; Fornis, 1995: 49). Los lacedemonios, pues, solo tuvieron en cuenta sus propios intereses y, en cierta forma, se desentendieron de sus aliados, los cuales se sintieron traicionados. Y, conscientes de este malestar, los lacedemonios para asegurar su posición en el Peloponeso no dudaron en ofrecer, tras el acuerdo de paz, un tratado de alianza con Atenas.

Se trataba de un tratado de naturaleza defensiva con una duración por cincuenta años, en el que los firmantes se comprometían a ofrecerse ayuda mutua en caso de que un tercero invadiera el territorio de alguno de ellos, y sobre el que se tomarían represalias conjuntas, al igual que se prohibían firmar la paz por separado con ese estado agresor (Th.5.23.1-3; Alonso, 1989: 174). Con este tratado, Esparta buscaba detener a Argos, en la medida en que en caso de iniciar las hostilidades se arriesgaba a enfrentarse al mismo tiempo con Atenas; mientras, los atenienses, que aparentemente asumían el riesgo de verse involucrados en una guerra en el Peloponeso en beneficio de Esparta, en cierta forma también se aseguraban que ninguno de los estados que aún mantenían una actitud beligerante hacia ella y estaban deseando llevar la guerra contra ella, se atreverían a dar ese paso por temor a verse enfrentados a la par con los lacedemonios (Seager, 1976: 251-252). Los espartanos, a su vez, con dicha alianza también buscaban coaccionar a los estados disidentes de la liga del Peloponeso a firmar la Paz de Nicias, con la excusa de que habían establecido esa alianza con Atenas para evitar que los argivos se aliasen con ellos (Kelly, 1974: 91). Sin embargo, lejos de apaciguar los ánimos en el Peloponeso con este paso, pusieron en movimiento una serie de actuaciones, cuyos principales instigadores fueron los corintios y que situaron a Argos en el centro de la escena diplomática, política y militar durante dos años, en los cuales acarició la

---

<sup>23</sup> La humillación de Esparta en Esfacteria y Pilos (Th. 4.40-41); o la pérdida de Anfípolis y otras plazas de la Calcídica para los atenienses (Th. 4.104; 112; 120) ante Brásidas, así como su derrota Delio (Th. 4.98) o la pérdida del fuerte de Panacto (Th. 5.3.5) ante los beocios.

<sup>24</sup> Incluso la propia Esparta, a quien por sorteo correspondió ser la primera en devolver las plazas, fue incapaz de hacer cumplir a sus oficiales la orden de devolver Anfípolis a los atenienses, más allá de evacuarla de tropas peloponesias (Th. 5.21.1-3).

<sup>25</sup> los eleos temían que Esparta, libre de la guerra con Atenas, volviera la atención sobre una zona fronteriza común, objeto de disputa, Lepreo, en la Trifilia (Th. 5.31.1-6) y le hiciera sentir su fuerza; los beocios se negaban a entregar el fuerte de Panacto en la frontera del Ática, aunque, expectantes, conservaron su lealtad hacia Esparta; y los megareos se habían visto privados del puerto de Nisea (Seager, 1976: 250).

posibilidad de hacerse con la hegemonía del Peloponeso.

## 6.2. Argos, ¿hegemón de una nueva Liga del Peloponeso?

Fueron, sin duda, la prosperidad alcanzada gracias a su neutralidad, junto con el duro golpe al prestigio militar espartano sufrido en Esfacteria (Th. 4.40-41), por un lado, y el descontento generalizado en el Peloponeso con el actual *hegemón*, los que llevaron a los argivos a considerar seriamente la posibilidad de recobrar el papel protagonista que les correspondía en el Peloponeso, en cuanto herederos de Témeno (Fornis, 1995: 51-52). Si bien, se puede decir que desde el punto de vista militar pudieron haber aprovechado situaciones anteriores en que Esparta estaba en clara desventaja<sup>26</sup>; a pesar de ello, Argos se mantuvo fiel al tratado del 451 a.C., tal vez por cierto arcaísmo en su concepción de las relaciones internacionales (Fornis 1995: 63), o tal vez por cierto escrúpulo religioso. En este sentido, cabe recordar que los propios espartanos achacaron los reveses sufridos durante la Guerra Arquidámica al hecho de haber roto ellos las hostilidades oficialmente con su invasión del Ática del 431 a.C. (Th. 7.18.2-3). Sea como fuere, Argos sí vio que se daban las condiciones diplomáticas favorables para disputar tal hegemonía ante las razones antes aducidas, especialmente el descontento de los aliados de la Liga del Peloponeso.

No obstante, fueron los corintios quienes, precisamente, supieron explotar por un lado estos anhelos argivos y por otro el citado descontento para tratar de conformar una tercera liga, esta vez en torno a Argos, que disputase aparentemente la primacía del Peloponeso a Esparta. Respecto a la sinceridad de este objetivo, da la impresión de que los corintios se sirvieron de hábiles canales diplomáticos para lograr su verdadero objetivo, que era empujar a Esparta a reanudar la guerra contra Atenas. Así lo ha visto C. Fornis (1995: 53-66). Sin embargo, existe la posibilidad que los primeros movimientos iniciados por Corinto tan solo buscasen simple y llanamente crear problemas a Esparta en el Peloponeso a modo de venganza por haber dejado a un lado los intereses de sus aliados (Seager, 1976: 254); pero sin llegar a una ruptura total de su alianza con los lacedemonios. Sea como fuere, el caso es que, tras la alianza espartano-ateniense, los embajadores corintios antes de llegar a su patria entablaron “conversaciones con algunos dirigentes argivos”, a quienes les transmitieron la idea de que la citada alianza se había sellado por parte de Esparta “con vistas a la esclavitud del Peloponeso”; por lo que animaba a Argos a buscar la alianza de mutua defensa con todos aquellos estados que lo desearan, respetando la paridad e igual de derechos (Th.5.27.2). Estos dirigentes argivos, que seguramente serían de extracción aristocrática, ya que la democracia argiva no habría alcanzado el mismo nivel de desarrollo que la ateniense en esta época, con lo que buena parte de los cargos e instituciones estarían ocupados por aquellos que disponían del tiempo y recursos para dedicarse a la *res publica* (Fornis, 1992-1993: 78-79); trasladaron a la asamblea la sugerencia de los embajadores corintios, la cual, dado que veía como inevitable la guerra con Esparta al expirar el tratado y aspiraba a la hegemonía del Peloponeso, acogió favorablemente la propuesta y designó una comisión de doce miembros que negociara tales alianzas, a excepción de posibles alianzas con Esparta o Atenas, que deberían ser refrendadas por la asamblea (Th. 5.28.1-2). Por otra parte, cabe señalar que el que Argos buscase la hegemonía del Peloponeso eso no implicaba necesariamente establecer una alianza con Atenas (Kelly, 1976: 92; Fornis, 1995: 52), por lo que sus primeros esfuerzos se centrarán en aquellos aliados del Peloponeso descontentos con Esparta. Así, puede

---

<sup>26</sup> Por ejemplo, Cleón en el 425 a.C. había intentado establecer una alianza; sin embargo, no llegó a buen puerto (Fornis, 1995: 50).

decirse que la diplomacia corintia supo encauzar muy bien los anhelos y deseos de hegemonía argiva junto con el descontento reinante, para que se conformara una alianza antiespartana en el Peloponeso que hostigara a Esparta, con el objetivo último de llevarla a la guerra contra Atenas (Fornis, 1995: 53-54). Por tanto, la alianza espartana con Atenas no logró su pretensión de paralizar cualquier actividad en su contra por parte de sus aliados o de Argos (Seager, 1976: 255).

La primera en establecer una alianza defensiva con Argos por temor a los lacedemonios fue Mantinea, un estado democrático que durante los años previos habían conformado su pequeño imperio arcadio incorporando zonas del suroeste de Arcadia (Cartledge, 2002: 212); consciente de que los espartanos no lo tolerarían ahora que estaban libres de la guerra con Atenas, consideró que la alianza con otro estado democrático y secular enemigo de Esparta era una buena opción (Th. 5.29.1; Fornis, 1995: 55). La propaganda corintia del temor a la esclavitud del Peloponeso comenzaba a hacer efecto y empezaban a verse movimientos. Los espartanos enviaron un aviso a su díscolo aliado recordándole que debía suscribir la Paz de Nicias y que se había puesto fuera de la Liga al no acatar una decisión de la mayoría; a lo que estos replicaron que les ataban sus juramentos con respecto a los calcídicos (Th. 5.30.1-3; Seager, 1976: 252-253; Fornis, 1995: 55). No obstante, aún no se había aliado formalmente Corinto con Argos, ya que es probable que elementos oligárquicos corintios no vieran con buenos ojos este acercamiento a una polis democrática. Por ello, una alianza previa con los eleos<sup>27</sup>, que, a pesar de tener una constitución democrática, era considerado un estado conservador y que mantenía bastantes elementos aristocráticos; allanó el camino para que Corinto se sumara a la liga argiva, a la que se sumaron también los calcídicos de Tracia (Seager, 1976: 254; Fornis, 1995: 56). Por su parte, beocios y megareos, con regímenes oligárquicos que eran reticentes respecto a la democracia argiva, se mantuvieron al margen de esta alianza, expectantes ante lo que pudieran hacer los lacedemonios, a pesar de que también ellos habían rechazado la Paz de Nicias (Th. 5.31.3; Seager, 1976: 253; Fornis, 1995: 56). Pero lo que sí puede decirse que constituyó un golpe de seria importancia a la naciente liga argiva, fue el rechazo por parte de Tegea, la otra ciudad importante de Arcadia, a incorporarse a esta ante la petición de corintios y argivos, preservando su fidelidad a Esparta (Th. 5.32.3-4); cosa que no es de extrañar teniendo presente su continua rivalidad con Mantinea (Seager, 1976: 255), además de ser gobernada por un régimen oligárquico. El rechazo de Tegea frustró las expectativas que Corinto pudiera haber tenido hasta el momento, porque creían que si se les unían los tegeatas todo el Peloponeso le seguiría, además de privar a los espartanos de un aliado desde el punto de vista estratégico vital, dado que por dicho territorio pasaban las vías de entrada y salida hacia el Istmo, con lo que hubiera quedado aislada (Fornis, 1995: 57). Así, los Corintios, temiendo verse rodeados por estados democráticos en su alianza, comienzan a virar en su línea política, intentarán de nuevo atraer a los beocios a su alianza, pero fracasan.

Así pues, al acabar el verano el 421 a.C., los planes corintios para tratar de empujar a Esparta a reanudar la guerra contra Atenas parece que han fracasado, y esta se encuentra unida en una alianza encabezada por Argos, que aspira a la hegemonía del Peloponeso, con otros estados de régimen democrático, como eran Mantinea y Élide, a los que se sumaron los calcídeos. Cada uno de estos estados tenía distintas aspiraciones y lo único que les mantenía cohesionados era su odio y temor a Esparta, porque los objetivos de esta alianza, fuera de esto, eran débiles y mal

---

<sup>27</sup> Sobre los motivos de los eleos para buscar la alianza, ya hemos mencionado la disputa que estos tenían con los lacedemonios por Lepreo. Cf. *supra* pág. 31 n. 24; Th. 5.31.2-6.

definidos, carentes de un propósito común (Seager, 1976: 256; Fornis, 1995: 58).

Sin embargo, los acontecimientos iban a dar un giro a partir del invierno del 421/420 a.C. Tanto dentro de Esparta como de Atenas comienzan a ganar peso político los sectores proclives a reanudar la guerra; y ante los reiterados incumplimientos de las estipulaciones de paz, la desconfianza y recelos mutuos aumentan (Seager: 1976: 256; Fornis, 1995: 58). Así, dos de los éforos elegidos ese invierno, Cleóbulo y Jénares, eran partidarios de reanudar las hostilidades (Th. 5.36.1), para lo cual debían hacer todo lo posible para que Esparta se encontrase en las mejores condiciones estratégicas para enfrentar la guerra, lo cual pasaba por recuperar Pilos y, además, atraer a su alianza a Argos, de suerte que el Peloponeso estuviera bajo su control, o al menos esta ya no fuera una amenaza. Para lograr el primer objetivo era fundamental convencer a los beocios de que pusieran en sus manos el fuerte de Panacto para devolvérselo a los atenienses; mientras que para lograr el segundo objetivo informaron a unos embajadores corintios y beocios que era preciso que Beocia también se sumase a la alianza argiva, a fin de atraer luego a esta a Esparta. Todo ello se gestó con la mayor discreción y al margen de los cauces oficiales (Th. 5.36.1-2; Seager, 1976: 257; Fornis, 1995: 58-60). El plan de los éforos comienza a ponerse a efecto cuando “dos magistrados argivos de la más alta categoría” salen al paso de los beocios en su viaje de vuelta a casa para ver si estos se aliarían con ellos; lo cual fue de su agrado al coincidir con la propuesta de sus “amigos lacedemonios”, por lo que les conminaron a enviar una embajada oficial a Beocia (Th. 5.37.1-4). Los beotarcas, por su parte, una vez informados por los embajadores, acogieron de buen grado la propuesta de los amigos lacedemonios, así como los deseos de alianza por parte de Argos, de ahí que cuando llegara la embajada oficial argiva la despidieran con la promesa de enviar una embajada a Argos para tratar de la alianza (Th. 5.37.4-5).

Quiero llamar la atención aquí sobre el hecho de que todo parece desarrollarse fuera de los cauces oficiales y rodeado del máximo secretismo, por lo que asistimos al modo en que se desenvolvían las distintas facciones políticas existentes en las ciudades, belicistas y pacifistas, demócratas y oligarcas, sobre todo estos últimos en Argos, donde algún sector del poder de inclinación oligárquica sería proclive a colaborar con los espartanos con vistas a derrocar o imponerse sobre los sectores más democráticos.

Por otra parte, tampoco parece que los corintios fueran partidarios de que se produjera un acercamiento entre Argos y Esparta, dado que el mismo podría minar su posición dentro de la Liga del Peloponeso, de ahí que pudiera ser que su actuación ante el plan expuesto por los éforos estuviera encaminada a hacer fracasar la primera alianza entre Argos y Beocia. En este sentido, con vistas a retrasar las negociaciones entre estos dos estados, los corintios conminaron a los beotarcas a que junto con megareos, calcídicos y ellos mismos renovaran los juramentos de defensa mutua, para luego unirse a los argivos (Th, 5.38.1; Kelly, 1974: 94; Seager, 1976: 258; Fornis, 1995: 61). Sin embargo, cuando el primer tratado defensivo tuvo que ser ratificado por los Consejos de los Beocios, estos se negaron, por temor a actuar en contra de los lacedemonios al unirse a un estado en clara rebeldía como parecía estar Corinto; pues los beotarcas no pudieron informarles de los planes expuestos por los éforos dado su secretismo y en la creencia de que los Consejos acatarían sus propuestas. Así pues, fracasada la alianza previa con Corinto, ni siquiera fue planteada la opción argiva (Th. 5.38.3-4; Seager, 1976: 258; Fornis, 1995: 61). Sin embargo, teniendo presente todo el secretismo y la oscuridad que rodeó estas negociaciones, tampoco sería descartable, a nuestro juicio, que las intenciones últimas de los éforos hubieran sido, precisamente, comprobar hasta qué punto eran sólidas sus alianzas y buena

disposición de los beocios para con Esparta en caso de entrar en guerra, al negarse ya no a aliarse con un estado abiertamente hostil como era Argos, y por ello en este momento difícilmente proclive a pactar cualquier tipo de alianza con una Esparta a la que quería desbancar de la hegemonía; sino siquiera hacerlo con un estado, como Corinto, en clara rebeldía hacia su *hegemonía* y que estaba actuando en su perjuicio al promover otras alianzas, que, por otra parte, estaban formadas por estados con regímenes democráticos. De esta forma, Argos quedaba aislada en su pequeña alianza peloponésica, incapaz de sumar nuevos aliados; mientras que Corinto, puesta en evidencia, buscaría reposicionarse al lado de Esparta. Así pues, comprobada esta fiabilidad y lealtad del aliado beocio, puede entenderse más fácilmente el siguiente movimiento provocado por estos éforos que estaban precisamente intentado llevar de nuevo la guerra contra Atenas.

Los espartanos reclamaron a los beocios la entrega de Panacto a fin de que pudieran recuperar Pilos de manos atenienses. Los beocios, por su parte, solo accederían a cambio de formalizar con ellos una alianza exclusiva. Esto suponía una clara violación por parte lacedemonia del tratado con Atenas, dado que este estipulaba que no se haría la paz con un tercero sin consentimiento de ambos. En esta tesitura, tan deseosos estaban de tener algo que ofrecer a Atenas a cambio de Pilos, que los lacedemonios aceptaron la alianza con los beocios, aun a riesgo de disgustar por ese motivo a Atenas (Seager, 1976: 259; Fornis, 1995: 61-62). La sorpresa vino cuando los enviados lacedemonios fueron a tomar posesión del fuerte para restituirlo a los atenienses, ya que se encontraron con un montón de ruinas, pues fue derruido previamente; lo cual, como no podía ser de otra forma, enojó a los atenienses al recibir la noticia. Desde el punto de vista militar era comprensible, dado que lo dejaba fuera de servicio, al menos hasta su reconstrucción; y desde el punto de vista político podía considerarse una provocación, un paso más que acerca a la guerra a ambas potencias (Seager, 1976: 259); de ahí que pueda ser razonable pensar que los “amigos beocios” de los éforos actuaran así a instigación de estos (Kelly, 1974: 94). Esta hipótesis se refuerza con el hecho de que la noticia de la destrucción del mismo llegó antes a Argos que a Atenas o la propia Lacedemonia; pues solo alguien que estuviera al tanto de lo que iba a suceder podría haber dado el aviso. Teniendo presente que el fin último de los éforos era establecer una alianza con Argos, es de suponer que comunicaran la noticia a sus partidarios dentro del estado argivo, de tendencia oligárquica (Kelly, 1974: 94; Fornis, 1995: 62-63). El motivo para ello es claro a tenor de lo que sucedió en Argos, ya que la interpretación de las nuevas llegadas respecto a la alianza espartano-beocia, la demolición del fuerte y su entrega a Atenas, causó la alarma en la asamblea argiva, pues se consideró erróneamente que Beocia había aceptado la Paz de Nicias, y se había aliado con Esparta, de tal suerte que en su disputa por el Peloponeso tendría que enfrentarse sola contra una coalición de Esparta, Beocia, Atenas y Tegea. Así pues, ante el temor de quedarse solos enviaron una embajada a Esparta de dos notables que gozaran de las mayores simpatías de los lacedemonios con el objeto de negociar el tratado con aquella al que anteriormente se habían negado (Th. 4.40.1-5; Kelly, 1974: 94-95; Seager, 1976: 259-260; Fornis, 1995: 63-64). En las negociaciones entabladas a tal efecto, ante la negativa a considerar la cuestión de la Cinuria por parte de Esparta, los argivos cedieron a condición de que incluyera una cláusula, que a los lacedemonios les pareció “una locura”, pero aun así estaban dispuestos a aceptar, según la cual la posesión de tal territorio se decidiría por medio de un combate singular entre dos ejércitos (Th. 5.41.2). Sin duda, una reminiscencia romántica del antiguo duelo de campeones del que hemos hablado en el capítulo 3, que, a todas luces resultaba plenamente anacrónico en el contexto de la Guerra del Peloponeso (Fornis, 1995: 64-65). No obstante, tan deseosos estaban de tener la alianza de Argos por cincuenta años los espartanos que aceptaron esta

cláusula (Th. 5.41.3). Por su parte, hay que señalar que el estado argivo había formado un cuerpo de ejército integrado por “los jóvenes que se distinguían por su fortaleza física y su fortuna” (D.S. 12.75.7), esto es, de origen aristocrático, y mantenido a expensas públicas, con dedicación exclusiva a la milicia, conocido como ο Χίλιοι, *Los Mil* (Fornis, 1993: 77-78). Es este cuerpo seguramente el que estaba en mente de los embajadores argivos al formular esta propuesta (Fornis, 1992-1993: 78; 1995: 64-65).

Sin embargo, cuando los embajadores regresaron a Argos para que la asamblea ratificara el tratado, la situación había dado un giro. En este punto de la historia hace entrada uno de los políticos más controvertidos de la política ateniense, un joven Alcibíades, cabeza visible de la facción más belicista, partidario de acercarse a los argivos (Th. 5.43.1-2), quien:

“de inmediato envió privadamente un mensaje a Argos exhortando a los argivos a presentarse cuanto antes en compañía de los mantineos y de los eleos para proponer la alianza a los atenienses, puesto que, en su opinión, el momento era favorable y él colaboraría con el máximo empeño.” (Th. 5.43. 3)

Seguramente, Alcibíades para hacer llegar su propuesta se sirvió de elementos notables de la sociedad argiva con quienes tendría vínculos de hospitalidad y que serían proclives a un acercamiento a Atenas, favorables a la democracia (Fornis, 1997: 193-197); y que canalizarían las relaciones entre ambos estados, al igual que en el caso que hemos señalado anteriormente de los éforos Jénares y Cleóbulo, al hilo del asunto de Panacto. Comenzamos, pues, a ver una incipiente injerencia de las dos grandes potencias en los asuntos internos de Argos, que a la postre tendrá un efecto devastador por lo que a la convivencia ciudadana y estabilidad política del régimen argivo se refiere (Fornis, 1995: 52), como más adelante comprobaremos.

A pesar de los intentos diplomáticos por parte de Esparta de impedir la alianza de Argos con Atenas, poco pudieron hacer; y se selló una alianza de naturaleza no solo defensiva, sino también ofensiva, en la medida en que se obligaban a tener los mismos amigos y enemigos. Sin embargo, el tratado entre Atenas y Esparta no fue denunciado por ninguna de las dos partes, lo que demuestra la división de la sociedad de ambos estados con respecto a reanudar la guerra entre ambas potencias; y dicho tratado estaría en vigor siempre y cuando ninguno de los firmantes invadiese el territorio del otro (Alonso, 1989: 166; 1999: 57). Esto no impedía que se pudieran enfrentar en otro escenario en defensa de sus respectivos aliados, tal como de hecho sucedió (Alonso, 1999: 58).

Así, en el 420 a.C. Argos, Mantinea, Élida y Atenas conformaron lo que se ha conocido como Cuádruple Alianza, de tal manera que al igual que había sucedido en el 470 a.C. a instancias de Temístocles, ahora una serie de estados democráticos del Peloponeso, acompañados de Atenas, formaban un frente antiespartano, esta vez a instancias de Alcibíades, que podemos considerar heredero político del primero y que fue premiado en el 420 a.C. con su elección como estratego. Los corintios, por su parte, ante esta perspectiva se retiraron y realinearon con sus aliados más naturales, los lacedemonios, conscientes de que la situación podía desembocar en una reanudación de la guerra entre las dos grandes potencias; en cierta forma, habían logrado su objetivo (Fornis, 1995: 65-66).

### **6.3. Mantinea (418 a.C.): el fracaso de un sueño, consecuencias internas y externas.**

Ahora Argos, cuya confianza se había incrementado al ir acompañada del poderoso aliado ateniense, así como de eleos y mantineos, va a lanzar el reto a Esparta por el control del Peloponeso. Tras unas primeras provocaciones a Esparta por parte de

los aliados<sup>28</sup>, la primera acción de calado emprendida por la alianza debido a las implicaciones que tiene es el ataque contra Epidaurio en 419 a.C.; con el que buscan, por un lado, presionar a Corinto a fin de acabar atrayéndolo a la alianza<sup>29</sup>; y, por otro, lograr una comunicación más directa entre Argos y Atenas vía Égina, con la posibilidad de incrementar el envío de tropas y, por tanto, una mayor implicación ateniense en el Peloponeso (Th. 5.3.1-2; Seager, 1976: 265). Tal acción suponía una agresión directa a un miembro de la Liga de Peloponeso, por lo que Esparta como *hegemón* tenía la obligación de acudir en su auxilio; y por dos veces lo intentó; pero se retiró ante los desfavorables augurios de los sacrificios de paso de frontera, mientras los argivos se dedicaban a devastar la Epidauria (Th. 5.54.1-4); aunque es posible que tratase de evitar un enfrentamiento directo con argivos y atenienses que tuviera consecuencias irreversibles (Fornis, 1992-1993: 80). A pesar de ello, consiguió enviar una guarnición de trescientos hoplitas por mar, burlando el bloqueo ateniense para enfado de los argivos (Th.5.56.1). Con esas tropas se aseguraba la defensa de Epidaurio para evitar su caída (Seager, 1996: 267).

Finalmente, en la primavera del 418 a.C. el rey Agis se decidió por intervenir con toda la fuerza de la Liga del Peloponeso ante el desafío argivo (Th. 5.57-59). Así, con un poderoso ejército integrado por los lacedemonios, tegeatas, corintios (ahora ya del lado espartanos con un importante contingente de dos mil hoplitas), megareos y beocios invadió la Argólida, donde le salieron al paso el ejército argivo, junto con los eleos y mantineos, a la espera de la llegada del refuerzo ateniense, que se demoró. A pesar de que los argivos y sus aliados eran inferiores en número, los hoplitas se sentían confiadamente seguros de la victoria. Así, alineadas las falanges, listas para el choque, este no se produjo, ya que, tras adelantarse Trasilo, uno de los cinco estrategos, y Alcifrón, próxeno lacedemonio, a parlamentar con el rey Agis, acordaron una tregua de cuatro meses, retirando los ejércitos y marchando los aliados lacedemonios a sus ciudades, para gran enfado de los soldados de uno y otro bando. Los lacedemonios, sin embargo, acataron la decisión regia, mientras que los argivos trataron de lapidar a Alcifrón y le confiscaron sus bienes (Th. 5.60.1-6). No obstante, estos se mantuvieron en principio leales a lo acordado (Fornis, 1992-1993: 86). Así, cuando finalmente llegaron los atenienses y estos le conminaron a proseguir las hostilidades lanzándose junto con los eleos y mantineos sobre su siguiente objetivo, Orcómeno, en Arcadia, en un primer momento se mostraron renuentes a proseguir las hostilidades; si bien, finalmente, acabaron por sumarse a dicha campaña (Th.5.61.1-4). Orcómeno cayó fácilmente y el próximo objetivo de la alianza fue la importante ciudad arcadia de Tegea, a instigación de los mantineos y para enfado de los eleos, que deseaban dirigirse contra Lepreo, por lo que se retiraron sus tres mil hoplitas (Th. 5.62.1-2); lo que es una prueba de la inconsistencia y debilidad moral de la alianza (Fornis, 1992-1993: 88).

Esta situación en Esparta suscitó la alarma ante el temor de que la ciudad tegeata también cayera, dado que había elementos internos dispuestos a entregarla, y el enfado contra su rey Agis por no haber resuelto la situación mediante las armas cuando tuvo ocasión. Si bien, realmente, el malestar se debió más bien a que Argos no hubiera respetado la tregua de cuatro meses al unirse al ataque contra Orcómeno (Fornis, 1992-1993: 87). El rey Agis reunió con la mayor celeridad todos hombres

---

<sup>28</sup> Su exclusión de los Juegos Olímpicos en el 420 a.C. (Th. 5.49-59; Fornis, 1992-1993: 80), o una incursión por parte de Alcibiades contra Acaya en 419 a.C. (Th. 5.52.1-2), con pretensiones propagandísticas para demostrar a Esparta y el resto de los peloponesios que podían moverse libremente por su área de influencia (Fornis, 1992-1993: 80-81; 1994: 504)

<sup>29</sup> Sin embargo, Corinto, ante el carácter ofensivo de esa alianza (Alonso Troncoso, 1989: 175-177) y por su profundo odio a Atenas, se mantuvo al margen de la misma, alegando que se conformaba con el acuerdo defensivo que tenían suscrito con los argivos, el cual no había abandonado por el momento (Alonso Troncoso, 1989: 175; Fornis, 1992-1993: 80).

capaces de empuñar armas, se dirigió hacia Tegea, donde se le unieron estos aliados, y a continuación marchó contra la alianza argiva ante Mantinea, donde no tuvieron tiempo de llegar los aliados beocios, megareos y corintios dada la rapidez de la movilización. Así, en el verano de 418 a.C. tuvo lugar en los campos de Mantinea la batalla donde Esparta se jugó la hegemonía del Peloponeso y Argos tuvo su oportunidad real de hacerse con la misma<sup>30</sup>. Sin embargo, los lacedemonios se hicieron con la victoria incontestable, dado que el contingente mantineo fue prácticamente aniquilado; de igual forma el ejército argivo sufrió terribles bajas y tan solo logró escaparse más o menos indemne el batallón de élite de *Los Mil*, y esto más bien por decisión consciente del rey Agis a sugerencia de uno de sus consejeros (D.S. 12.79.6), ya que, dada su composición aristocrática y, naturalmente, más inclinados a la oligarquía, sería más fácil cualquier negociación y entendimiento futuros (Fornis, 1992-1993: 91). Por lo demás, también los atenienses sufrieron terribles bajas, aunque el contingente enviado se reducía a dos mil hoplitas y al no haber habido invasión de Laconia, el tratado entre ambos estados se consideraba todavía en vigor. Con tal victoria, la lanza dorada de los espartanos recuperó el prestigio perdido en Esfacteria, y aseguró el control definitivo de todo el Peloponeso, de cuyos aliados no había tenido necesidad, frustrando así definitivamente las aspiraciones argivas. Pues una derrota para Esparta hubiera sido un golpe del que difícilmente se hubiera podido recuperar (Fornis, 1992-1993: 88), tal como ya reconoció el propio Plutarco (*Alc.* 25.2).

Por lo que a las consecuencias de la batalla de Mantinea en Argos se refiere, podemos decir que fue el amargo despertar de un sueño, o más bien, la entrada en una pesadilla: la de la στάσις, el conflicto interno del que más o menos se había mantenido a salvo desde mediados del s. V a.C., merced a su neutralidad y la prosperidad económica derivada de esta, con lo que la *concordia classium* se pudo mantener sin excesivos sobresaltos bajo un régimen democrático en el que seguramente buena parte de los cargos e instituciones estaban copados por las capas más pudientes de la sociedad (Fornis, 1993: 78). Pero esto no significa que entre estas capas no existieran sectores o grupos, especialmente de índole aristocrática, que fueran más proclives a un régimen de carácter más oligárquico, los cuales verían en Esparta un apoyo para sus aspiraciones políticas (Fornis, 1992-1993: 85; 1993: 79). De hecho, en este sentido cabe interpretar, como hemos señalado, el primer intento de negociar un tratado en el 420 a.C. con Esparta tras las noticias de Panacto, el cual no llegó a buen puerto debido a la intervención de Alcibíades y el apoyo ateniense, de suerte que los sectores más democráticos de la población recuperarían el control y los ἄριστοι argivos se retirarían a la espera de mejor oportunidades, colaborando con la política antiespartana, que, no olvidemos, había sido una constante histórica de Argos. Por otra parte, de la misma manera debe explicarse la tregua pactada por uno de los estrategos argivos y un próxeno lacedemonio antes de librar la batalla en el 418 a.C. en la Argólida. Pues con toda probabilidad le harían ver a Agis que la facción oligárquica iba ganando apoyos, por lo que esperaban que si libraban de un posible desastre a la ciudad al evitarle la batalla ganarían un mayor apoyo, para luego pactar un tratado con Esparta sin necesidad de derramar sangre espartana (Fornis, 1992-1993: 85). Tal vez, sobrestimaron sus posibilidades en ese momento, pero lo cierto es que Trasilo solo era uno de los cinco estrategos, por lo que difícilmente hubiera podido dar la orden de retirar el ejército sin el concurso de alguno de los otros, lo que significa que tenían motivos para estar confiados (Fornis, 1992-1993: 86).

---

<sup>30</sup> Sobre los detalles de los movimientos previos de tropas, así como el número de efectivos, el desarrollo de la batalla y estimación de bajas de cada bando, cf. Th. 5.64-73.

Sin embargo, tras el desastre de Mantinea, estos sectores oligárquicos de tendencia filolaconia van a actuar más abiertamente; de tal suerte que, a pesar de que la Cuádruple Alianza no se había disuelto y de hecho argivos, eleos y atenienses aún mantenían el sitio de Epidauro, cuando en el 417 a.C. llegó a la ciudad una oferta de paz de parte de los lacedemonios acuartelados en Tegea prestos a la invasión de la Argólida, estos elementos fueron capaces de imponer sus tesis en la asamblea, mostrando el beneficio que suponía acatar la paz. Sin duda, el partido democrático habría quedado debilitado y desacreditado tras la batalla, a la par que el propio ejército, cuyo único contingente más o menos operativo lo constituía la élite de *Los Mil*, de extracción aristocrática (Fornis, 1993: 75). Aceptada la paz, el demos argivo dio el visto bueno a un tratado con Esparta por cincuenta años, en el que, a pesar de se renunciaba a la reclamación de la Cinuria, caballo de batalla secular de Argos, se estipulaba una codirección del Peloponeso entre ambos estados, excluyendo cualquier otra intervención externa al mismo (Th. 5.79.1-4). No obstante, esta última cláusula en realidad resultaba una concesión meramente simbólica, dado que los espartanos estaban planeando dar el siguiente paso, esto es, el derrocamiento de la democracia en Argos y el establecimiento de un gobierno oligárquico, marioneta del poder lacedemonio *de facto* (Seager, 1976: 268; Fornis, 1993: 76). Por ello, es evidente la colaboración entre los oligarcas filolaconios argivos y el poder espartano, tal como había anticipado el rey Agis al permitir la huida de *Los Mil* en Mantinea (D.S. 12.79.6; Fornis, 1992-1993: 91; 1994: 506). En virtud de este tratado, los argivos conminaron a los atenienses a levantar el sitio de Epidauro y retirarse, tal como efectivamente hicieron (Th. 5.80.3; Fornis, 1993: 75-76). El tratado con Esparta suponía, de hecho, la ruptura definitiva con Atenas; Mantinea, aislada, se vio obligada a renunciar a su pequeño imperio arcadio y pactar con los lacedemonios (Seager, 1976: 269; Fornis, 1993: 76). Esparta había logrado la colaboración de Argos, que le prestó una ayuda entusiasta en las siguientes actuaciones, ya que aportó un contingente de mil hoplitas que se unió a otros tantos lacedemonios en las campañas de estos en solitario primero contra Sición y Acaya, donde impusieron regímenes oligárquicos; para a continuación marchar conjuntamente contra Argos, donde derrocaron la democracia, instaurando una constitución oligárquica de tipo hoplítico, en la que *Los Mil* debieron jugar un papel importante (Fornis, 1993: 77, 79; 1994: 506), tal como afirma expresamente Diodoro Sículo (12.80.2-3). En el golpe, de forma similar a como sucedió en el 411 a.C. en Atenas, las diferentes heterías y grupos de presión oligárquico debieron desempeñar una destacada labor (Fornis, 1993: 82-83). Daba comienzo propiamente hablando la *στάσις*, con las ejecuciones, destierros, confiscaciones de demócratas por parte de los oligarcas filolaconios (Fornis, 1993: 83-84). Sin embargo, como era de esperar en una ciudad con larga tradición democrática, unos meses después, coincidiendo con la celebración de las Gimnopedias en Esparta, de suerte que estos no pudieran enviar socorros a los oligarcas, los demócratas se alzan haciéndose con el poder de forma sangrienta (Fornis, 1994: 507); si bien muchos oligarcas consiguen escapar y se refugian en Fliunte, desde donde acosarán la Argólida. Esparta ante esta situación de hechos consumados no intervino quedando a la expectativa; por lo demás los demócratas argivos volvieron a buscar el apoyo de Atenas (Fornis, 1993: 84-85), renovando una alianza en el 416 a.C. esta vez con compromisos y alcance más limitados (Fornis, 1997: 194-197). Y solo cuando Argos estaba construyendo unos Largos Muros que la unieran a su puerto de Temenio en el 416 a.C. (Th. 5.82.5-6; Fornis, 1994: 507), Esparta intervino de forma decidida; si bien fracasó en su intento de tomar la ciudad, donde seguía contando con elementos oligárquicos que seguían actuando en su favor, destruyó los muros y en su retirada arrasó la pequeña localidad argiva de Hisias, matando a todos sus habitantes, lo que puede interpretarse como un macabro aviso a Argos, al destruir el lugar donde su ejército fue aniquilado en el 669 a.C. (Fornis, 1993: 85-86), tal como ya hemos visto al

comienzo de este estudio.

Así pues, a pesar de que a partir del 416 a.C. Argos colaborará con Atenas en alguna de sus campañas, esta será limitada y deberá estar en alerta ante posibles golpes oligárquicos en su seno (Fornis 1997: 196-199). Tampoco Atenas, embarcada en la aventura siciliota, volverá a intervenir en el Peloponeso; salvo en razzias a lo largo de las costas de la península, donde sí será acompañada por efectivos argivos (Fornis, 1993: 88). De hecho, será una de estas expediciones en el 414 a.C. que alcanzó una localidad de Laconia el *casus belli* que supuso la ruptura definitiva del tratado espartano-ateniense del 421 a.C. y la reanudación de la Guerra del Peloponeso (Th. 6.105.2; Alonso, 1999: 58).

Argos, pues, estuvo a punto de lograr su ansiada hegemonía en el Peloponeso en Mantinea, pero fracasó ante Esparta, que consiguió mantener su preponderancia por la fuerza de las armas. Esta obtuvo una victoria, pero no decisiva; si bien, su mayor logro fue no haber perdido la batalla, dado que entonces no se habría podido recuperar del golpe, tal como sucedería en el 371 a.C. tras la batalla de Leuctra. Argos despertó de su sueño, como hemos dicho, y entró en la pesadilla del conflicto interno. Así pues, la intervención de las dos grandes potencias griegas tuvo graves consecuencias en la estabilidad interna de la ciudad; y en eso no fue una excepción en este tiempo. Si bien estuvo aliada con Atenas el resto de contienda, ya no supuso un problema real para Esparta en el dominio del Peloponeso, ya que su capacidad militar y política fueron considerablemente dañadas y tan solo llevó a cabo algún ataque a pequeñas localidades vecinas como Orneas o Fliunte (Fornis, 1993: 88). Habrá de esperar hasta el 395 a.C. para que vuelva a tener un cierto papel destacado en la historia griega cuando estalle la llamada Guerra de Corinto, en la cual incluso pudo darse una cierta unión entre Argos y Corinto en una única entidad política.

## **7. LA GUERRA DE CORINTO (395-386 a.C.).**

La llamada Guerra de Corinto, que toma su nombre del escenario en que tuvieron lugar buena parte de las operaciones militares, vino a ser para Argos el canto del cisne en lo que a lograr una posición dominante en el Peloponeso se refiere. Una vez más Argos, ante el estallido de un nuevo conflicto bélico en el solar heleno que va a enfrentar en principio a los lacedemonios con los beocios y atenienses, no dejará pasar la oportunidad de sumarse a estos, en contra de su eterna y vieja rival en el Peloponeso; logrando extender su influencia a la propia ciudad de Corinto. Así pues, veamos ahora la cadena de acontecimientos que desembocaron en dicha guerra, así como las causas subyacentes, más profundas, que la motivaron; junto con el desarrollo de la misma, con especial atención a la participación del estado argivo en tal conflagración.

### **7.1. Causas y desarrollo (grandes batallas y “guerra de trincheras”)**

A la hora de determinar las causas de la llamada Guerra de Corinto (395-386 a.C.), contamos con el testimonio de las *Helénicas* de Jenofonte, quien, testigo de los acontecimientos y participante en algunas de esas acciones, nos ha dejado un relato de sumo interés, si bien rezuma en ocasiones cierta parcialidad prolaconia y antitebana que nos obliga a tomar determinadas cautelas en su utilización para la interpretación de los hechos. Por fortuna, también podemos echar mano de la obra de Diodoro Sículo, que, aunque menos prolija en detalles, puede sernos de gran ayuda para cotejar o complementar la narración del ateniense. En este sentido, además, conservamos unos fragmentos de papiro, en concreto el Papiro P.Oxy.842

(Lérida, 2007: 36-77), hallados en la ciudad egipcia de Oxirrinco, que contienen pasajes de unas *Helénicas* de autoría incierta, pero próxima en el tiempo a los hechos<sup>31</sup>, y en los que se da cuenta, precisamente, de las causas que, a juicio de su autor, dieron lugar al conflicto bélico que nos ocupa, y cuya visión difiere también de Jenofonte.

Precisamente, a la hora de determinar qué movió a beocios, atenienses, corintios y argivos a unirse en el 395 a.C. para encarar el poder espartano y poner freno a su opresivo imperialismo; frente a la simple visión jenofonteica de que fue el oro persa traído por Timócrates de parte del Gran Rey para comprar las voluntades de los políticos antilaconios de los citados estados con el objeto de promover una contienda en el Grecia Continental contra Esparta (X. *HG.* 3.5.1), de suerte que esta tuviera que retirar a su rey Agesilao en campaña por Asia Menor; el autor de Oxirrinco (10.2-5) señala el malestar y el temor existente en las ciudades griegas hacia el imperialismo espartano que oprimía tanto a los vencidos como a los antiguos aliados desde el final de la Guerra contra Atenas en el 404 a.C. (Pascual, 1995: 189-191). En efecto, la negativa espartana a compartir los beneficios de la victoria entre sus aliados, que habían compartido los peligros y los gastos de la guerra, provocó el malestar entre estos (Pascual, 1995: 204; Fornis, 2007a: 194); a lo que se suma el hecho de que Esparta interviniera en áreas geoestratégicas que resultaban de especial interés para corintios y beocios, como eran el Golfo de Corinto para los primeros y Grecia Central para los segundos (Pascual, 1995: 207-209; Fornis, 2007a: 197-200). Esto provocaría que en estos estados apareciese una desafección y malestar hacia el *hegemón*, que se materializaría en su negativa a participar en las campañas emprendidas por este durante estos años (Fornis, 2007a: 194)<sup>32</sup>. A la par, en el seno de las oligarquías gobernantes en estos estados se produciría una división en dos facciones que diferían sobre todo en lo que a la política exterior se refiere, de tal manera que algunos, que se habían visto beneficiados y respaldados por los lacedemonios, deseaban mantener el *statu quo* existente; mientras que otros veían la guerra contra estos como la única posibilidad de frenar el imperialismo espartano, especialmente cuando este colisionaba con sus intereses particulares (Fornis 2006: 571; 2007b: 226). Así, conforme tal imperialismo mostraba su peor cara, incrementaba su influencia esta última facción dentro de estas *póleis*, hasta el punto de que en el momento en que estalló el conflicto abiertamente estas facciones se encontraban en el poder en Corinto y Beocia (Fornis, 2007a: 200). Y por lo que a Atenas se refiere, también había una corriente de opinión que veía inevitable el enfrentamiento con Esparta y la única forma de recobrar su poder e influencia en el Egeo, donde los lacedemonios les habían suplantado en el control del mismo (Fornis, 2007a: 212). En cuanto a los motivos de los argivos para entrar de lleno en el conflicto, no puede decirse que el imperialismo lacedemonio se inmiscuyera directamente en su política interna, pero sí es cierto que estos habían quedado arrinconados en el noreste peloponesio, rodeados de aliados lacedemonios, por lo que difícilmente podrían hacer frente en solitario a una todopoderosa Esparta, que se había convertido en líder indiscutible no solo en el Peloponeso, sino incluso en la Hélade. Esto no quita para que las viejas rencillas y reclamaciones contra los lacedemonios siguieran latentes en la sociedad argiva a la espera del momento oportuno para aflorar (Pascual, 1997: 64). Fueron, pues, el malestar y el temor que suscitó Esparta entre los estados griegos los desencadenantes últimos de la guerra; tal como muy acertadamente señaló el autor

---

<sup>31</sup> Sobre un detallado estudio de los posibles autores de estas *Helénicas de Oxirrinco*, cf. Lérida, 2007: 114-206. Por lo demás, en adelante seguiremos la numeración de la edición y traducción llevada a cabo por este autor.

<sup>32</sup> La de Pausanias al Ática del 403 a.C. (X. *HG.* 2.4.30), las de Agis a Élida del 402 a.C. y del 403 a.C. (H. *HG.* 3.2.25), y las de Tibrón del 399 a.C y de Agesilao del 396 a.C. a Asia Menor (X. *HG.* 3.5.5).

de Oxirrinco (10.2-5), y no el soborno persa a los políticos de estos estados. Ciertamente, el oro persa no hubiera surtido el efecto deseado, si previamente no hubiera existido una situación de malestar ante los lacedemonios; sirvió de catalizador de dicho malestar para hacer un frente común ante estos, dado que venía a confirmar el compromiso de financiación por parte del Gran Rey (Fornis, 2007a: 213).

Por ello, en el 395 a.C. bastó un simple conflicto local entre los locrios y los focidios para que tebanos y lacedemonios se involucraran en apoyo de sus respectivos aliados; especialmente cuando estos últimos hacía tiempo que deseaban tener una excusa para disciplinar a su díscolo aliado (X. *HG.* 3.3-4; *Hell. Oxy.* 21, 2-5; Pascual, 1997: 65; Fornis, 2007b: 218-222). Así, ante la previsible invasión por parte de Esparta los tebanos buscaron la alianza con Atenas, quien votó por establecer una *symmachía* de carácter defensivo con estos, la cual solo tenía efecto caso de invasión del territorio tebano, por lo que desde el punto de vista diplomático formalmente no había una ruptura del tratado de paz del 404 a.C. (Alonso Troncoso, 1999: 59-62). La invasión espartana sobre Beocia no se hizo esperar, pero acabó desastrosamente con la de derrota de los lacedemonios y la muerte de Lisandro en Haliarto<sup>33</sup>. Tras esta inesperada victoria, beocios y atenienses consolidaron su alianza antiespartana, reforzada por la incorporación de corintios (dirigidos por la facción antilaconia) y argivos (Pascual, 1997:68; Fornis, 2016: 224). Estos últimos vieron la ocasión una vez más para coaligarse con otras potencias helenas y así desafiar el poder lacedemonio en el Peloponeso, en entredicho tras la derrota; constituyéndose un *συνέδριον* de los aliados en Corinto, desde el que tomar las decisiones operativas y coordinar la estrategia (D.S. 14.82.1-2).

Los argivos tendrán una participación activa y entusiasta en la contienda; de hecho, ya en otoño del 395 a.C., cuando los beocios intervienen en Tesalia para desalojar de la región a los lacedemonios, les apoyan enviando un contingente hoplitas, que conjuntamente suman dos mil; algo a destacar por tratarse de una región alejada de su área natural del Peloponeso, llegando incluso a quedarse como guarnición en Heraclea Traquinia (D.S. 14.82.5-7; Fornis, 2016: 226). Sin embargo, a pesar de este entusiasmo no parece que tuvieran una actuación destacable en las dos batallas campales que se libraron en el 394 a.C. En efecto, en julio de ese año un ejército lacedemonio con sus aliados y otro de los aliados del sinedrio confluyeron a las orillas del río Nemea. Ambos ejércitos contaban con fuerzas parejas, de unos veintitrés mil efectivos por cada bando; y prueba del entusiasmo con que los argivos se entregaron a la acción es que ellos aportaban el mayor contingente de tropas, unos siete mil hoplitas (X. *HG.* 4.2.17). Ocupando el centro de la formación, se enfrentaron a las tropas aliadas de los lacedemonios, a las que pusieron en fuga; pero fueron sorprendidos por estos últimos cuando les atacaron por su flanco descubierto, una vez desbaratada la formación ateniense a su izquierda; causándoles considerables bajas y poniéndolos en fuga (X. *HG.* 4.2.18-23; D.S. 14.83), por lo que, a pesar de cumplir frente a tropas de inferior calidad, no pudieron resistir ante el envite de fuerzas lacedemonias más duchas en el combate hoplítico (Fornis, 2003: 142-150). El ejército derrotado se retiró a Corinto, pero las puertas permanecían cerradas a instancias de la facción prolaconia, hasta que la facción rival reaccionó abriendo para que se refugiaran los aliados vencidos (Dem. 20.52-53). Este suceso demuestra, por un lado, la situación de división en el seno de la sociedad corintia respecto a la guerra y, por otro, la necesidad de que fueran los hoplitas de los estados aliados, atenienses y argivos, quienes asumieran la defensa

---

<sup>33</sup> Sobre los pormenores de la campaña y el desarrollo de la batalla, cf. X. *HG.* 3.5.5-25; Pascual, 1997: 65-67; Fornis, 2016: 221-223.

de Corinto y su Istmo ante el temor de una traición (Fornis, 2006: 565-566). Serían, precisamente, los argivos quienes más empeño pondrían en la misma, apoyando militarmente a la facción antilaconia corintia, que pudo mantenerse en el poder estos años merced a las armas argivas; como veremos más adelante. En cuanto a la siguiente oportunidad que tuvieron los argivos para medir sus fuerzas en el campo de batalla, esta sucedió en agosto, cuando los aliados trataron de cerrar el paso al ejército del rey Agesilao que regresaba de Asia Menor en la llanura de Coronea. Ambos ejércitos también tenían fuerzas parejas, unos veinte mil efectivos (Fornis, 2003: 152); si bien nuestras fuentes no lo precisan, dado que Jenofonte (*HG.* 4.3.15) se limita a enumerar los participantes. Y en esta ocasión los argivos, que ocuparon el ala izquierda encarados a Agesilao y sus lacedemonios, ni siquiera esperaron la embestida de estos, sino que huyeron a las faldas del Helicón, con lo que la victoria de nuevo cayó en el lado espartano, a pesar de la resistencia que ofrecieron los beocios en el combate (*X. HG.* 4.3.15-21; *D.S.* 14.83, que presenta un relato más escueto; Fornis, 2003: 152-156). Así pues, el ejército argivo no se mostró lo especialmente eficaz a la hora de enfrentarse a sus rivales lacedemonios en campo abierto. No obstante, las victorias espartanas en sendas batallas no fueron lo suficientemente decisivas, como para que el bando aliado se viera obligado a pedir la paz (Fornis, 2003: 157) y las hostilidades continuaron, alentadas con la llegada de fondos de parte del Gran Rey en el 393 a.C.

Fue Corinto quien corrió peor suerte, ya que en torno a la misma se desarrollaron las operaciones bélicas durante los siguientes años, caracterizadas por una guerra de posiciones y de golpes de mano por parte de los contendientes, con suertes alternas. En el curso de las mismas vio devastado y saqueado su territorio por los lacedemonios, que operaban desde su base en la cercana Sición, ocasionándole terribles pérdidas económicas, que acentuaron aún más la división política y social en el seno del estado corintio entre quienes controlaban los resortes del poder en ese momento y la facción filolaconia partidaria de la paz y recuperar su tradicional aliada en el Peloponeso; división que sería aprovechada por los argivos para intervenir de forma directa en los asuntos de su vecina<sup>34</sup>.

## **7.2. ἡ πόλις ἢ τῶν ἀργείων καὶ τῶν Κορινθίων (392-386 a.C.)**

Si hubo un momento en la historia de Argos en que esta pudo rebasar los estrechos límites en que históricamente había quedado arrinconada y aislada en el noreste peninsular por la hegemonía espartana del Peloponeso, sin duda, este fue el presente conflicto, dado que fue capaz, merced a la división interna reinante en Corinto, de extender su influencia sobre el estado del Istmo, hasta el punto de que dicha influencia pudiera ser vista como un sinecismo o incluso como una absorción por parte del mismo, tal como relata Jenofonte (*HG.* 4.4.6):

“Pero al ver a los gobernantes comportarse como tiranos, al darse cuenta de que a la ciudad se la hacía desaparecer porque se retiraban incluso los límites y porque a su patria se la llamaba Argos en vez de Corinto, al ser forzados a compartir la constitución de Argos de la que no tenían ninguna necesidad, al tener en la ciudad menos poder que los metecos, hubo algunos de ellos que consideraron que así no valía la pena vivir, sino que valía la pena intentar hacer de Corinto su patria, tal como había sido desde el principio, y mostrarla libre, y limpia de asesinos, y dotarla de un buen gobierno (εὐνομία).”<sup>35</sup>

Sin duda, Jenofonte, que mantenía estrechos contactos con los círculos

<sup>34</sup> Sobre el desarrollo de estas operaciones, cf. Fornis, 2016: 231-236; y en especial la actuación del ateniense Ifícrates en la Corintia, cf. Fornis, 2004: 71-82.

<sup>35</sup> En adelante para la traducción de los pasajes de las *Helénicas* de Jenofonte seguiremos del versión de J.J. González en la colección Alma Mater del CSIC.

aristocráticos corintios, se hizo eco de la propaganda de los mismos acerca de los hechos que afectaron a su polis en esos años (Cartledge, 2002: 241; Fornis: 2006: 564). En este pasaje, se ha querido ver por parte de la crítica moderna la prueba de que en el 392 a.C. tuvo un proceso de unificación política entre ambos estados. Sin embargo, hay discrepancias en torno a la naturaleza de dicha unión. Para unos se trató de un acuerdo de *isopoliteía*, o de ciudadanía compartida, aunque tales experiencias políticas se vinculan más bien a la época helenística; para otros, de un sin sincismo en toda regla, con la dificultad que entrañaría la unión con un estado del tamaño y entidad de Corinto; para otros, de una *sympoliteía*, una unión en una entidad superior de tipo federal tal como pudiera existir dentro de la confederación beocia, en que cada ciudadano mantiene la de su propia polis además de participar de la federal; y para otros de una *synteleía*, en la que Corinto quedaría como estado tributario de Argos (una detallada bibliografía de estas propuestas, así como una acertada crítica a cada una de las mismas puede verse en Fornis, 2006: 559-563).

A la hora de interpretar estas noticias, podemos considerar que estamos más bien asistiendo a una mayor influencia e intervención por parte del estado argivo en su vecina Corinto que a algún tipo de unificación interestatal, aprovechando la división reinante en el seno de la sociedad Corintia debido al estancamiento de la guerra tras las grandes batallas del 394 a.C. con el consiguiente perjuicio económico (Fornis, 2006: 564). Esto favorecería que la facción más pacifista y filolaconia fuera ganando adeptos entre la sociedad corintia; lo que provocó que la facción antilaconia, ante el temor de perder la ciudad entregada por traición a los lacedemonios y ellos mismos el poder, pues, sin duda, se verían expulsados, reaccionara recurriendo a la violencia en el 392 a.C.<sup>36</sup> ante sus adversarios políticos y para fortalecer su posición se apoyara en tropas argivas, que se instalarían en el Acrocorinto, de suerte que la facción antilaconia acabó convirtiéndose en argófila (Fornis: 2006: 566-567). La división, por tanto, se irían profundizando aún más en los años siguientes, dado que los aristócratas filolaconios o bien se exiliarían uniéndose a los lacedemonios en su hostigamiento a Corinto desde Sición, o bien internamente estarían prestos a aprovechar cualquier posibilidad de entregar la ciudad a los espartanos; y, dada la necesidad de presencia militar extranjera argiva para mantener el poder, podemos deducir que esta facción opositora no sería tan minoritaria (Fornis, 2006: 572-574). Por su parte, Argos, merced a esa creciente influencia, pudo albergar esperanzas de acabar absorbiendo a su vecina. De hecho, entre los motivos que hicieron que no llegaran a buen puerto sendas conversaciones de paz celebradas en otoño del 392 a.C. en Sardes y en Esparta en el 391 a.C. fue, precisamente, que “los argivos creían que no podrían dominar (ἔχειν), que era lo que deseaban (ἐπεθύμουν) Corinto como si fuera Argos, si existían tales pactos y treguas” (X. HG. 4.8.15), pues tal paz giraba en torno al principio de autonomía de los estados griegos. Por cierto, en sendas conversaciones estuvo presente una legación corintia, por lo que difícilmente hubiera asistido, de no haber sido en ese momento un estado completamente independiente; de ahí que dicha unidad aún no se habría consumado, si bien puede deducirse a tenor del testimonio de Jenofonte que ya había por parte de Argos alguna intención hacia Corinto (Fornis, 2006: 557). Y, si hubo tal control por parte argiva del estado corintio, el mismo sería de forma indirecta a través del apoyo a la facción gobernante argófila, lo que no excluye que los argivos albergaran el secreto propósito de convertirlo en un estado satélite (Fornis, 2006: 564). Por otra parte, desde el punto de vista constitucional Argos era un estado democrático, mientras que Corinto tenía un régimen oligárquico de larga tradición y no hay noticia alguna

---

<sup>36</sup> Hasta el punto de que se perpetró una matanza de aristócratas en el ágora durante la festividad de las Eucleas, en su mayoría ancianos, por parte de la facción corintia antilaconia en el poder con la ayuda activa de los argivos y pasiva de atenienses y beocios (X. HG. 4.4.1-4; cf. Fornis, 2006: 572).

acerca de que el mismo experimentase algún cambio hacia un tipo democrático, dado que en tal caso Jenofonte, debido a su filolacnismo, no hubiera dejado de notarlo (Fornis, 2006: 568). Así pues, el historiador ateniense se habría hecho eco de la propaganda y el punto de vista de aquellos aristócratas exiliados, para quienes aquellos años de gobierno filoargivo respaldado por tropas argivas serían considerados como un periodo oscuro de asesinatos y exilios, de pérdida de independencia y de dominio extranjero; y así lo mantendrían en su memoria una vez que, tras la Paz del Rey en el 386 a.C., fueran instalados en el gobierno de Corinto por los lacedemonios (Fornis, 2006: 572-573). Por tanto, nunca se habría dado ningún tipo de unión política de ambas *poleis*; y de haber habido algún tipo de vínculo este desaparecería fruto de la aplicación de las estipulaciones de la Paz del Rey por la cual, en virtud de la cláusula de autonomía de las ciudades, los argivos debieron retirar sus tropas de Corinto, y el gobierno argolizante, falto de ese apoyo, marchó al exilio; mientras que los aristócratas filolacnios recuperaban el poder, volviendo a su natural alianza con Esparta dentro de la Liga del Peloponeso (Fornis, 2006: 575-577).

Además, si existió alguna tentativa por parte de Argos de ahondar en el dominio de Corinto, hay que decir que Esparta pronto tomaría cartas en el asunto, dado que históricamente siempre había buscado aislar a Argos en el Peloponeso, apoyándose sobre todo en la alianza con Corinto, tal como hemos ido viendo a lo largo del presente trabajo. Así, en el 391 a.C. se produce una invasión lacedemonia de la Argólida, que hasta ese momento no había sufrido las penalidades de la guerra, bajo el rey Agesilao, quien saqueó a conciencia el territorio, para luego en una audaz maniobra por tierra y mar volver a ocupar el puerto corintio de Lequeo (X. HG. 4.4.19), con lo que aumentaba la presión en ambos estados (Alonso Troncoso, 1999: 74). Sin embargo, tras el 389 a.C. el teatro de operaciones se trasladó a Asia Menor y el Egeo, pues será en el mar donde se decidirá el resultado de la contienda y este se jugará entre Esparta y Atenas, dado que Beocia, se había retirado del Istmo desde finales del 390 a.C. y *de facto* de la guerra (Fornis, 2005: 292). Por otra parte, en el 388 a.C. se produjo otra expedición masiva de saqueo de la Argólida por parte lacedemonia bajo el rey Agesípólis (X. HG. 4.7.1-7), con la que buscaría asegurar su retaguardia continental debilitando a los argivos, quienes se mostrarán a partir de ese momento más proclives a aceptar una paz (Alonso Troncoso, 1999: 74; Fornis, 2016: 241-242). Esta llegará definitivamente en el 387 a.C., una vez alcanzada la superioridad naval en Asia Menor por parte lacedemonia gracias al apoyo de Gran Rey y de Dionisio el Viejo de Siracusa, pues Atenas, que había sido hasta entonces el estado más renuente a la paz, ante el temor a un bloqueo como en el 405 a.C., se avino a un acuerdo (X. HG. 5.1.29; Fornis, 2016: 242-244). Este, negociado sobre todo entre el lacedemonio Antálcidas y el sátrapa persa Tiribazo, se cerraría en dos conferencias, una en Sardes a finales de este año, donde se leería a los beligerantes el rescripto real, de ahí que fuera conocida como la Paz de Antálcidas o la Paz enviada por el Rey; y otra en Esparta en el 386 a.C., donde dicha paz debería ser jurada por todos los estados griegos, independientemente de que fueran beligerantes o no (Fornis, 2016: 245)<sup>37</sup>.

### **7.3. Consecuencias: La Paz del Rey (386-371 a.C.)**

Precisamente la consecuencia más importante de esta llamada Guerra de Corinto sea la citada Paz del Rey, en la medida en que era el primer tratado de paz que tenía vocación de ser universal, *κοινή ειρήνη*, “paz común” o “paz general”;

---

<sup>37</sup> Este sigue el mismo esquema del anterior intento de paz del 392-391 a.C. que acabó fracasando porque los estados implicados no estaban dispuestos a renunciar a sus intereses; sobre este intento, cf. Fornis, 2005: 269-292.

afectando, como hemos dicho, a todos los estados griegos. Hemos aludido a las circunstancias en que esta fue fraguada, principalmente entre el lacedemonio Antálcidas y el sátrapa Tiribazo, y, una vez que contó con el refrendo del Gran Rey, esta se comunicó en Sardes a los embajadores de los principales estados griegos para que se adhiriesen a la misma, sin posibilidad de negociación alguna (Fornis, 2016: 245-246). De hecho, los términos de dicho tratado son muy escuetos (X. *HG.* 5.1.31):

“Artajerjes, rey, considera justo que las ciudades de Asia sean suyas y de las islas, Clazómenas y Chipre, y dejar independientes (αὐτονόμους) las demás ciudades griegas tanto pequeñas como grandes, excepto Lemnos, Imbros y Esciros; que esas, como antiguamente, sean de los atenienses. Cuantos no acepten esa paz, a esos yo les haré la guerra con quienes la quieran, por tierra y por mar, con naves y con dinero” (Trad. J.J. González)

Siendo el principio rector de este tratado el concepto de *autonomía* de los estados griegos; Esparta salía fortalecida de la paz<sup>38</sup>, dado que la amenaza coercitiva regia que contenía contra aquellos que no lo acatasen, hizo que se arrogase a sí misma el papel de garante de la autonomía de los griegos (Fornis, 2016: 246), interpretándolo en su propio beneficio como pronto tendrían ocasión de comprobar sus adversarios en el momento en que el tratado tenía que ser jurado en Esparta en el 386 a.C.<sup>39</sup> Por tanto, el principio de autonomía, más que una realidad jurídica propiamente dicha, acabó por convertirse en un arma diplomática en manos del *hegemón* de turno (Seager, 1974: 63; Fornis: 2005: 270). Así, Esparta no estaba dispuesta a tolerar por más tiempo la injerencia de Argos en Corinto y, en virtud del principio de *autonomía* precisamente, corintios y argivos fueron conminados los unos a expulsar de Corinto a la guarnición argiva y los otros a retirarla. Ante la renuencia de estos, bastó el decreto de movilización de tropas por parte de Esparta para una invasión, para que ambas partes cedieran. Los corintios, además, se vieron obligados a recibir a los exiliados filolaconios, ante cuyo retorno la facción argófila abandonó el poder y marchó al exilio por temor a represalias, refugiándose en Atenas o Argos; mientras que aquellos recuperaban el poder y volvían al seno de la Liga de Peloponeso (X. *HG.* 5.1.34-36; Cartledge: 2002: 241; Fornis, 2006: 576-577; 2016: 247). Acababa así la aventura corintia de Argos, que de nuevo quedaba aislada en el rincón nororiental de la península, impotente de hacer frente a una Esparta que de nuevo se había convertido *de facto* en la potencia hegemónica no solo del Peloponeso sino también de la Hélade, gracias al apoyo persa.

Sin embargo, en los años siguientes, la clara violación del principio de autonomía por parte de los propios espartanos y abuso hecho del mismo en varias ocasiones<sup>40</sup> hizo que Tebas y Atenas reanudasen las hostilidades contra los lacedemonios; si bien, Argos ya no tuvo una intervención activa en este periodo, quedando en un segundo plano hasta que los acontecimientos se precipitaron en Grecia tras la derrota espartana en la batalla de Leuctra en el 371 a.C.

---

<sup>38</sup> Aunque la verdadera beneficiada de este tratado es Persia, pues se le reconocía su soberanía sobre los griegos minorasiáticos y, merced al principio de autonomía esgrimido en el tratado para todos los estados griegos, prevenía la formación de coaliciones y ligas que pudieran amenazar su posición dominante en el continente asiático (Pascual, 1997: 79).

<sup>39</sup> el rey Agesialo no consintió que los tebanos juraran en nombre de los beocios y, bajo amenaza de guerra finalmente cedieron, dejando, por tanto, independientes el resto de ciudades beocias, que prestaron juramento por separado (X. *HG.* 5.1.32-33); quedando así disuelta una federación que había tenido reconocimiento formal desde el 447 a.C. (Fornis, 2016: 246-247).

<sup>40</sup> Entre los que destaca la toma de la Cadmea por Fébidas para apoyar un gobierno laconizante en Tebas y la escandalosa absolución de Esfodrias tras su tentativa de toma del Pireo, cf. Fornis, 2016: 253-259.

## 8 EPÍLOGO. NÉMESIS: DE LEUCTRA A QUERONEA.

Antes de cerrar con las conclusiones, queremos aludir siquiera brevemente a la única ocasión en todo este corolario de enfrentamientos entre Argos y Esparta que hemos repasado, en que los ejércitos argivos hollaron el corazón del territorio lacedemonio, en lo que hemos calificado como su particular némesis. De nuevo Argos aprovechará un momento de debilidad del estado lacedemonio para tratar de retarle y enfrentársele; y de nuevo no lo hará en solitario, sino que para ello buscará las aliadas oportunas. Este momento de debilidad para Esparta sobrevino tras su estrepitosa derrota en los campos de Leuctra en el 371 a.C., donde dejaron la vida un millar de lacedemonios, entre los que se encontraba su propio rey Cleómbroto junto con unos cuatrocientos del total de setecientos hoplitas espartiatas que tomaron parte en la batalla<sup>41</sup>; en lo que fue un duro golpe tanto militar como moral, que dio alas al descontento reinante en el Peloponeso entre sus aliados, y que provocó un período de inestabilidad en el que la tan temida *stásis* hizo su aparición en muchos de estos estados. Esta adquirió la forma de un conflicto de clases entre los sectores más acomodados de la población con los más desfavorecidos, que se tradujo en matanzas y expulsiones de los oligarcas laconizantes por parte de la mayoría empobrecida de estos estados, que dio lugar a la instauración de regímenes de naturaleza democrática y la defección de la liga del Peloponeso (Fornis, 2016: 264). Entre estos estados cabe señalar Mantinea, que fue reconstruida, y en torno a la cual se creó una nueva liga arcadia, de orientación democrática, y en la que ahora sí tomó parte Tegea. Precisamente, esta nueva liga arcadia, con vistas a fortalecerse contra el más que previsible ataque lacedemonio buscará la alianza de los eleos y los argivos. De esta forma, parecía reeditarse la cuádruple alianza del 418 a.C. de estados democráticos del Peloponeso contra los espartanos, en la que participaron argivos, arcadios y eleos. Sin embargo, a la hora de recabar el apoyo de los atenienses, a diferencia de lo que había sucedido en ese momento, estos se negaron a participar; con lo que volvieron sus ojos a Tebas<sup>42</sup>, el estado que aspiraba a alcanzar la hegemonía sobre la Hélade (D.S. 15.62.3-4; Seager, 1974: 54). Así, cuando las tropas beocias a finales del 470 a.C. llegaron al Peloponeso dirigidas por Epaminondas, fueron conminadas a avanzar directamente sobre Lacedemonia por parte de los aliados. Renuentes al principio, por temor a las guarniciones espartanas que vigilarían los pasos fronterizos, todas las reservas de los beocios desaparecieron cuando comparecieron ante él miembros destacados de estas comunidades periecas fronterizas ofreciéndose como guías y le manifestaron que muchas de ellas estaban dispuestas a hacer defección (Seager, 1974: 56). Así, en el invierno del 370 a.C. Epaminondas a la cabeza de un poderoso ejército de unos cincuenta mil hombres (D.S. 15.62.5) penetró en Laconia por cuatro puntos de la frontera. Entre ellos estaban los argivos, que marcharon a través de la Tireátide para reunirse en Carias, una ciudad perieca que puede que ya hubiera hecho defección (Cartledge, 2002: 254), con beocios y arcadios. De allí prosiguieron hasta Selasia, donde se les unirían los eleos. El ejército aliado descendió por el valle del Eurotas para estupor de los ciudadanos espartiatas, quienes nunca antes en la historia de su ciudad habían visto un ejército enemigo saqueando y devastando su territorio; sin embargo, no atacaron la ciudad, limitándose a saquear Amiclas, y la rica llanura de Helos. (X. HG.6.5.25-32; D.S. 15.63-64; Fornis, 2016: 265). Hecho esto, Epaminondas con el ejército atravesó las estribaciones del Taigeto a Mesenia, en apoyo de la población hilota esclavizada que se alzó en masa, asestando el que sin duda era el mayor golpe que podía recibir Esparta, ya que fundó en las laderas

<sup>41</sup> Sobre los efectos que tal pérdida de hombres tuvo para Esparta, puede verse Hornblower (1985): 277-280.

<sup>42</sup> No deja de ser llamativo que Jenofonte no aluda a la configuración de esta alianza entre eleos, arcadios, argivos y beocios.

del monte Ítome la ciudad de Mesenia, creando un nuevo un estado al que acudieron mesenios de todo el mundo griego en busca de ciudadanía y tierras (D.S. 15.66.1)<sup>43</sup>. Esparta se vio privada de un tercio de su territorio y de los recursos producidos por el mismo, de tal suerte que muchos espartiatas, especialmente aquellos que no tuvieran tierras en Laconia, perderían su estatus pleno de ciudadanos al no poder contribuir a los banquetes comunes, incrementando, por tanto, la conflictividad social en el seno de Esparta, entre los ὄμοιοι y otros grupos degradados (Hornblower, 195: 284; Fornis, 2016: 266-269). Por otra parte, para fortalecer la liga arcadia, a la par que para proteger la frontera norte de Mesenia, fundó en el 370 a.C. (Paus. 8.27.8) o 368 a.C. (D.S. 15.72.4) la ciudad de Megalópolis en el valle del Alfeo con arcadios procedentes de diversas aldeas de la región, incluidas comunidades periecas de Laconia, con lo que Esparta quedaba arrinconada en el sur del Peloponeso (Fornis, 2016: 268).

En cierta forma, con ocasión de esta invasión masiva de los tebanos y sus aliados peloponesios, entre los que obviamente marchaban los argivos, podemos afirmar que estos últimos se tomaron su particular venganza por las numerosas ocasiones en las que su territorio había sido invadido por los espartanos; hasta es posible que recuperasen durante un breve periodo de tiempo la llanura de Cinuria, si bien debió volver pronto a manos lacedemonias (Fornis y Domínguez, 2014: 98; Fornis, 2016: 279 n.701). A pesar de esta victoria sobre su eterna rival, parece que los argivos ya no tenían la fuerza suficiente como para aspirar a la hegemonía del Peloponeso. En este sentido, cabe recordar que Argos era uno de los estados que se había visto fuertemente sacudido por la *stasis* en ese mismo año del 370 a.C.; hasta el punto de que unos mil doscientos prominentes ciudadanos habían sido apaleados hasta morir a manos del pueblo en lo que se conoce como el σκυταλισμός, “el apaleamiento”, en el transcurso de un movimiento revolucionario democrático de índole radical, donde perecieron incluso los propios demagogos que habían incitado al demos a tal grado de radicalidad, al considerarse este traicionado por aquellos cuando trataron de frenar las matanzas (D.S. 15.57.2-58.1-4; Hornblower, 1985: 194). Sin duda, estos acontecimientos habrían debilitado el cuerpo cívico y afectado al plano militar y político. Además, nuevos actores habían hecho su aparición en el Peloponeso, por un lado, la propia Mesenia, liberada definitivamente de Esparta; por otro, la fundación de Megalópolis, había reforzado el sentido identitario del estado federal arcadio, y dado alas a su aspiración hegemónica. La propia Esparta, aun mermada por la pérdida de Mesenia, todavía tenía aliados y capacidad para defenderse; y no hay olvidar al poder tebano, que estaba presto a inmiscuirse en los asuntos peloponesios durante la década de los 60. Así pues, las circunstancias históricas no se mostraban favorables para que Argos pudiera aspirar con esperanzas de éxito a la hegemonía de un Peloponeso fragmentado en estados de fuerzas parejas y tutelado por el poder tebano. De hecho, en los años siguientes, encontraremos a las fuerzas argivas siempre acompañando a los arcadios en sus expediciones, hasta el punto de que estos tuvieron que acudir al rescate de las fuerzas argivas que habían quedado bloqueadas por tropas mercenarias peloponesias cuando intentaron un ataque en solitario a Epidauro (X *HG.* 7.1.25). Lo que demuestra, por un lado, que Argos tenía en mente el control estratégico de localidades próximas y, por otro, que no tenía la capacidad militar suficiente para lograr estos objetivos, y precisaba del apoyo fuerzas aliadas, como los arcadios, con los que actúan en conjunto. Esto puede verse también en otra acción del 368 a.C., donde el rey espartano Arquídamo III derrotó a una fuerza conjunta de arcadios y argivos, causándoles gran cantidad de bajas sin sufrir los lacedemonios en esta ocasión ninguna, de ahí que fuera

---

<sup>43</sup> Hecho penoso para los espartanos, que también es silenciado por Jenofonte debido a su exceso de celo filolaconio (Fornis, 2016: 265).

conocida como “la batalla sin Lágrimas” (X. *HG.* 7.1.28-32; Fornis, 2016: 269). De la misma forma sucede durante los diversos ataques argivos a su vecina Fliunte, donde estos son mencionados con sus aliados arcadios (X. *HG.* 7.2.4-10), por lo que de nuevo podemos afirmar que estamos ante una muestra de esa debilidad argiva, a la que ni siquiera le es posible imponerse sobre localidades próximas de menor entidad, con lo que difícilmente puede aspirar a la hegemonía de toda la península. Sin embargo, resulta reseñable la lealtad mostrada a su aliada tebana durante toda esta década del 360 a.C., de tal suerte que, a pesar de las lealtades cambiantes de otros estados y la crisis del estado arcadio<sup>44</sup>, en la que algunos estados fueron abandonando a los beocios, los argivos combatieron al lado de estos en la batalla de Mantinea en el 362 a.C., donde la muerte de Epaminondas, no permitió explotar la victoria de los mismos; con lo que el Peloponeso se sumió en unos años de inestabilidad, sin que ningún estado tuviera la capacidad suficiente para imponer su hegemonía sobre el resto. Esparta se negará a firmar ningún de acuerdo de los diversos intentos de paz general que se intentaron establecer, dado que ello implicaría el reconocimiento oficial del estado mesenio. Argos tampoco jugará un papel destacado en el nuevo tablero internacional griego, cuyo centro se había desplazado a la Macedonia de Filipo II y será precisamente la intervención de este rey en el Peloponeso tras su victoria en Queronea la que permitirá que, merced a la reordenación territorial impulsada por este monarca, Argos pueda recuperar el territorio de la Tireátide y la Cinuria, que serán segregados de Laconia (Plb. 9.28.7; Paus. 2.38.5; (Fornis y Domínguez, 2014: 98); algo por lo que había mantenido una agria y larga enemistad con los lacedemonios desde que lo perdiera a mediados del siglo VI a.C. tras la batalla de Campeones. Se cerraba de esta forma el círculo de un enfrentamiento secular.

## 9. CONCLUSIONES

Una vez analizadas las diferentes ocasiones en que Argos y Esparta se enfrentaron en el campo de batalla a lo largo de la época clásica, es llegado el momento de extraer una serie de conclusiones a partir de dicho análisis. Así, la primera y obvia conclusión que podemos señalar es que, en efecto, existió una rivalidad continuada y persistente a lo largo de ese periodo histórico, que les llevó a estar en un estado de guerra, salvo algunos periodos de tregua. Así, hemos visto que dicha rivalidad se materializó en una serie de enfrentamientos armados en el campo de batalla que tenemos atestiguados históricamente. Estos son la batalla de Campeones ca.546 a.C., la batalla de Sepea ca.494 a.C., las batallas de Tegea ca.470 a.C. y Tanagra 457 a.C., la batalla de Mantinea en 418 a.C, las batallas de Nemea y Coronea en el 394 a.C., estos combates campales en el contexto más amplio de la Guerra de Corinto entre el 395-386 a.C., en la cual además hubo dos incursiones lacedemonias en territorio argivo en el 391 a.C. y el 388 a.C.; y finalmente, la batalla de Leuctra, en la cual, si bien no se enfrentaron directamente, la derrota espartana a manos de los beocios abrió el camino para la invasión de Laconia del 370 a.C.; cerrando el periodo con la batalla de Mantinea en el 362 a.C. Así pues, desde el punto de vista de la evolución diacrónica observamos que espartanos y argivos midieron las fuerzas en el campo de batalla aproximadamente cada treinta años de media, por lo

---

<sup>44</sup> En el 366 a.C. la leal Corinto había recibido permiso de los lacedemonios para firmar por separado la paz con Tebas, a la que le siguieron otros aliados (X. *HG.* 7.4.6-11), lo que había supuesto la paulatina desaparición de la Liga del Peloponeso (Fornis, 2016: 270); si bien recuperaron la amistad de los eleos, en disputa con los arcadios por la Trifilia; y en el 363 a.C. la de los mantineos, al entrar en crisis la liga arcadia por las disputas entre oligarcas y demócratas y aflorar además las viejas tensiones entre Tegea y Mantinea (Cf. X. *HG.* 7.4.19 y 5.3; Hornblower, 1985: 288-289, 296-297; Fornis, 2016: 270).

que podemos afirmar que no hubo una generación en ambos estados que no combatieran entre sí. Sin duda, esto tendría su repercusión en el plano psicológico, dado que la animadversión y el enconamiento irían en aumento entre la población de dichos estados, que verían al otro como un enemigo natural más allá de las circunstancias históricas de cada momento. Es más, a tenor del resultado adverso que siempre cosecharon las armas argivas frente a las lacedemonias en tales batallas, dado que en todas fueron derrotadas, el resentimiento hacia su rival se acrecentaría en Argos, de tal manera que el deseo de revancha se cronificaría. Así pues, esta simple enumeración de batallas hace claramente patente que existió una rivalidad continuada entre estos estados peloponesios.

Otro argumento que refuerza la realidad de esta situación permanente de enfrentamiento entre ellos, podemos verlo en el plano diplomático. En efecto, durante este periodo solo tenemos constancia de tres tratados de paz entre ambos estados. El primero de ellos se firmó en el 451 a.C. por treinta años, poniendo fin al enfrentamiento entre estos estados en el marco de lo que se conoce como la Primera Guerra del Peloponeso. Este tratado no fue renovado a su finalización, pues Argos esperaba sacar ventaja de la situación de debilidad en que había quedado Esparta tras la llamada fase Arquidámica de la Guerra del Peloponeso. Y solo, tras la derrota de Argos en Mantinea en el 418 a.C., se aceptó un segundo tratado de paz ofrecido por Esparta en el 417 a.C. por cincuenta años y ante la amenaza de un ataque masivo. Este tratado apenas duró unos meses de dicho año, el tiempo en que Argos, tras sufrir un golpe de estado por parte de los elementos más aristocráticos del estado en connivencia con los lacedemonios, fue gobernada por un régimen oligárquico prolaconio. Sin embargo, una vez reinstaurada la democracia mediante un movimiento contrarrevolucionario, Argos, al aliarse con Atenas en el 417 a.C. denunciaba de facto el anterior tratado con Esparta, de suerte que volvía a instalarse entre ellos una situación de guerra. Sin embargo, en la medida en que no tuviera lugar una invasión del territorio por parte de tales estados, no se daba lo que se conoce como una situación de φανερός πόλεμος, esto es, de guerra abierta. Así dicha invasión tuvo lugar por parte espartana para frenar la construcción de los Largos Muros en el 416 a.C.; si bien fracasó en su intento de tomar Argos, limitándose a una acción de represalia con la matanza de toda la población de la localidad argiva de Hisias, en un claro mensaje intimidatorio. De igual manera, Argos llevaba a cabo pequeñas razzias en territorio laconio; de hecho, como hemos visto fue en una de estas incursiones de los argivos en compañía de los atenienses lo que llevó a la ruptura formal del tratado de la Paz de Nicias entre Atenas y Esparta del 421 a.C. Así pues, en lo que a Esparta y Argos se refiere, en la medida en que no hay un tratado de paz formal entre estos estados, puede decirse que la situación entre ambas era desde el 417 a.C. un estado de guerra, si bien, una vez finalizada la Guerra del Peloponeso, sin beligerancia activa entre ellas, debido a la falta de capacidad por parte de Argos para retar a una Esparta victoriosa y cabeza hegemónica de la Hélade; mientras que para esta última el estado argivo en esas condiciones no le suponía amenaza alguna en su principal zona de influencia, en el Peloponeso, máxime cuando había afirmado su preponderancia castigando a sus propios aliados más desafectos como los eleos; un claro mensaje a todos sus aliados de la Liga del Peloponeso, y con más motivo a sus enemigos. Esta situación de guerra entre ambos estados desembocó en un φανερός πόλεμος en el 395 a.C. con la incorporación de Argos a la coalición antiespartana que se conformó en ese momento, iniciándose la que se conoce como Guerra de Corinto. A esta se pondría fin desde un punto de vista formal con el tratado de paz general del 386 a.C., esto es, la conocida como Paz del Rey o Paz de Antáclidas, suscrito por todos los estados griegos independientemente de que hubieran sido contendientes o no. Entre ellos, obviamente se encontraban los argivos. Así pues, desde el punto de vista

diplomático queda también acreditada esta rivalidad permanente entre Argos y Esparta, de suerte que a lo largo de los ciento sesenta años que median entre el 546 a.C. y el 386 a. C. solo se concertaron tres tratados de paz, en el 451 a.C., el 417 a.C. y el 386 a.C., y el segundo apenas fue efectivo unos meses. De ello, se puede afirmar que en todo ese tiempo, salvo el interludio de treinta años de la paz del 451 a.C., la cual, dicho sea de paso, fue escrupulosamente respetada por ambos contendientes, la situación natural entre ellos fue el estado de guerra. Esto, por otra parte, se ve reforzado por el hecho de que estos estados jamás fueron aliados y colaboraron entre ellos, si descontamos el breve periodo de tiempo en que fue Argos gobernada por una oligarquía prolaconia en el 417 a.C. Sin duda, esto se debió al interés por parte de Esparta de asegurar su retaguardia en el Peloponeso en su contienda con Atenas en esta época, de ahí que o bien buscarse al menos la neutralidad de Argos o, de ser posible, su alineamiento en la órbita espartana, hasta el punto de intervenir en la política interna para lograr su alianza entre el 420 y el 417 a.C. Si bien, fracasó en ambos objetivos, ya que no solo no logró que permaneciera neutral, sino que incluso acabó aliándose con su rival ateniense. Cosa que no es de extrañar habida cuenta del resentimiento acumulado en Argos hacia los espartanos, al que ya hemos aludido anteriormente.

Una vez comprobado que existió esta rivalidad a lo largo del tiempo, debemos tratar de determinar cuál fue o cuáles fueron las causas que lo provocaron. En este sentido, si aplicásemos un análisis tucidídeo, podríamos establecer una distinción entre las αἰτίαι, causas aparentes o motivos circunstanciales, y la ἀληθέστατη πρόφασις, la causa más profunda, subyacente al conflicto. Así, entre las primeras resulta evidente que se puede determinar como origen del conflicto una disputa territorial por una región fronteriza, la región de la Tireátide, en la Cinuria; la cual poseía un alto valor estratégico, pues, aun estando geográficamente más próxima a la Argólide y mejor comunicada con esta región de Peloponeso, su control, precisamente, prevenía para Lacedemonia posibles ataques procedentes desde esta zona, a la par que les facilitaba a los lacedemonios lanzar incursiones sobre la Argólide desde la misma, con lo que esta queda expuesta a dichos ataques. Este tipo de conflictos territoriales eran frecuentes entre los estados de la época arcaica, cuando muchas de estas πόλεις estaban en procesos de consolidación y expansión; y en ocasiones este tipo de conflictos se enquistaban o derivaban en confrontaciones de mayor alcance. En este sentido, Esparta y Argos no puede decirse que fueran una excepción. Así el lance inicial tuvo lugar en el 546 a.C., cuando los lacedemonios, tras establecer alianzas con eleos y arcadios que preservasen sus fronteras noroccidental y septentrional, pusieron la vista en esa región con cuya anexión sellar su frontera nororiental. Derrotados los argivos, Esparta logró su objetivo de asegurar sus límites, pero abriendo la puerta a un largo conflicto con su vecina, que no renunciaría nunca a la recuperación de este territorio. Además, consolidó sus alianzas en el Peloponeso, ampliándolas a otros estados como Corinto, puerta de entrada y salida de la península a través de su istmo y un rico estado comercial y de orientación marítima, Mégara, Epidauró, Trezén, Egina; de tal manera que se configuró lo que se ha conocido como Liga del Peloponeso, merced a la cual Esparta se erigió como cabeza hegemónica de dicha península, a la par que conseguía dejar aislada a su rival en la esquina nororiental peninsular. Por lo demás, la prueba de que inicialmente fue un mero conflicto local y que luego se expandió derivando en enfrentamientos de mayor alcance se puede ver en el hecho de que en los primeros encuentros, esto es, la batalla de Campeones y la de Sepea, combaten en solitario los dos estados en lid; mientras que en las siguientes duelos estos ya no lo harán en solitario, sino en compañía de otros estados aliados, y lo que es más significativo, si cabe, entre los aliados que combaten al lado de Argos en tales conflagraciones se encuentran antiguos miembros de la Liga del

Peloponeso, de la que se han secesionado para enfrentarse con su antiguo *hegemón*; como los arcadios en la batalla de Tegea (ca. 470 a.C.), o los arcadios mantineos y eleos en la de Mantinea (418 a.C.), o los corintios y beocios durante la guerra de Corinto (395-386 a.C.); a los que debemos añadir sus alianzas con la otra potencia hegemónica en la Hélade y rival tradicional de Esparta, Atenas, en las batallas de Tanagra (457 a.C.) y la ya citada de Mantinea, o la propia guerra corintia. Así pues, todo ello nos lleva a la conclusión de que lo realmente estaba en juego no era una mera disputa territorial por una región fronteriza, sino algo mucho más importante. Nos referimos a la propia hegemonía del Peloponeso; lo que vendría a ser, por tanto, la ἀληθέστατη πρόφασις de este largo conflicto, si empleamos la propia terminología tucidídea.

Una lucha por la hegemonía del Peloponeso que contaba con sus antecedentes tanto en el plano mítico como en el histórico; los cuales servían a ambas ciudades como justificación y legitimación de sus aspiraciones. Así, en el plano mítico, se apoyaban en la tradición en torno al reparto del Peloponeso entre los tres hermanos Heráclidas que se apoderaron de este en compañía de los dorios tras la guerra de Troya, de tal suerte que a Témeno le correspondió el tercio oriental (Argólide), a Eurístenes y Procles (los hijos gemelos de su hermano Aristodemo), el central (Laconia) y a Cresfonte el occidental (Mesenia). De ahí que, en el imaginario mítico, una vez absorbida Mesenia por los espartanos, estos se consideraran legitimados para reclamar la soberanía sobre todo el Peloponeso, pues harían remontar su diarquía hasta tales personajes; y lo propio consideraban los argivos en tanto que su realeza se tenía por descendiente de Témeno; y los Teménidas en Argos, aunque en época clásica solo desempeñaran funciones religiosas, es probable que gozaran de cierto prestigio, al menos como soporte y fundamento de tales pretensiones hegemónicas. Así pues, no podemos desdeñar el papel que el mito pudo jugar en aras a la reclamación de la hegemonía por ambos estados, ni descartar que el mismo seguramente fuera objeto de manipulación tanto por unos como por otros con vistas a servir a sus intereses. Pero en un ámbito más propiamente histórico también perduraba entre los argivos el recuerdo de un pasado glorioso, en el que habían puesto freno a la expansión lacedemonia por la península al causarles una estrepitosa derrota en la batalla de Hisias en el 669 a.C. y ellos mismos habían sido la potencia hegemónica al extender su influencia por todo el norte del Peloponeso hasta Olimpia en Élide. Sin duda, el recuerdo de esta época gloriosa, que tradicionalmente se ponía en relación con la figura del tirano Fidón, pesaría en la sociedad argiva de época clásica como una muestra de que no estaban ocupando la posición dominante que por historia y poder les correspondería entre los estados del Peloponeso; y con toda probabilidad actuaría como acicate para disputar tal posición a los lacedemonios.

Por todo lo anteriormente expuesto, esto nos lleva a concluir que el poder y la capacidad tanto política, económica y militar de Argos seguramente fue mayor de lo que a simple vista podríamos pensar siguiendo las fuentes clásicas, que suelen aportar una visión atenocéntrica de los hechos. No en vano a mediados del s. VI a.C. el estado argivo estaba integrado por la propia ciudad de Argos y una serie de núcleos dispersos por la Argólide a modo de comunidades periecas, que mantenían algún tipo de dependencia respecto a aquella, al igual que las propias localidades periecas de Lacedemonia respecto a Esparta; si bien es posible que en el caso de Argos estas no estuvieran tan integradas y mantuvieran una mayor autonomía. Además, el estado argivo también contaba con grupos de población dependiente con un estatus similar al de los hilotas mesenios, denominados γυμνήτης. Así, prueba de que los lacedemonios vieron una posible rival para su dominio del Peloponeso fue que entre los objetivos de las alianzas que tejieron en el s. VI a.C. con otros estados de la península uno de ellos era aislar política y diplomáticamente

a Argos, que se vio rodeada de aliados de los lacedemonios, como Tegea, Corinto, Mégara, Epidauro, Egina; además, al arrebatarle el control de la Cinuria, le privó de un área de expansión natural para el estado argivo. De esta forma, minimizó que pudiera seguir fortaleciéndose. El siguiente paso en aras a limitar su crecimiento implicó la intervención directa sobre el mismo con la invasión del 494 a.C. dirigida por Cléomenes, que logró aniquilar buena parte del cuerpo cívico y privarle de algunas de esas comunidades periecas, que se emanciparon de Argos y se integraron en la alianza lacedemonia; con lo que provocó una enorme crisis social y política en Argos, que la dejó neutralizada durante las siguientes décadas, hasta el punto de alegar esa debilidad como un argumento para no sumarse a la liga helénica contra el persa y permanecer en un aparente estado de neutralidad. Los esfuerzos de esas décadas, en especial la del 470 y 460 a.C., Argos los dedicó a reconstruir el estado tanto en lo que al cuerpo cívico se refiere, con una ampliación de la ciudadanía a otros sectores de la población, de tal suerte que acabaría por desarrollar un régimen democrático; como en lo que a la recuperación de los territorios emancipados en la Argólida respecta. Otra prueba de la fortaleza del estado argivo en época clásica la podemos encontrar en el hecho de que las comunidades integradas en la liga del Peloponeso la vieron como un contrapeso del poder lacedemonio en el mismo, de tal suerte que en momentos de desafección hacia su *hegemón* buscaron la alianza de Argos para hacer frente a las represalias de esta, tal como ya hemos apuntado anteriormente. De hecho, incluso algunos de estos aliados de la liga peloponesia molestos con los espartanos, como los corintios en el 421 a.C. supieron explotar las ansias hegemónicas de los argivos para incitarlos a crear una nueva liga peloponesia en torno Argos; manipulando hábilmente tales sentimientos, pues, a la hora de la verdad, se mantuvieron al margen, dado que su objetivo real era impulsar a los espartanos a renovar la guerra con Atenas. Aún así, los argivos lograron la alianza de los eleos y los mantineos, pero fracasaron a la hora de atraerse a los tegeatas o beocios, lo que restó fortaleza a tal coalición; y junto con los atenienses fueron derrotados todos ellos en la batalla de Mantinea del 418 a.C. A pesar del fracaso, pusieron en un aprieto a los lacedemonios que tuvieron que jugarse el todo por el todo en un solo lance, que, de haber sido otro el resultado, podría haber acabado con el dominio espartano. Esta fortaleza de Argos también se vio en el 395 a.C. durante la guerra de Corinto. A pesar de que Esparta gozaba de una posición de hegemónica en la Hélade, esta se vio retada por beocios y atenienses, que derrotaron al ejército lacedemonio en Haliarto. Los argivos y los corintios se sumaron a esta coalición antiespartana. Y la aportación argiva no fue desdeñable; de hecho, colaboraron con los beocios en Grecia central con un contingente de mil hoplitas, que quedó de guarnición en Heraclea de Traquis, en una región alejada de su esfera de influencia natural. Además, tomaron parte activa en sendas batallas de Nemea y Coronea; y, lo que es más importante, buscó fortalecerse aún más aprovechando la *stásis* que azotaba Corinto, sobre la que ejerció una influencia creciente sobre su vecino, hasta el punto de que, según se deduce de los testimonios que hemos analizado, es posible que albergara planes de algún tipo de anexión sobre el mismo; y que se vieron frustrados tras sendas incursiones lacedemonias en el 391 y 388 a.C. y la aceptación de los términos de la Paz del Rey, y en esta última ocasión tras la amenaza de una nueva invasión masiva espartana, caso de no acatarlos. Así pues, vemos que Argos, desde el final de las Guerras Médicas hasta bien entrado el s. IV a.C., no fue un estado menor, sino que tuvo cierta entidad en el Peloponeso y no fue un actor tan secundario en el contexto histórico griego. Asimismo, resulta también llamativo que, tras el desastre de Sepea, ya no se enfrentara en solitario contra los espartanos, sino que siempre lo hiciera en coalición con otros estados y aprovechando los momentos de especial debilidad por los que pasaron los lacedemonios, explotando el malestar entre los aliados de esta (en el 470 a.C., 421 a.C. y 395 a.C.) o los

momentos delicados que siguieron al terremoto del 465 a.C. con la subsecuente revuelta hilita y la ruptura con Atenas.

Precisamente este juego de alianzas y contraalianzas a lo largo del tiempo se puede considerar una consecuencia de esa tensión permanente entre los dos estados; por ello, dicha rivalidad repercutió en las relaciones interestatales, no solo a nivel del Peloponeso, sino a nivel más amplio de toda la Hélade. Pues en este juego de alianzas Argos se asoció con los enemigos de Esparta en cada momento. Incluso en las guerras médicas es posible que, detrás de la neutralidad, existiera algún tipo de acuerdo o pacto con los persas, de suerte que, si no llegó a medizar de forma abierta, se debió a las victorias de la liga helena en Salamina y Platea, que alejaron definitivamente al persa de la Grecia Continental. De hecho, la renuencia lacedemonia a combatir fuera del Istmo es posible que respondiera a esta potencial amenaza. Pero si hay un enfrentamiento que marca el devenir de la historia de Hélade durante la época clásica este es el que se dio entre Esparta y Atenas. Así, los argivos pactaron tratados de *symmachía* con esta última en tres ocasiones, con lo que Argos, en su enfrentamiento particular contra Esparta por la hegemonía peloponesia, acabó involucrándose en un conflicto mayor. Esto sucedió en el 462 a.C., en lo que se conoce como primera guerra del Peloponeso; si bien constató que los atenienses, que tenían puestas sus miras en otras regiones de Grecia, podían aportarles poco apoyo contra los espartanos más allá de alguna razzia de su flota sobre el Peloponeso; de la misma manera que el control del Istmo por Corinto y Mégara dificultaba el envío de tropas a los atenienses, y aún a pesar de tales dificultades fueron capaces de enviar un refuerzo a los atenienses en Tanagra. Esta alianza se disolvió de facto en el momento en que Argos firmó una paz por treinta años en el 451 a.C. La segunda ocasión que se coaligaron fue con ocasión de la configuración de lo que se conoció como Cuádruple alianza en el 419 a.C., en el contexto de la Guerra de Peloponeso, y que acabó con el desastre de Mantinea al año siguiente. Tras el breve periodo de gobierno oligárquico, dicha alianza con Atenas se renovó; sin embargo, con unos efectos más limitados. Y, por último, la tercera ocasión fue durante la Guerra de Corinto. Así pues, Argos durante todo este periodo no se mantuvo al margen de la situación internacional, sino que más bien aprovechó la misma para tratar de desbancar a su rival en el Peloponeso, buscando la forma de causarle el mayor daño posible. Y, precisamente, la mejor ocasión para ello se le presentó en el 370 a.C., cuando los tebanos, tras la contundente victoria el año anterior sobre un ejército lacedemonio en Haliarto, fueron llamados en socorro de los estados rebeldes de la liga del Peloponeso, Élida y Arcadia, a los que se había unido, como no podía ser de otra manera, Argos. Así, esa gran coalición invadió y saqueó por primera vez en la historia de Esparta el solar laconio. Sin embargo, las condiciones históricas en el Peloponeso en ese momento habían cambiado y este quedó fragmentado en una serie de estados de fuerzas parejas, con lo que ya no puede decirse que hubiera un estado dominante en el mismo, por lo que Argos fue uno más. Y todo lo más que logró fue recuperar la tan ansiada Cinuria, pero no merced a sus propias armas, sino a la concesión graciosa por parte de Filipo II de Macedonia en su reordenación del Peloponeso tras la batalla de Queronea.

Ahora cabe preguntarse si toda esta actividad diplomática, militar y política desplegada por Argos fue coronada por el éxito, esto es, si realmente Esparta llegó a ver amenazada su papel preponderante en el Peloponeso durante este periodo. Ciertamente, si nos atenemos a devenir histórico todas estas tentativas por parte argiva acabaron en fracaso. El principal motivo fue que, aún valiéndose de las ocasiones de desafección de los aliados de los lacedemonios con vistas a construir una alianza alternativa, Esparta supo asegurar la lealtad de al menos una parte de esos aliados, de tal suerte que nunca desertaron en bloque para cambiar de

*hegemón*. Ciertamente, la base del poder espartano residía, por un lado, en la fuerza de trabajo hilota, principalmente mesenios, su principal fuente de riqueza económica; de tal manera que liberaba a los espartiatas de cualquier otra actividad que no fuera el ejercicio de las armas con vistas a prevenir posibles revueltas de los hilotas; por otro lado, en la red de alianzas que había establecido con otros estados del Peloponeso, que les proporcionaban tropas auxiliares para en las diversas campañas que emprendieran. Fuera de esta obligación militar, los espartanos dejaban bastante autonomía en el ordenamiento interno de estos estados; si bien tenían preferencia por regímenes oligárquicos y eran bastante recelosos en lo que a posibles sinecesismos, federaciones o entidades más amplias en el seno de tales comunidades se refiere. Así, por ejemplo, entre los arcadios siempre alentaron la rivalidad entre Mantinea y Tegea, de suerte que en todo momento contó con la lealtad de uno u otro estado, pues jamás se unieron en un bloque único con los argivos hasta bien entrado el s. IV a.C. Otro estado con cuya lealtad siempre contó fue con Corinto, de vital importancia en cuanto puerta de entrada o salida del Peloponeso. Incluso cuando él mismo fue el promotor inicial de una alianza alternativa en torno a Argos en el 421 a.C., a la hora de la verdad, es decir, llegado el momento que esta liga argiva iba a enfrentarse con los lacedemonios, aquella envió sus tropas en ayuda de estos últimos y se mantuvo fiel. Es más, durante la propia Guerra de Corinto, en la que sí se enfrentó con su antiguo *hegemón*, la existencia de una fuerte facción prolaconia en el seno de la sociedad corintia fue lo que desató la *stásis* que la sacudió. Así pues, Argos, a pesar de todos sus intentos, nunca consiguió aglutinar en torno a sí un bloque lo suficientemente sólido y amplio, que abarcara a todos los primitivos aliados de los lacedemonios; por lo que estos no vieron peligrar realmente su posición hegemónica en el Peloponeso y contó con el apoyo de buena parte de los aliados en la región. De hecho, supo ser cauta en relación con aquellos estados que le habían sido desleales, pues no tomó represalias en el momento, sino que aguardó la ocasión en que no tenía otros frentes abiertos, como sucedió con los eleos en las campañas del 402 y 401 a.C.; manteniendo así un férreo control sobre sus aliados. Y es posible que Argos también se comportara de forma ingenua considerando que podría atraerse a todos los antiguos aliados de aquella, tal como sucedió tras la Paz de Nicias.

Por otra parte, todo el empeño y esfuerzos puestos en los diversos intentos tuvieron para Argos un importante coste y desgaste, que afectó seriamente a su ordenamiento sociopolítico. Esto nos lleva a considerar las consecuencias que esta confrontación recurrente dejó a nivel interno especialmente en el estado argivo. Así pues, si hacemos un recorrido por las diversas batallas fijándonos en los sucesos acaecidos tras las mismas, podemos afirmar que tras esa primera batalla denominada de los Campeones, aparentemente, más allá de la pérdida territorial o la privación de posibles áreas de expansión, no hay noticias de que tuviera serias repercusiones en el cuerpo cívico. Es más, debido al deseo de venganza y de recuperar dichos territorios es probable que contribuyera a cohesionar el cuerpo cívico argivo, y como un reflejo de esto mismo cabría interpretar la tradición relativa al corte de los cabellos, de la que se hace eco Heródoto. Más graves fueron las consecuencias tras la derrota en Sepea, donde pereció una parte considerable de sus ciudadanos en edad militar, que obligó a incorporar como miembros de pleno derecho a individuos que hasta el momento habrían estado entre los sectores dependientes de la población, bien se tratara de esclavos adscritos a la tierra o procedentes de comunidades periecas; sea como fuere, que se tratara de antiguos sectores de la población de rango inferior es lo que habría llevado a Heródoto, o a sus informantes más bien, a considerar que se abrió un periodo del gobierno de los esclavos, sobre el que ya hemos hablado en su momento. Lo cierto es que implicó una apertura de la base cívica, que con el tiempo es posible que facilitase una deriva constitucional

hacia un régimen de naturaleza democrática, tal como ya parece estar establecido hacia mediados de la década del 470 a.C. Régimen que no estaría lo suficientemente asentado como para sobrevivir a una derrota contundente en el campo de batalla como la que debió tener lugar en Tegea ca.470 a.C., que facilitaría la llegada al poder de los oligarcas, provocando la huida de un Temístocles, que en su exilio argivo había promovido las democracias antilaconias en el Peloponeso, pues temería por su propia seguridad. No obstante, este régimen oligárquico no debió perdurar, dado que, como hemos visto, hacia el 466 a.C. la democracia volvía a estar restablecida en Argos, y ya no se tiene noticia de ninguna alteración constitucional hasta el 417 a.C., cuando a consecuencia de una contundente derrota, en este caso en Mantinea el año anterior, los oligarcas dieron un golpe de mano, respaldados asimismo por los espartanos, e instauraron en régimen oligárquico; si bien de corta duración, merced a una contrarrevolución democrática pocos meses después. Ciertamente, Argos ya gozaba de una larga tradición democrática como para que pudiera llegar a asentarse una constitución oligárquica. No obstante, el reto al poder espartano en esta ocasión derivó en una *stásis* a nivel interno, la cual tardaría en desaparecer, dado que, en los años siguientes, siempre existió el temor por parte de los demócratas argivos de un nuevo golpe oligárquico que entregara Argos a los lacedemonios, de ahí que la alianza con Atenas buscara reforzar su posición. Por tanto, a finales del s. V a.C. podemos adscribir a Argos dentro del esquema que se propagó por la Hélade que tendía a relacionar democracia con Atenas y oligarquía con Esparta. La intervención de estos poderes tendió a agravar y polarizar las tensiones que previamente ya existirían en Argos entre los sectores aristocráticos de la población, más proclives a la oligarquía y prestos a colaborar con los espartanos, y la masa democrática del pueblo; de tal forma que la derrota ante los lacedemonios allanó el camino a la oligarquía y a la postre a la *stásis*. Reestablecida la democracia esta se mantuvo sin que tengamos noticia de graves alteraciones hasta el 370 a.C. De hecho, durante la Guerra de Corinto esta estaba tan bien asentada en Argos que incluso se ha especulado que su unión con Corinto del 392 a.C. también implicó un cambio de régimen en esta última de naturaleza democrática; si bien, ya hemos apuntado que las fuentes, en especial Jenofonte, no dice nada al respecto, algo de lo que a buen seguro a tenor de su orientación oligárquica no habría dejado de notar. Por lo demás, no podemos afirmar con rotundidad que, tras la Paz del Rey, que puso fin a sus aspiraciones de expandirse a costa de Corinto, se exacerbaran las tensiones sociales en tal situación, a diferencia de los casos anteriores. Sin embargo, estas de algún modo seguirían latentes y explotarían abiertamente en forma de revolución democrática radical con la matanza del 370 a. C. de prominentes ciudadanos en el conocido como *σκυταλισμός* señalado por Diodoro Sículo. Así pues, conforme a todo lo anteriormente expuesto, podemos afirmar que el coste para la sociedad argiva de este enfrentamiento continuado que mantuvo con Esparta fue bastante alto en lo que a estabilidad constitucional y social se refiere; mientras que esta última, al resultar victoriosa de tales envites, no experimentó ninguna alteración al respecto relacionada con esta disputa.

Por último, esta confrontación permanente entre Argos y Esparta por la hegemonía del Peloponeso también va a dejar secuelas en el plano propagandístico, dado que va a dar lugar a tradiciones divergentes en cada uno de esos estados, sobre todo acerca de los sucesos más tempranos en torno a esta disputa. Tradiciones en general de origen de oral, pero que serán recogidas y transmitidas por los autores clásicos, el principal de estos Heródoto; pero también es probable que otras fueran obviadas por este y llegarán por otra vía a autores más tardíos, como Pausanias o Plutarco que son quienes nos las han transmitido. Así, entre esta tradiciones surgidas al calor de esta confrontación, la más antigua de ellas, la batalla de

Campeones, ya habría llegado hasta Heródoto extremadamente mitificada y adornada con elementos propios de la cultura popular, como la contienda entre tropas seleccionadas, con un resultado que se prestaba a una dudosa interpretación, ¿quién es el vencedor? ¿el que presenta el mayor número de supervivientes como sería lo propio de un estado democrático o el que permanece en el campo de batalla? Es probable que tuviera su origen en Argos como una forma de reivindicar como una victoria moral lo que, sin duda, debió ser una derrota, a la par que dejaba en evidencia la arteria lacedemonia. También en torno a la batalla de Sepea surgirían tradiciones tanto entre los argivos como los espartanos, en las que los primeros pondrían en énfasis en la brutalidad e impiedad del rey Cleómenes, mientras que los segundos lo harían en la obediencia al mandato divino, dado que fueron los auspicios desfavorables los que le llevaron a no atacar la ciudad. Sin embargo, con el tiempo en Argos se iría forjando una tradición que atribuía la supervivencia de la propia ciudad a la defensa heroica de la misma a cargo de la poetisa Telesila con ayuda de las mujeres, los ancianos y los esclavos; recogida por autores tardíos. Pero también el mito fue manipulado en aras a perjudicar al adversario o a respaldar las propias reclamaciones. Así, sucede con el mito de Perseo durante las Guerras Médicas, en concreto con la relación que se establece entre su hijo Persa y los propios persas; pues dicha vinculación pudo ser usada tanto por los lacedemonios para denigrar a los argivos maliciosamente por su más que probable medismo, estableciendo la ecuación entre Argos y el héroe Perseo, y entre este y los persas. O pudo ser fomentado por los propios argivos con vistas a atraerse el favor de los persas caso de que estos alcanzaran el Peloponeso y sometieran a los griegos; o incluso los mismos persas pudieron haber fomentado esta vinculación mítica para establecer un vínculo con un adversario de Esparta en dicha península. De la misma forma, tal como hemos señalado al hablar de los antecedentes de esta rivalidad, el mito del retorno de los Heráclidas también fue usado con vistas a la reclamación de la soberanía de todo el Peloponeso, pues, frente a la versión más canónica, entre los espartanos existía otra que fijaba la muerte de Aristodemo ya en el Peloponeso tras entregar el reino a sus hijos; buscando así contrarrestar cualquier posible reivindicación de una primacía de los argivos en cuanto descendientes de Temeno. A la vista de estos ejemplos, podemos, pues, afirmar que también en el plano ideológico llegó a dejar su huella este enfrentamiento entre ambos estados.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Adrados, F.R. (trad.) (2010). *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos II*, Madrid, España: CSIC.
- Alonso Troncoso, V. (1989). Algunas consideraciones sobre la naturaleza y evolución de la *symmachía* en la época clásica (I), *Anejos de Gerión II. Homenaje a S. Montero Díaz*, 165-179.
- Alonso Troncoso, V. (1999). 395-390/80 a.C., Atenas contra Esparta: ¿de qué guerra hablamos?, *Athenaeum*, 87, 57-77.
- Andrewes, A. (1952). Sparta and Arcadia in the Early Fifth Century. *Phoenix*, 6, 1-5.
- Cartledge, P. (1977). Hoplites and heros. Sparta's contribution to the technique of ancient warfare. *Journal of Hellenic studies*, 97, 11-27.
- Cartledge, P. (2002). *Sparta and Lakonia, a regional history 1300 to 362 BC*. London, England: Routledge.
- Casillas, J.M. y Fornis, C. (1992). Resonancias épicas en Tirteo: aproximación al contenido histórico de los poemas 4D y 6-7 D, en *Poesía épica griega*, Valdepeñas, España: UNED, 205-215.
- Domínguez Monedero, A.J. (1993). *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI a.C.*, Madrid, España: Síntesis.
- Domínguez Monedero, A.J. y Pascual, J. (1999). *Esparta y Atenas en el siglo V a.C.*, Madrid, España: Síntesis.
- Fornis Vaquero, C. (1992-1993). Esparta y la cuádruple alianza, 420-418 a. C. *Memorias de Historia Antigua*, 13-14, 77-103.
- Fornis Vaquero, C. (1993). La "stasis" argiva del 417 a. C. *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, 5, 73-89.
- Fornis Vaquero, C. (1994): Tucídides y Plutarco sobre la política argiva de Alcibíades, en García Valdés, M. (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas. Actas del III simposio internacional sobre Plutarco, Oviedo 30 de abril a 2 de mayo de 1992*, Madrid, España: Ediciones Clásicas, 499-508.
- Fornis Vaquero, C. (1995). Corinto, Beocia y la alianza argiva tras la Paz de Nicias. *Habis*, 26, 47-66.
- Fornis Vaquero, C. (1997). "IG I 86, SEG 33.275 y los zenoi argivos de Alcibíades", en Presedo, F.J., Guinea, P., Cortés, J.M., Gascó, F. (coords.), *'Chaire': homenaje al profesor Fernando Gascó*, 193-201.
- Fornis Vaquero, C. (2000). Clases de edad y élites militares: los mil argivos, en Myro, M<sup>a</sup>. M., Casillas, J.M., Alvar, J., y Plácido, D. (eds.), *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*, Madrid, España: Ediciones Clásicas, 139-153.
- Fornis Vaquero, C. (2003):  $\mu\alpha\chi\eta$   $\kappa\rho\acute{\alpha}\tau\epsilon\upsilon\upsilon$  en la guerra de Corinto: las batallas hoplíticas de Nemea y Coronea (394), *Gladius*, 23, 141-160.
- Fornis, C. (2004):  $\tau\omicron$   $\xi\epsilon\nu\iota\kappa\omicron\nu\acute{\omicron}\nu$   $\acute{\epsilon}\nu$   $\text{K}\omicron\pi\iota\nu\theta\omega$ : Ifícates y la revolución subhoplítica, *Habis*, 35, 71-86.

- Fornis, C. (2005): La imposible paz estable en la sociedad griega: ensayos de *koiné eirene* durante la guerra de Corinto, *Studia histórica. Historia antigua*, 23, 269-292.
- Fornis Vaquero, C. (2007a): Las causas de la guerra de Corinto: un análisis tucidídeo, *Gerión* 25, 1, 187-218.
- Fornis Vaquero, C. (2007b): Problemas y discrepancias en las fuentes literarias: la génesis de la guerra de Corinto, *Gerión* 25, extra1, 215-230.
- Fornis Vaquero C. (2006). La ficticia unión entre Corinto y Argos (392-386 a.C.), *Mediterraneo Antico*, 9(2), 555-580.
- Fornis Vaquero C. (2016). *Esparta. La historia, el cosmos y la leyenda de los antiguos espartanos*, Sevilla, España: Editorial Universidad de Sevilla.
- Fornis Vaquero, C. (2017). Entre la tradición épica y la historia: la conquista espartana de Mesenia. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 6(11), 157–171.
- Fornis Vaquero, C., & Domínguez Monedero, A. J. (2014). El conflicto entre Argos y Esparta por la Tireátide y el culto a Apolo Piteo. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 32(0), 79–103.
- Forrest, W.G. (1960). Themistokles and Argos, *The Classical Quarterly*, 10(2), 221-241.
- Forrest, W.G. (1968). *A history of Sparta*, London, England: Bristol Classical Press.
- Franchi, E. (2008). Comunicare con le chiome: la battaglia dei Campeoni e la social memory spartana, en M.G. Angeli Bertinelli y A. Donati (eds.), *Le comunicazione nella storia antica. Fantasia e realtà*, Roma, Italia, 237-241.
- Franchi, E. (2009). Spartani dalle lunghe chiome e Argivi rasati. Interpretazione iniziatiche moderne e cosntruzioni di senso antiche, *Incidenza dell'antico*, 7, 61-88.
- Franchi, E. (2012). Conflitto e memoria ad Argo arcaica: le tradizioni cittadine intorno a Telesilla, en E. Franchi-G. Proietti, *Forme della memoria e dinamiche identitarie nell'antichità greco-romana*. Trento, 207-227.
- García Valdés, M. (trad.) (1988). *Aristóteles. Política*, Madrid, España: Gredos.
- González Castro, J.J. (trad.) (2015). *Jenofonte. Helénicas*. Madrid, España: CSIC.
- Hendricks, I.H.M (1980). The battle of Sepeia. *Mnemosyne*, 23, 340-346.
- Herrero Ingelmo, M.C. (trad.) (1994): *Pausanias, Descripción de Grecia, libros I-II*, Madrid, España: Gredos.
- Herrero Ingelmo, M.C. (trad.) (1994): *Pausanias, Descripción de Grecia, libros III-VI*, Madrid, España: Gredos.
- Herrero Ingelmo, M.C. (trad.) (2008): *Pausanias, Descripción de Grecia, libros VII-X*, Madrid, España: Gredos.

- Hornblower, S. (1985). *El mundo griego 479-323 a.C.*, Barcelona, España: Grijalbo.
- Jeffery, L.H. (1965). The battle of Oinoe in the stoa poikile: a problema in Greek Art and History. *The anual of the British School of Athens*, 60, 41-57.
- Kagan, D. (2003): *La guerra del Peloponeso*, Barcelona, España: Edhasa.
- Kelly, T. (1970a). Did the Argives Defeat the Spartans at Hysiae in 669 B. C.? *The American Journal of Philology*, 91(1), 31.
- Kelly, T. (1970b). The traditional enmity between Sparta and Argos. The birth and the development of a Myth. *The American historical review*, 70, 971-1003.
- Kelly, T. (1974). Argive foreing policy in the Fifth century B.C., *Classical Philology*, 69(2), 81-99.
- Lérida, R. (2007). *Comentario histórico de las Helénicas de Oxirrinco*, Zaragoza, España: Institución Fernando El Católico.
- López Salvá, M. (trad.) (1987): *Plutarco, Obras morales y de costumbres (moralia)*, Madrid, España: Gredos.
- Moggi, M. (1974). I sinecismi e le annessioni territorial di Argo nel V secolo a.C., *Annali della Scoula Normale Superiori di Pisa*, 4, 1249-1263.
- Scharder, C. (trad.) (1977). *Heródoto, Historia, libros I-II*, Madrid, España: Gredos.
- Scharder, C. (trad.) (1981). *Heródoto, Historia, libros V-VI*, Madrid, España: Gredos.
- Scharder, C. (trad.) (1985). *Heródoto, Historia, libros VII*, Madrid, España: Gredos.
- Scharder, C. (trad.) (1989). *Heródoto, Historia, libros VIII-IX*, Madrid, España: Gredos.
- Seager, R. (1974): The King's Peace and the balance of power in Greece, 386-362 B.C., *Athenaeum*, 52, 36-63.
- Seager, R. (1976): After the Peace of Nicias: diplomacy and policy, 421-416 a.C. *Classical Quarterly*, 26, 249-269.
- Torres Esbarranch, J.J. (trad.) (1990): *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, libros I-II*, Madrid, España: Gredos.
- Torres Esbarranch, J.J. (trad.) (1991): *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, libros III-IV*, Madrid, España: Gredos.
- Torres Esbarranch, J.J. (trad.) (1992): *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, libros V-VI*, Madrid, España: Gredos.
- Torres Esbarranch, J.J. (trad.) (1992): *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, libros VII-VIII*, Madrid, España: Gredos.
- Torres Esbarranch, (trad.) (2006): *Diodoro de Sicilia, Biblioteca histórica, libros IX-XII*, Madrid, Madrid, España: Gredos.
- Torres Esbarranch, J.J. (trad.) (2008): *Diodoro de Sicilia, Biblioteca histórica, libros XIII-XIV*, Madrid, España: Gredos.

- Pascual González, J. (1995): Corinto y las causas de la Guerra de Corinto, *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 7, 187-218.
- Pascual González, J. (1997). *Grecia en el siglo IV a.C.*, Madrid, España: Síntesis.
- Tomlinson, R.A. (1972). *Argos and the Argolid*, London, England: Routledge.
- Valdés, M. (2005). La batalla de Sepea y las Hybristika culto, mito y ciudadanía en la sociedad argiva, *Gerión*, 23(1), 101-114.
- Vannicelli, P. (2004). Eraclidi e Perseidi: aspetti del conflitto tra Sparta e Argo nel V secolo a.C., en P. Angeli Bernardini (ed.), *La città di Argo. Mito, storia, tradizioni poetichi*, Roma, 279-294.
- Vannicelli, P. (2005). Da Platea a Tanagra: Tisameno, Sparta e il Peloponneso durante la Pentecontaetia, en M. Giangiulio (ed.), *Erodoto e il "modello erodoteo". Formazione e trasmissione delle tradizioni storiche in Grecia*, Trento, 257-276.
- Willets, R.F. (1959). The servile interregnum at Argos. *Hermes*, 87, 495-506.
- Zambelli, C. (1971). Per la storia di Argo nella prima metà del V secolo a.C. *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 99, 148-158.
- Zambelli, C. (1974). Per la storia di Argo nella prima metà del V secolo a.C. *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 102, 442-453.